

EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN

León Trotsky



Colección Clásicos del Marxismo

Primera edición: diciembre 2008

© 2008, Fundación Federico Engels

ISBN: 978-84-96276-53-6

Depósito Legal: M-55467-2008

IMPRESO EN ESPAÑA - PRINTED IN SPAIN

Publicado y distribuido por la Fundación Federico Engels

C/ Hermanos del Moral 33, bajo

28019 Madrid

Teléfono: 914 283 870 • Fax: 914 283 871

E-mail: fundacion_federico@engels.org • Web: www.engels.org

ÍNDICE

Introducción a la edición española

Alan Woods 7

El programa de transición. La agonía del capitalismo
y las tareas de la IV Internacional 27

Las condiciones objetivas para la revolución socialista ... 27

El proletariado y sus direcciones 29

Programa mínimo y programa de transición 31

La escala móvil de salarios y horas de trabajo 32

Los sindicatos en el período de transición 34

Comités de fábrica 36

‘Secreto comercial’ y control obrero de la producción ... 37

Expropiación de ciertos grupos de capitalistas 39

Nacionalización de la banca privada y estatización
del sistema crediticio 40

Piquetes de huelga, destacamentos de combate,
milicias obreras, armamento del proletariado 41

Alianza de obreros y campesinos 44

La lucha contra el imperialismo y la guerra 46

El gobierno obrero y campesino 51

Los sóviets 54

Los países atrasados y el programa de transición 56

El programa de transición en los países fascistas 58

La URSS y los problemas de la fase de transición 61

Contra el oportunismo y el revisionismo sin principios .. 67

Contra el sectarismo 69

¡Abrid paso a la mujer trabajadora!

¡Abrid paso a los jóvenes! 71

Bajo la bandera de la IV Internacional 72

Manifiesto de la IV Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial (1940)	75
Las causas generales de la guerra actual	76
Lenin y el imperialismo	77
Las causas inmediatas de la guerra	78
Estados Unidos	80
La defensa de la 'Patria'	83
La 'lucha por la democracia'	85
Las consignas bélicas de los nazis	87
La preponderancia de Alemania	88
'El programa de la paz'	89
La defensa de la URSS	91
Por el derrocamiento revolucionario de la fracción bonapartista de Stalin	94
Los pueblos coloniales en la guerra	96
La gran lección de China	98
Las tareas de la revolución en la India	99
El futuro de América Latina	100
La responsabilidad de los dirigentes traidores en la guerra	101
La II Internacional	102
La III Internacional	104
Socialdemócratas y estalinistas en las colonias	106
Centrismo y anarquismo	108
Los sindicatos y la guerra	109
La IV Internacional	110
Un programa basado en el bolchevismo	111
¡Hemos pasado la prueba!	112
La revolución proletaria	114
El problema de la dirección revolucionaria	115
Socialismo o esclavitud	116
¿Qué hacer?	118
Los obreros deben aprender el arte militar	119
¡Esta no es nuestra guerra!	120

Introducción a la edición española de
El programa de transición

Alan Woods

Confucio escribió: “Hay tres cosas que no se pueden ocultar: el sol, la luna y la verdad”. La decisión de la Fundación Federico Engels de publicar *El programa de transición* de Trotsky no podría ser más oportuna. Han pasado veinte años desde la caída del Muro de Berlín y del subsiguiente colapso de la Unión Soviética. En aquel momento, mucha gente pensó que el Comunismo y el Socialismo habían muerto.

La burguesía estaba eufórica. Hablaba del “fin de la historia” y predijo un maravilloso futuro de paz y prosperidad sobre las bases de la “economía de libre mercado”. Ahora, sólo dos décadas más tarde, todos los sueños de la burguesía y los defensores del capitalismo yacen en ruinas y las ideas del socialismo y del marxismo, una vez más, están en el orden del día.

Lo que falló en la Unión Soviética no fue el socialismo o el comunismo, sino una caricatura burocrática y totalitaria que surgió sobre las bases del aislamiento de la Revolución Rusa en condiciones de extremo atraso material y cultural. La degeneración burocrática de la Revolución Rusa provocó el ascenso de la monstruosa dictadura de Stalin. Como resultado, las genuinas ideas del marxismo revolucionario estuvieron marginadas en el seno del movimiento obrero durante décadas.

Ya en 1938 todos los colaboradores de Lenin habían sido asesinados tras los monstruosos juicios farsa organizados por Stalin y la burocracia, cuyos intereses él representaba. Como cualquier criminal, los usurpadores no querían dejar tras de sí ningún testigo. Sólo un hombre permaneció firme y levantó su valiente voz contra los crímenes de Stalin, en defensa de las tradiciones reales del leninismo y de

la Revolución de Octubre: las tradiciones de la democracia obrera y el internacionalismo socialista.

Trotsky y sus seguidores de la Oposición de Izquierdas, después de ser expulsados de la Unión Soviética, intentaron reformar los Partidos Comunistas y la Internacional Comunista y devolverles a las ideas y programa de Lenin. Trotsky esperaba que la victoria de Hitler en 1933 —el resultado directo de la política de Stalin— provocase un fermento en el seno de los Partidos Comunistas internacionalmente. Pero la degeneración estalinista de la Komintern había llegado ya demasiado lejos. Los estalinistas declararon que la victoria de los nazis sería breve y lanzaron la increíble consigna de “¡Después de Hitler, nuestro turno!”. El Partido Comunista más grande del mundo fuera de la URSS fue aniquilado, e igual destino sufrieron los socialdemócratas y los sindicatos.

Después de la experiencia alemana, Trotsky llegó a la conclusión de que la Internacional Comunista había seguido el camino de la Segunda Internacional (socialista) y que estaba acabada como herramienta para la transformación revolucionaria de la sociedad. Consciente de que una nueva guerra mundial era inevitable, Trotsky proclamó la necesidad de una nueva bandera, un nuevo programa y una nueva Internacional. Escribió *El programa de transición* como el programa para el Congreso Fundacional de la Cuarta Internacional dos años antes del estallido de la guerra.

En aquel contexto, las fuerzas de los trotskistas (bolcheviques leninistas) eran minúsculas, aisladas y sometidas a la persecución más feroz. En Alemania sus seguidores estaban en las prisiones de la Gestapo, en la URSS en los campos de concentración de Stalin y en el Estado español en las cárceles de la GPU. El objetivo primordial de Trotsky en *El programa de transición* fue superar el aislamiento de las fuerzas de la joven organización y construir un puente hacia los trabajadores en lucha.

Las reivindicaciones elaboradas por Trotsky no caían del cielo, hundían sus raíces en el programa y la política de Lenin y del Partido Bolchevique, y son la esencia destilada de los documentos programáticos de los primeros cuatro congresos de la Internacional Comunista, muchos de los cuales fueron escritos por el mismo Trotsky. Aquí tenemos el resumen de las ideas, programa y método del

socialismo científico, elaborados en primer lugar por Marx y Engels hace más de 150 años en *El Manifiesto Comunista*.

Existe una clara línea de continuidad en estas ideas. Puede que haya cambiado uno u otro detalle, pero en esencia las ideas del marxismo hoy son tan válidas como en 1938 o 1848. Por contraste, los economistas y políticos burgueses se avergonzarían de publicar hoy de nuevo lo que escribieron hace dieciocho meses.

INTENSIFICACIÓN DE LA EXPLOTACIÓN

Durante décadas los economistas burgueses han sostenido que Marx falló en sus pronósticos y análisis y que las crisis eran algo del pasado. Pero los acontecimientos han demostrado la falsedad de las predicciones de los economistas burgueses. Ahora la crisis económica mundial plantea a quemarropa la cuestión del socialismo, mientras la clase dominante se desliza hacia la catástrofe con los ojos cerrados.

El prolongado boom en EEUU parecía ofrecer la posibilidad de soluciones individuales: trabajando duro, con horas extras, etc. Pero el comienzo de la recesión ha destruido esta burbuja y está empujando a la población a cuestionar el sistema existente. En realidad, este cuestionamiento del capitalismo ya ha comenzado. Se intensificará en el período turbulento que está por venir y cuando la clase obrera comience a moverse, el ambiente cambiará rápidamente.

En el Estado español y en otros países el boom económico no proporcionó beneficios reales para la mayoría de los trabajadores. Los niveles de vida subieron en términos relativos pero sólo sobre la base de una intensificación de la explotación, el trabajo precario, largas jornadas y horas extraordinarias. El aumento de la presión sobre todos los trabajadores, incluidos los trabajadores de cuello blanco, como los profesores, que en el pasado eran considerados capas privilegiadas, se extendió. En todas partes el endeudamiento aumentó enormemente. Así no es de extrañar que la proporción de los salarios en la renta nacional este en todos los países en su nivel más bajo de los últimos cuarenta años, mientras que la proporción dedicada a los beneficios ha alcanzado un nivel más alto.

Este hecho es particularmente cierto en el Estado español donde la febril especulación inmobiliaria alcanzó niveles sin precedentes. El

consiguiente boom del sector de la construcción estuvo acompañado de un horrible aumento de los accidentes de trabajo al tiempo que los beneficios de los empresarios se dispararon. Ahora todo ha colapsado dejando a la economía del Estado español más expuesta que en cualquier otro país en Europa. Dialécticamente, todo se ha vuelto en su contrario. Este acontecimiento tendrá un gran impacto en la conciencia de la clase obrera en el próximo período.

Los economistas burgueses consideran el ciclo comercial como la expresión de la expansión y la contracción del crédito. Constantemente hablan de la “sequía del crédito”. Sin embargo, la escasez de crédito en realidad es sólo otro síntoma del ciclo boom-recesión, no su causa. La causa real de la crisis es la rebelión de las fuerzas productivas contra la propiedad privada y el Estado nacional, que constituyen las verdaderas barreras que impiden el desarrollo del progreso humano.

Después de todos los discursos desafiantes sobre la superioridad de la economía de mercado, la realidad es que para la raza humana el capitalismo ha fracasado. A pesar de todos los avances de la ciencia y la tecnología, en la primera década del siglo XXI, la mayoría de la humanidad vive al borde del hambre. Millones de personas tiene escaso o ningún acceso a los servicios públicos, como el suministro de agua potable, carreteras, sanidad y educación. Y, no obstante, sólo con el dinero gastado en el rescate de los bancos sería *suficiente para resolver el problema de la pobreza mundial durante cincuenta años*.

La pobreza no se limita a lo que con frecuencia se conoce como el “Tercer Mundo”. Con una población de 301 millones de personas, EEUU es el país más rico del mundo. Pero en este país 28 millones de personas (un 9,3 por ciento de la población total) depende de los cupones de comida para alimentarse ellos y sus familias, es decir, sólo para sobrevivir. El programa de cupones de comida fue introducido en la década de los años sesenta y nunca había alcanzado el nivel actual. El número real de receptores de cupones de comida ha aumentado respecto a los 26,5 millones que había en 2007.

La tasa total de desempleo en EEUU supera ya el seis por ciento. Muchos norteamericanos corrientes están perdiendo sus empleos, el ritmo de destrucción de empleo se está acelerando y todo esto va acompañado de un incremento rápido de los precios. Además, esta situación se produce antes de que la crisis realmente haya comenzado a

golpear. Como escribía alguien recientemente, las cosas están mal en Wall Street, pero están aún peor en cada una de las calles habitadas por la clase obrera estadounidense.

Tomemos como ejemplo el estado de Michigan. Durante los últimos años este estado ha vivido el colapso de su base industrial, en particular la producción de automóviles, con el resultado de que uno de cada ocho habitantes de ese estado depende de los cupones de comida. ¡Esta cifra es dos veces más alta que la que existía en el año 2000! En otros cuarenta estados han aumentado las solicitudes de cupones.

La crisis del capitalismo significa que, en todas partes, la burguesía quiere situar toda la carga de la misma sobre los hombros de la gente que menos puede permitirse pagarla: los trabajadores, la clase media, los parados, los ancianos y los enfermos. *El programa de transición* adquiere, por tanto, una relevancia extraordinaria en la situación actual.

LA LUCHA POR LAS REFORMAS

Nuestra tarea es conquistar el poder. Pero antes de que conquistemos el poder primero es necesario conquistar a las masas. Durante ese largo período de trabajo preparatorio y de organización es necesaria la propaganda, la formación y la agitación. La construcción del partido revolucionario sería una tarea sencilla si bastase sólo con su proclamación. Para llegar a las masas con nuestras ideas debemos explicar la situación tal como es, no como nos gustaría que fuese. Nuestro punto de partida debe ser el nivel real de la conciencia de los trabajadores, que no es revolucionaria en todos los momentos y lugares.

Debemos construir un puente hacia las masas, basándonos en sus preocupaciones y aspiraciones reales. El problema central es: ¿cómo relacionar el programa acabado y científico del marxismo con el movimiento necesariamente inacabado y poco claro de los trabajadores? A menos que seamos capaces de responder a esta pregunta nos pondremos al nivel de una secta. Trotsky en *El programa de transición* elaboró parte de la solución de este problema. En él encontramos una propuesta concreta de reivindicaciones socialistas que ofrecen una alternativa práctica al programa del reformismo.

La diferencia entre los revolucionarios y los reformistas no es que los primeros no luchen por las reformas. Todo lo contrario, los marxistas siempre han estado en primera línea de la lucha por las reformas y mejoras de los niveles de vida, los salarios y condiciones de las masas. La revolución socialista sería impensable sin la lucha cotidiana para avanzar bajo el capitalismo. Sólo a través de estas luchas las masas pueden adquirir la experiencia, cohesión y organización necesarias para cambiar la sociedad.

Nuestra crítica a los reformistas no es que luchen por las reformas sino que no luchan con la suficiente determinación y energía. De hecho, en las condiciones modernas, el reformismo no significa reformas sino, al contrario, representa contrarreformas. En cada país todos los gobiernos, ya sean socialdemócratas o conservadores, de "izquierda" o derecha, están aplicando la misma política de recortes y reducciones de los niveles de vida.

La razón de esto no es la incompetencia o mala fe de los políticos individuales. Es una ley. O aplicas una política socialista y defiendes los intereses de los trabajadores, campesinos y pobres, o aceptas el sistema capitalista, en cuyo caso estarás obligado a llevar a cabo una política en interés de los terratenientes, banqueros y capitalistas. No hay un camino intermedio.

NACIONALIZACIONES

En el pasado los socialdemócratas representaban las reformas. En los períodos de avance del capitalismo europeo (por ejemplo los períodos anteriores a la Primera Guerra Mundial y después de la Segunda Guerra Mundial), la burguesía podía permitirse ciertas concesiones. Pero ahora habrá que luchar duramente por cada reforma. La burguesía sólo estará dispuesta a conceder reformas significativas cuanto tema perderlo todo. En este sentido, en el período actual, las reformas sólo son un subproducto de la lucha revolucionaria por el cambio de sociedad. Al mismo tiempo la lucha por las reformas actúa como una escuela preparatoria de la revolución.

La lucha contra el desempleo, contra los cierres de fábricas, por mejores salarios y condiciones de vida, inevitablemente traerá a la mente de los trabajadores la pregunta central: ¿quién controla la sociedad?

En las condiciones actuales, cada lucha por reformas, si se persigue consistentemente, llevará inevitablemente a desafiar la sociedad existente y las relaciones de propiedad actuales.

En las últimas tres décadas (el denominado período neoliberal) existió una tendencia hacia la privatización, pero ahora todo oscila hacia la estatalización. Resulta irónico que suceda esto cuando los dirigentes de la socialdemocracia y los antiguos comunistas han abandonado la nacionalización. Ahora incluso George Bush se ha visto obligado a nacionalizar bancos. Este detalle pone en evidencia la mentalidad retrógrada de los dirigentes reformistas que han olvidado todo y no han aprendido nada.

Naturalmente este tipo de nacionalización no tiene nada en común con la nacionalización socialista. Es una especie de capitalismo de estado diseñado para proteger los intereses de los banqueros y capitalistas. Nosotros defendemos la expropiación de la tierra, los bancos y las grandes empresas bajo el control y administración democrática de la clase obrera. La cuestión de la compensación no es una cuestión de principios, pero estamos radicalmente en contra de que el Estado pague sumas exorbitantes ya sea en concepto de rescate o para comprar bancos y empresas arruinadas por sus propietarios. En el mejor de los casos estaríamos dispuestos a considerar una compensación limitada para los pequeños inversionistas (pensionistas y demás) sólo sobre la base de la necesidad comprobada.

A menudo se ha objetado que la nacionalización enajenaría a la clase media. Esto es totalmente falso. Los bancos y los grandes monopolios son los que están arruinando a la clase media. Los bancos se niegan a dar crédito o dinero a las pequeñas empresas ni conceden hipotecas a los compradores de viviendas. Los grandes monopolios de la alimentación exprimen a los campesinos y ofrecen precios ridículos por sus productos. Debemos señalar a la clase media que la nacionalización de los bancos, los monopolios, bajo el control de la clase trabajadora, y la eliminación de toda una serie de intermediarios, significarán crédito barato y costes más bajos.

En última instancia, sólo será posible resolver las contradicciones más apremiantes de la sociedad mediante la introducción de una economía socialista planificada donde los medios de producción sean propiedad común de la sociedad y todas las decisiones clave que afectan a las vidas de las personas se tomen de una manera demo-

crática, en interés de la sociedad en general y no para el beneficio insultante de unos pocos ricos.

LOS SINDICATOS

Diferentes países tienen distintas tradiciones que afectan a la forma en que se mueven los trabajadores. En los países del norte de Europa los trabajadores en general se movilizan más lentamente que en el sur, pero tienen una organización más fuerte. Los trabajadores latinos tienen una tradición insurreccional y se mueven más rápido, pero no tienen las mismas tradiciones organizativas que sus hermanos y hermanas del norte de Europa.

Aunque los sindicatos en el Estado español tienen una larga historia, las actuales organizaciones sindicales (UGT y CCOO) surgieron de la lucha revolucionaria contra la dictadura de Franco. Esta tradición revolucionaria nunca debe olvidarse: los trabajadores hicieron sacrificios extraordinarios para crear sus organizaciones de masas y no las abandonarán fácilmente. Pero en el período decisivo de la lucha de los años setenta, los dirigentes tanto de los sindicatos como de los partidos políticos de los trabajadores (PSOE y PCE) no tenían la perspectiva de derrocar el capitalismo. Utilizaron toda su autoridad e influencia para desviar la lucha revolucionaria de las masas hacia el camino "democrático". El resultado fue el aborto de la llamada Transición, el fraude del siglo.

La aparente inercia y apatía de los trabajadores en el último período en gran parte fue el resultado de este fraude. Una causa fundamental del problema de las tres décadas pasadas ha sido la conducta de los dirigentes sindicales, tanto de UGT como de CCOO, que desmoralizaron a una parte importante de los viejos activistas. No obstante, cuando han proporcionado incluso un amago de dirección, una referencia de lucha, los trabajadores han respondido. Cada vez que los dirigentes sindicales, debido a la presión desde abajo, han convocado huelgas generales y manifestaciones, los trabajadores han participado de manera entusiasta. Pero los dirigentes ven estas demostraciones como una forma de soltar vapor o, en el mejor de los casos, como un medio de presión. Una vez han pasado las huelgas y manifestaciones, regresan a su política de colaboración de clase.

La máquina burocrática de los sindicatos aún funciona y es un arma poderosa en manos de los dirigentes sindicales reformistas. Estos últimos no quieren huelgas ni alborotos. Quieren lo que todos los burócratas quieren: una vida tranquila. Pero en las condiciones actuales no tendrán garantizada una vida tranquila. Temporalmente, pueden tener éxito en contener a las masas. Después de todo, esa es la función que les ha asignado la clase dominante y los tolera en la medida que ellos cumplen ese papel. Pero no pueden contener a las masas para siempre y, cuanto más lo hagan, más violenta será la explosión cuando ésta llegue. Y llegará.

En la actualidad el número de huelgas no es grande. Eso es lógico. El rápido aumento del desempleo crea un ambiente de temor e incertidumbre. Los dirigentes sindicales no ofrecen una alternativa. Pero esta situación no durará eternamente. Entre los trabajadores se extenderá la idea: "Esto es intolerable. *Debemos hacer algo*". El movimiento puede comenzar con pequeñas huelgas que escapen al control del aparato burocrático. Los trabajadores tratarán de contactar con trabajadores de otras zonas. Crecerá el movimiento desde la base. Ya lo vimos en los años ochenta con la extensión de la denominada "indisciplina sindical". Puede darse un movimiento hacia las ocupaciones de fábrica para evitar los cierres.

Allí donde los sindicatos se convierten en obstáculos en el camino de los trabajadores, pueden florecer todo tipo de comités de base con fines específicos. Debemos participar en ellos y, donde sea posible, tomar la iniciativa de crearlos. Pero siempre es necesario vincularlos con los propios sindicatos. Bajo ninguna circunstancia estas organizaciones para fines específicos pueden sustituir a los sindicatos o actuar como un sustituto de ellos. Los esfuerzos de las sectas de contraponer los comités de base a los sindicatos siempre han llevado al desastre. Lucharemos por la transformación de los sindicatos en genuinos órganos de combate de la clase trabajadora, mientras se toman iniciativas para la creación de comités de lucha y control obrero. Vincularemos esto, a su vez, a la reivindicación de la expropiación de los bancos y las grandes industrias.

A largo plazo no hay sustituto para luchar por la transformación de los sindicatos. El ambiente cambiará de manera gradual, creando las condiciones para una oposición seria dentro de los sindicatos, incluso en los más burocráticos y derechistas. Nos oponemos implaca-

blemente a la escisión de los sindicatos o creación de sindicatos “revolucionarios” minúsculos y aislados de la clase trabajadora. Al principio el ambiente de oposición no se verá en los congresos sindicales oficiales, que están manipulados por la burocracia y no son una expresión fiel del ambiente en las fábricas. Pero tarde o temprano, cuando la clase entre en acción, el ambiente de oposición crecerá y encontrará una expresión.

La idea tan querida por los dirigentes sindicales reformistas, de un sindicalismo no combativo, no político y de colaboración de clases, basado en los “servicios”, ahora es totalmente inadecuada para satisfacer las necesidades de la situación. Las condiciones no permiten a los trabajadores quedarse sentados con los brazos cruzados. En el pasado era posible obtener concesiones sin luchar. Pero hoy no es así. Habrá que luchar por cada reivindicación, no importa lo modesta que sea.

Los dirigentes sindicales pensaban que si moderaban sus reivindicaciones obtendrían concesiones. Esto era incorrecto incluso antes de la crisis ya que toda la experiencia pasada demuestra que la debilidad invita a la agresión. Pero con la llegada de la crisis ahora es totalmente imposible. Sobre la mesa no hay concesiones y los sindicatos sólo pueden defender los niveles de vida a través de una lucha seria. Los dirigentes se resistirán a esto en la medida de lo posible. Pero les será imposible convencer a sus militantes de que modifiquen sus objetivos o contenerles durante mucho tiempo. Se preparará el escenario para el fermento y las crisis dentro de los sindicatos.

Debemos tener en cuenta que las cosas siempre se mueven de una manera contradictoria, de manera dialéctica, no en línea recta. En una crisis los trabajadores más atrasados y “apolíticos” algunas veces pueden saltar sobre la cabeza de las capas más avanzadas. Con mucha frecuencia se puede ver esta situación en las huelgas. Puede haber muchas sorpresas. Durante la huelga general revolucionaria de 1968 en Francia, la CFDT, el sindicato derechista cristiano, estuvo más a la izquierda que la CGT. En el Estado español podrían desarrollarse acontecimientos similares.

Ahora existe una actitud más seria, según los trabajadores comienzan a comprender el alcance real de la crisis. En el período pasado nadamos contra la corriente. Ahora comenzamos a nadar a favor de la marea de la historia. Podemos esperar cambios bruscos y re-

pentinos en la situación. En estas condiciones, incluso un pequeño grupo de sindicalistas revolucionarios que saben lo que quieren y cómo conseguirlo, puede tener un efecto mucho mayor de lo que sugiere su número real de militantes. Es necesario ser audaces, pero sin denuncias estridentes ni tácticas ultraizquierdistas que sólo sirven para granjearse la antipatía del activista sindical corriente.

Nuestra tarea es explicar pacientemente, mientras participamos activamente en cada lucha de los trabajadores. Los días del sindicalismo no político se han terminado. En condiciones de crisis capitalista, cada lucha sería plantea cuestiones políticas: la actitud del gobierno, la ley, el comportamiento de la policía, los derechos de los trabajadores, etc. Utilizando hábilmente los métodos y un lenguaje que los trabajadores puedan comprender, debemos explicar los fundamentos del programa socialista -la política- en las discusiones que se produzcan en el centro de trabajo. Apoyándonos en las condiciones existentes de comprensión, debemos ayudar a la clase a sacar las conclusiones correctas y elevar su conciencia al nivel planteado por la historia.

REIVINDICACIONES DEMOCRÁTICAS

La burguesía española siempre ha sido una clase dominante particularmente violenta y reaccionaria. Mientras vivía con temor al movimiento revolucionario de los trabajadores, se vio obligada a ocultar sus características repulsivas debajo de la máscara de la pseudodemocracia. Incluso esta "democracia" tiene un carácter limitado y distorsionado. Y según se profundice la crisis y desarrolle la lucha de clases habrá nuevos ataques a los derechos democráticos.

Los marxistas siempre defendemos cada una de las reivindicaciones democráticas en la medida que aún tienen un contenido progresista. El comienzo de la crisis significa que aquellos derechos democráticos que fueron conquistados por la clase obrera en el pasado están amenazados. No es casualidad que incluso antes del inicio de la crisis, partidos de derechas como el Partido Popular, que aún tiene en sus filas a no pocos viejos miembros de la Falange fascista, comencen a utilizar un lenguaje de la época de Franco en sus ataques contra la izquierda.

El jefe del Estado, el rey, nunca ha sido elegido sino que fue nombrado por el dictador Franco sobre la base de un juramento de lealtad a los principios fascistas del Movimiento. Dejamos a los reformistas que nos expliquen de qué manera esto es compatible con la verdadera democracia. Nosotros defendemos la abolición de la monarquía. No obstante, la lucha por una república democrática, si es seria, significa una lucha contra toda la basura acumulada del pasado, incluyendo los repugnantes privilegios de la Iglesia Católica. Esta, a su vez, está inseparablemente unida al Capital.

Los capitalistas, terratenientes y banqueros españoles forman un bloque reaccionario que busca apoyo en la Monarquía, la Iglesia, el ejército, la policía y la guardia civil, en resumen, en la totalidad del viejo aparato de Estado que fue heredado de Franco. Es imposible tocar una parte de este edificio sin amenazar con acabar con toda la estructura. Por eso en España la consigna de una república burguesa no tiene la más mínima base.

Una lucha seria contra la Monarquía sólo puede realizarse a través de la abolición de la dictadura de los bancos y los grandes monopolios. Una República sólo puede realizarse como un subproducto de la lucha por el socialismo. Los trabajadores en el Estado español nunca deben de olvidar que el intento de los reformistas y estalinistas de limitar la revolución a la defensa de la República burguesa llevó a una terrible derrota y 40 años de dictadura franquista. Nuestra bandera no es la tricolor de la República burguesa, sino la bandera roja de la Revolución Socialista. Nuestra consigna no es la República burguesa, tan querida por la pequeña burguesía radical y por los impotentes nostálgicos, sino una República Obrera en la que la tierra, los bancos y las industrias estarán en las manos de los obreros y los campesinos pobres.

La Iglesia Católica, a la que aún se la permite ejercer un dominio completo en las escuelas privadas, al tiempo que vergonzosamente se llena los bolsillos con el dinero del Estado, está llevando a cabo una campaña reaccionaria, con manifestaciones masivas contra el gobierno socialista bajo la bandera de grupos de presión "pro vida", contra el aborto, los derechos de los homosexuales, etc. En ningún otro lugar es tan urgente como en el Estado español la reivindicación democrática de la separación total de la Iglesia y el Estado.

Pero la separación de la iglesia y el Estado no es suficiente. La propiedad de la Iglesia, que es una parte importante del Capital en el Estado español, y que ha sido pagado con las donaciones generosas del contribuyente, debería ser expropiada y utilizada para ayudar a los pobres a construir nuevas casas, escuelas y hospitales. Esta medida está totalmente de acuerdo con la filosofía original del fundador de la Cristiandad. No significa la prohibición de la religión o la limitación del derecho a rendir culto (o el derecho a *no* rendir culto), sólo que aquellos que deseen inculcar nociones religiosas en las cabezas de sus hijos deben hacerlo fuera de las escuelas y exclusivamente con el dinero pagado por los donativos voluntarios de los fieles.

SOCIALISMO UTÓPICO

El carácter fundamental del período actual es su inestabilidad extrema y universal. Este se expresa más claramente en la enorme volatilidad y la inquietud de la pequeña burguesía, especialmente la juventud de clase media. Para nosotros esto es muy importante, por supuesto, pero su importancia es sintomática, más que cualquier otra cosa. Los fenómenos que parecen no tener relación y en efecto son contradictorios expresan realmente una y la misma cosa.

El movimiento antiglobalización que asumió un carácter de masas hace unos años es uno de estos fenómenos. Los giros violentos de la opinión pública vistos en las recientes elecciones en Francia y Holanda, el dramático giro total en EEUU, son otros. ¿Qué tienen estos acontecimientos en común? Sólo una cosa, todos manifiestan (aunque en formas distintas y contradictorias) el mismo fenómeno: el creciente fermento de descontento en la sociedad en general y en la juventud de clase media en particular.

Desafortunadamente, una gran parte de la izquierda (incluidos algunos de los que se autodenominan marxistas) han caído en la trampa. Hacen referencia, no a la lucha contra el *capitalismo*, sino a la lucha contra el llamado *neoliberalismo*. Es decir, no proponen una lucha para eliminar el capitalismo sino sólo un cambio de *modelo*. Dicen, en tantas palabras, “no queremos *este* capitalismo desagradable; queremos *otro* más bueno, un capitalismo más humano”. Este coro con fre-

cuencia es repetido por grupos reformistas como Attac e intelectuales de "izquierda" como Toni Negri y Heinz Dieterich.

Ocultos detrás de una verborrea pseudoizquierdista extienden de manera sistemática confusión y desorientación, mientras proponen un programa puramente reformista, es decir, antirrevolucionario. ¿Qué es lo que propone esta gente? Sólo esto: que los ricos son demasiado ricos y los pobres demasiado pobres. Por lo tanto, los ricos deberían aceptar dar una parte de sus riquezas para que los pobres puedan ser menos pobres y todo el mundo estaría feliz. Los empresarios seguirán siendo empresarios y los obreros seguirán siendo esclavos asalariados, pero serán esclavos asalariados más felices y por tanto menos inclinados a rebelarse.

Todas estas ideas no son nuevas ni realistas. Sólo es una nueva variación de un tema muy viejo: la colaboración de clase. Es, en esencia, el mismo procedimiento que utilizaban los socialistas utópicos premarxistas que pasaron toda su vida intentado persuadir a los capitalistas con el argumento racional de que sería mejor para sus propios intereses dar algo de sus beneficios para mejorar la vida de los trabajadores. Los reformistas no comprenden que es imposible reconciliar intereses de clase antagónicos. Es imposible reconciliar los intereses del trabajo asalariado y el Capital. Si no comprendes esta idea, nunca entenderás nada.

La sociedad está dividida en clases antagónicas. Un socialista irlandés lo planteó de la siguiente manera: hay dos clases, las que producen todo y poseen nada y los que no producen nada y poseen todo. Esto es una ligera simplificación, por supuesto, porque también hay capas intermedias, la clase media (a la que inevitablemente pertenecen los teóricos del reformismo). Sin embargo, describe con acierto las dos principales clases de la sociedad: el proletariado y la burguesía.

Que sectores de la intelectualidad pequeño burguesa estén adoptando posiciones radicales e incluso semirrevolucionarias es una fuente de satisfacción para los marxistas. No obstante, debemos ser cuidadosos y no aceptar acríticamente las ideas y la filosofía de esta capa, incluso cuando parecen tener un contenido progresista. Mientras que los dirigentes de Izquierda Unida en el Estado español y de Rifondazione Comunista en Italia mantienen una actitud acrítica hacia estos movimientos "alternativos" y capitulan ante ellos, debemos

ver que este tipo de movimientos también tienen una cara negativa. El primer deber de un marxista es defender las ideas del marxismo.

No es posible reconciliar los intereses del proletariado con los de la burguesía. Se pueden apoyar los intereses de la clase obrera, que es la gran mayoría de la sociedad, o se pueden apoyar los intereses de la minoría de parásitos ricos: los banqueros, terratenientes y capitalistas. Pero no se puede apoyar a ambos. Al intentar reconciliar intereses de clase irreconciliables los reformistas al final inevitablemente apoyan a la clase dominante frente a la clase obrera.

Esto no satisfará a nadie. Las políticas del reformismo son demasiado poco para las masas y excesivas para la clase dominante. Vuelven imposible el funcionamiento normal del capitalismo y conducen a la inflación e, incluso, a crisis más profundas. Esto enfurece a las clases medias y las arroja a los brazos de la reacción. Así, las políticas del reformismo siempre producen resultados diametralmente opuestos a los que se pretendían.

CONTRA EL SECTARISMO

En 1938 Trotsky escribió que en diez años no quedaría piedra sobre piedra de los viejos partidos obreros, la socialdemocracia y los estalinistas. Este pronóstico fue falsificado por la historia. La Segunda Guerra Mundial se desarrolló de una manera que Trotsky no podía prever, ni tampoco Hitler, Stalin, Churchill o Roosevelt. En cualquier caso, la guerra provocó finalmente una oleada revolucionaria, que comenzó en 1943, y las direcciones estalinistas y socialdemócratas la abortaron. Esto sentó las bases para la recuperación del capitalismo y un nuevo auge económico que duró décadas.

Cuando Trotsky fue asesinado por un agente estalinista en 1940, el movimiento fue privado de su líder y teórico más importante en un momento decisivo. Desgraciadamente, los dirigentes de la Cuarta Internacional no fueron capaces de elevarse al nivel exigido por la historia. Cometieron un desatino tras otro, oscilando del ultraizquierdismo al oportunismo y vuelta otra vez. En una guerra, cuando el ejército está avanzando, los buenos generales son importantes. Pero cuando el ejército se ve forzado a una retirada, aquellos son cien veces más importantes. Con buenos generales el ejército puede retirar-

se en un buen orden, conservando sus cuadros para un futuro avance cuando las condiciones lo permitan. Los malos generales convertirán la retirada en una derrota aplastante, que es lo que le ocurrió a la Cuarta Internacional.

Lenin y Trotsky con frecuencia castigaron a esos sectarios ultraizquierdistas que se encuentran en los márgenes del movimiento obrero y que ignoran a las organizaciones reformistas de masas. Trotsky escribió lo siguiente sobre ellos:

“Permanecen indiferentes ante la lucha interna de las organizaciones reformistas. ¡Cómo si se pudiera conquistar a las masas sin intervenir en esa lucha! Rehúsan hacer en la práctica una diferencia entre la democracia burguesa y el fascismo. ¡Cómo si las masas no sintieran esa diferencia a cada paso!” (León Trotsky, *El programa de transición*).

Las organizaciones de masas tienen grandes reservas de apoyo en la clase obrera. Cuando los trabajadores comienzan a luchar siempre se expresan primero a través de sus organizaciones tradicionales de masas. Las pondrán a prueba muchas veces y sólo después de pasar por toda una serie de experiencias, con muchos flujos y reflujos, crisis y escisiones, buscarán una alternativa. Esta idea es un libro sellado con siete llaves para las sectas ignorantes. Todas estas ideas confusas serán barridas a un lado tan pronto como las masas entren en la lucha. En una etapa determinada las organizaciones de masas de la clase obrera se verán afectadas por la crisis. En el período reciente ha habido huelgas y huelgas generales en Grecia, Bélgica, Francia, Italia y Portugal. Se están preparando explosiones y los martillazos de los acontecimientos llevarán a una transformación completa de la conciencia de los trabajadores.

A pesar de tener ideas correctas, durante todo un período histórico, las fuerzas del genuino marxismo estuvieron aisladas y condenadas a nadar contra la corriente. Pero ahora, con más de medio siglo de retraso, se han creado las condiciones para una crisis en cada una de las organizaciones de masas reformistas. A primera vista podría parecer que los poderosos aparatos burocráticos de los viejos partidos son capaces de sofocar cualquier oposición. Pero es una ilusión. Toda la historia demuestra que ningún aparato, no importa lo poderoso que sea, puede impedir el movimiento de las masas una vez éste

comienza. Cuando los trabajadores inicien su marcha el control de la burocracia se hará añicos.

Un movimiento rápido hacia la reacción o la revolución está descartado. Por lo tanto, el período revolucionario no durará meses sino algunos años, porque no es posible resolver la crisis de una forma u otra. Habrá grandes victorias, pero también grandes derrotas: períodos de avance y también períodos de cansancio, e incluso de desmoralización y reacción. Una cosa es segura: con ritmos y velocidades diferentes los trabajadores se moverán. Pero si triunfan o no depende de su dirección.

LA CRISIS DE LA DIRECCIÓN

Objetivamente, la posición de la burguesía es mucho más débil que en el pasado. Cuando Trotsky escribió *El programa de transición*, la clase dominante tenía reservas poderosas en el campesinado, pero eso ya no existe. En aquel momento la mayoría de los estudiantes procedían de familias ricas y apoyaban el fascismo. Ahora la aplastante mayoría son de izquierdas, anticapitalistas e inclinados a ser revolucionarios. Incluso en EEUU, sectores importantes de la clase media, aplastados por la crisis, han comenzado a cuestionar el capitalismo. El voto a Obama fue un voto por un cambio radical en la sociedad. Obama no les dará lo que ellos quieren, pero esa es otra cuestión.

Las únicas reservas que la burguesía tiene ahora son los dirigentes de la socialdemocracia, los antiguos estalinistas y los sindicatos. Estos son los elementos más conservadores de la sociedad. Las bases objetivas para la degeneración de la dirección de los partidos comunistas y socialdemócratas fue el largo período de auge del capitalismo mundial, que tiene muchas similitudes a la degeneración nacional-reformista de la socialdemocracia durante el prolongado período de auge previo a 1914.

Sin embargo, el grado de degeneración es mucho mayor ahora que en cualquier otro momento del pasado. Todos estos dirigentes "inteligentes", "realistas" están ciegos ante los procesos de la sociedad. Alegrementemente arrojaron el socialismo al cubo de basura y se adaptaron al mercado. Ahora, con el comienzo de una profunda crisis del capitalismo mundial, muestran una impotencia absoluta. Los

dirigentes del ala de derechas de los partidos obreros y sindicatos en Europa, el producto de décadas de degeneración reformista, han estado conteniendo el movimiento. Pero en el próximo período estas organizaciones se sacudirán de arriba abajo. En determinado momento surgirán alas y tendencias de izquierdas, que se moverán en dirección al marxismo. Habrá todo tipo de cambios, crisis y escisiones. ¡Debemos prepararnos!

Es difícil ver quién ha degenerado más, los estalinistas o los socialdemócratas. Los dirigentes del PSOE hace mucho abandonaron toda pretensión de defender el socialismo. Eso está claro. Pero los dirigentes del Partido Comunista han seguido el mismo camino. Hace mucho que dejaron de defender un programa comunista. Como resultado han perdido su identidad y su razón de ser. El colapso del estalinismo significa que ya no tienen la misma autoridad que tenían antes. En el pasado la vieja dirección estalinista al menos tenía algún parecido a las tradiciones del bolchevismo. IU hoy no es ni la sombra de lo que fue el PCE en el pasado.

En última instancia, el éxito o fracaso del movimiento depende de la capacidad de los marxistas para llegar a los trabajadores avanzados y ganarles a las ideas del marxismo. Los acontecimientos se pueden suceder más rápidamente de lo que esperamos. La Internacional Comunista pasó de ser prácticamente nada a estar formada por partidos de masas sobre la base de la experiencia de la Revolución Rusa. Pero en cada uno de los casos las fuerzas de masas de los partidos comunistas surgieron de las crisis y escisiones que se dieron en los viejos partidos de la Segunda Internacional.

En las palabras de Trotsky, la crisis de la humanidad se puede reducir a la crisis de la dirección del proletariado. Estas líneas son hoy más válidas que nunca. En todos los países se está abriendo un abismo absoluto entre las clases, pero los dirigentes obreros y sindicales han ido demasiado a la derecha. No obstante, este proceso también tiene sus límites. Cuando comience a soplar la brisa fresca de la lucha de clases, habrá un cambio en la psicología de la clase obrera.

Esto no significa que la revolución vaya a suceder el próximo lunes a las nueve de la mañana. La situación objetiva aún es contradictoria. Y esta naturaleza contradictoria expresa que nos encontramos ante una etapa transicional entre un período y otro. La contradicción principal es que los grandes batallones del proletariado en los países

capitalistas industrializados apenas acaban de comenzar a moverse. Como un atleta que ha estado inactivo, el proletariado necesita un poco de tiempo para calentar sus músculos.

El período 1917-1939 fue de profunda crisis social. Incluso entonces hubo booms, con frecuencia acompañados de una intensa lucha de la clase obrera para recuperar lo que le habían arrebatado. Esto tuvo un efecto en las organizaciones de masas del proletariado. En España, Gran Bretaña, Francia, Alemania, etc., se dio el surgimiento de corrientes centristas, crisis y escisiones. Este proceso afectó a la socialdemocracia pero no a los partidos comunistas, que eran totalmente monolíticos, reflejando la autoridad colosal de la URSS.

Todo esto ha colapsado ahora. Los partidos comunistas han abandonado, incluso, cualquier pretensión de una perspectiva socialista revolucionaria y han degenerado totalmente en partidos reformistas. Por lo tanto, se verán afectados por la crisis general del capitalismo y el reformismo. Esto no contradice que, debido a la bancarrota de la socialdemocracia que en muchos países ha gobernado o está gobernando, los partidos comunistas en la oposición pudieran recuperar algo de apoyo simplemente porque tienen el nombre de "partido comunista" y esto les da una aureola de "izquierda" ante un sector de la juventud y trabajadores radicalizados. La profundización de la crisis se dejará sentir no sólo en los sindicatos y partidos socialdemócratas, sino también en los partidos comunistas. La creación del Partido de la Izquierda en Alemania es una primera señal de esta tendencia.

La situación mundial no presenta un cuadro bonito y tranquilo. Todo lo contrario, en todas partes existe una situación explosiva. La clase dominante está paralizada. Los reformistas están en crisis. Los trabajadores y la juventud están más abiertos que nunca a las ideas revolucionarias. Esto nos da oportunidades que no existían en el pasado. Las nuevas condiciones son más similares a las de los años veinte y treinta del siglo pasado que al último período. *La cuestión no es si la clase obrera se moverá o no, sino que cuando lo haga, ¿seremos capaces de aprovechar el cambio de condiciones para encontrar un camino hacia las masas y proporcionar la dirección necesaria al movimiento?*

La tarea decisiva es incrementar las fuerzas de los marxistas revolucionarios, de la Corriente Marxista Internacional, doblar y cuadruplicar el número de cuadros en el menor tiempo posible. ¡No es el

momento del escepticismo ni de la rutina! Se abren enormes oportunidades a escala mundial para la corriente marxista. Podemos avanzar con absoluta confianza sobre la base de las ideas que han demostrado una y otra vez ser correctas. Debemos hacerlo con un sentido de urgencia, plena confianza en las ideas del marxismo, en la clase obrera, en nuestra corriente internacional y en nosotros mismos.

Tenemos una tarea que realizar. ¡Procedamos a ella!

Londres, 19 de enero de 2008.

El programa de transición

La agonía del capitalismo y las tareas de la IV Internacional

LAS CONDICIONES OBJETIVAS PARA LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA

El rasgo fundamental de la situación política mundial en su conjunto es la crisis histórica de la dirección proletaria.

Las condiciones económicas para la revolución proletaria han alcanzado ya el más alto grado de madurez posible bajo el régimen capitalista. Las fuerzas productivas de la Humanidad han dejado de crecer. Las nuevas invenciones y mejoras técnicas no consiguen elevar el nivel de riqueza material. En las condiciones actuales de crisis social del sistema capitalista en su conjunto, cada nueva crisis coyuntural impone a las masas mayores sacrificios y sufrimientos. El paro, a su vez, aumenta la crisis de recursos financieros del Estado y socava los inestables sistemas monetarios. Los gobiernos, ya sean democráticos o fascistas, se ven afectados por continuas crisis financieras.

La propia burguesía no encuentra salida a la situación. En los países en que se ha visto forzada a jugárselo todo a la carta del fascismo, se precipita ahora con los ojos cerrados hacia la catástrofe económica y militar. En los países privilegiados por la historia, es decir, aquellos en los que la burguesía puede permitirse aún durante un tiempo el lujo de la democracia a expensas de la acumulación nacional (Gran Bretaña, Francia, Estados Unidos, etc.), los partidos tradicionales del capital se hallan en tal estado de perplejidad que no saben lo que hacer, que su voluntad está casi paralizada. A pesar de

un primer período de decisiones pretenciosas, el *New Deal*¹ no es más que una forma específica de perplejidad política que sólo puede permitirse un país cuya burguesía ha logrado acumular incalculables riquezas. La crisis actual, que aún no ha llegado a su fin, ha conseguido poner de manifiesto que ni la política del *New Deal*, ni la del Frente Popular² en Francia, tienen la clave para salir del callejón sin salida en que se encuentra la economía de esos países.

Las relaciones internacionales no presentan mejor aspecto. Bajo la tensión creciente del declinar capitalista, los antagonismos interimperialistas han llegado a tal extremo, que los enfrentamientos aislados y los choques cruentos (Etiopía, España, Extremo Oriente, Europa Central) necesariamente llevan camino de convertirse en una conflagración mundial. La burguesía no ignora el peligro mortal que una nueva guerra representaría para el mantenimiento de su dominación. Pero actualmente es mucho menos capaz de impedir la guerra que en 1914.

Las habladurías que tratan de demostrar que las condiciones históricas para el socialismo no han “madurado” aún, son producto de la ignorancia o la mala fe. Las condiciones objetivas para la revolución proletaria no sólo han “madurado”, han empezado a pudrirse. En el próximo período histórico, de no realizar la revolución socialista, toda la civilización humana se verá amenazada por una catástrofe. Es la

1. *New Deal* es el nombre del plan con que la Administración de Franklin D. Roosevelt (1882-1945, presidente de Estados Unidos desde 1932 hasta su muerte) trató de resolver los graves problemas económicos creados por la Gran Depresión de 1929, así como los políticos planteados por la radicalización de la clase obrera. La administración Roosevelt llevó a cabo varios proyectos de recuperación y otras reformas legislativas como el *National Recovery Act* (NRA). El reformismo del *New Deal* permitió a la clase capitalista conceder en apariencia algunos derechos a los obreros, aunque en realidad no hacía más que recortarlos profundamente. En 1936, el PC de EEUU apoyó a Roosevelt, en una versión americana de la táctica frentepopulista, contribuyendo a canalizar el movimiento obrero hacia el Partido demócrata precisamente en un momento en que la idea de un partido obrero independiente se extendía considerablemente.

2. El Frente Popular o la táctica frentepopulista fue el bandazo derechista de la Internacional Comunista en 1935: política de coaliciones gubernamentales entre partidos obreros y partidos capitalistas liberales, o democráticos. En 1936, en Francia, el gobierno del Frente Popular fue elegido en el momento álgido de un proceso de radicalización acompañado de ocupaciones y otras acciones militantes. León Blum, miembro del Partido Socialista francés, fue el primer ministro durante este corto período de gobierno. Mantuvo una actitud de rompeduelgas frente a la clase obrera francesa y se negó a ayudar a los obreros y campesinos españoles en un momento clave de la lucha contra el golpe militar de Franco.

hora del proletariado, es decir, ante todo de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la Humanidad se reduce a la crisis de su dirección revolucionaria.

EL PROLETARIADO Y SUS DIRECCIONES

La economía, el Estado, la política de la burguesía, sus relaciones internacionales, se ven afectadas por la crisis social, característica de la situación prerrevolucionaria de la sociedad. El principal obstáculo para la transformación de esa situación en una situación revolucionaria es el oportunismo de la dirección del proletariado, su cobardía pequeñoburguesa ante la gran burguesía y sus traidoras relaciones con ésta, aun en su agonía.

En todos los países, el proletariado es presa de profunda desazón. Millones de personas toman una y otra vez el camino de la revolución, pero en cada una de esas ocasiones se ven bloqueadas por sus propios aparatos burocráticos conservadores.

Desde abril de 1931, el proletariado español ha intentado heroicamente, en varias ocasiones, tomar el poder y dirigir los destinos de la sociedad. Sin embargo, han sido sus propios partidos (socialdemócrata, estalinista, anarquista, poumista), cada cual a su manera, quienes le han servido de freno y han preparado el triunfo de Franco.

En Francia, la gran oleada de huelgas y ocupaciones de fábrica, especialmente en junio de 1936, mostró que el proletariado estaba dispuesto a derrocar el sistema capitalista. Pese a ello, sus organizaciones dirigentes (socialistas, estalinistas, sindicalistas) consiguieron canalizar y remansar, al menos por un tiempo, la corriente revolucionaria con el señuelo del Frente Popular.

La oleada sin precedentes de huelgas y ocupaciones de fábricas en Estados Unidos y el crecimiento prodigioso de los sindicatos industriales (CIO)³ es la más clara expresión de la lucha instintiva de los

3. CIO, *Congress of Industrial Organizatios* (Congreso de Organizaciones Industriales): Surgió originariamente de un Comité constituido en el seno de la Federación Americana del Trabajo (AFL: American Federation of Labor). Los dirigentes conservadores de la AFL se negaron a atender la petición de crear nuevas organizaciones que representaran a los trabajadores radicalizados de las fábricas; en 1938 expulsaron a los sindicatos de la CIO, forzándolos a crear su propia organización nacional. Después de una serie de conversaciones tendentes a la unificación, la AFL y el CIO se fusionaron en el año 1955.

obreros americanos por elevarse al nivel de las tareas que la historia les impone. Pero, una vez más, las organizaciones dirigentes, incluido el CIO, recién creado, hacen todo lo posible por contener y paralizar la ofensiva revolucionaria de las masas.

El paso definitivo de la Internacional Comunista al terreno del orden burgués, su papel cínicamente contrarrevolucionario en el mundo entero, particularmente en España, en Francia, en Estados Unidos y en los demás países “democráticos”, ha atraído dificultades enormes a las tareas del proletariado mundial. Usurpando la bandera de la Revolución de Octubre, la Komintern⁴, a través de la política conciliadora de los “frentes populares”, condena a la clase obrera a la impotencia y abre paso al fascismo.

Frentes populares, por un lado, y fascismo, por otro, son los últimos recursos políticos del imperialismo en su lucha contra la revolución proletaria. Sin embargo, desde un punto de vista histórico, ambos son ficticios. El declive del capitalismo prosigue tanto bajo el signo del gorro frigio en Francia como de la esvástica en Alemania⁵. Sólo el derrocamiento de la burguesía puede resolver la crisis actual.

La orientación de las masas viene determinada, ante todo, por las condiciones objetivas del capitalismo decadente y, después, por la política traidora de las organizaciones obreras tradicionales. De estos factores, el decisivo es el primero: las leyes de la Historia son más fuertes que los aparatos burocráticos. A pesar de sus diferencias de método (desde la legislación “social” de Blum⁶ hasta las farsas judiciales de Stalin), los socialtraidores no lograrán romper la voluntad revolucionaria del proletariado. A medida que el tiempo pasa, sus desesperados esfuerzos por detener la rueda de la Historia demostrarán con claridad creciente a las masas que la crisis de dirección re-

4. Nombre abreviado de la III Internacional o Internacional Comunista, fundada como alternativa revolucionaria a la II Internacional en 1919 bajo la dirección de Lenin y liquidada en 1943 por Stalin como prueba de buena voluntad hacia las democracias imperialistas. Precisamente había sido la llegada de Hitler al poder, tras la desastrosa política del PC alemán y de la Komintern estalinista, lo que había convencido a Trotsky y a la Oposición de izquierda internacional de la bancarrota de la III Internacional y de la necesidad de construir la IV Internacional, fundada en 1938.

5. El gorro frigio es un símbolo del republicanismo francés y de la revolución de 1789. La esvástica es un viejo símbolo germánico recuperado por los nazis.

6. Véase nota 2.

volucionaria, que se ha convertido en la crisis de la civilización humana, no puede ser resuelta más que por la IV Internacional.

PROGRAMA MÍNIMO Y PROGRAMA DE TRANSICIÓN

La tarea estratégica del próximo período (un período prerrevolucionario de agitación, propaganda y organización) consiste en superar la contradicción entre la madurez de las condiciones revolucionarias objetivas y la inmadurez del proletariado y su vanguardia (la confusión y desmoralización de la generación madura y la inexperiencia de los jóvenes). Es necesario ayudar a las masas a que en sus luchas cotidianas hallen el puente que una sus reivindicaciones actuales con el programa de la revolución socialista. Este puente debe componerse de un conjunto de *reivindicaciones transitorias*, basadas en las condiciones y en la conciencia actual de amplios sectores de la clase obrera para hacerlas desembocar en una única conclusión final: la toma del poder por el proletariado.

La socialdemocracia clásica, en la época del capitalismo ascendente, dividía su programa en dos partes independientes: el *programa mínimo*, limitado a una serie de reformas en el marco de la sociedad burguesa, y el *programa máximo*, que prometía para un futuro indeterminado la sustitución del capitalismo por el socialismo. Entre uno y otro no había conexión. La socialdemocracia no necesita este puente, pues para ella la palabra *socialismo* está reservada para los discursos de los días de fiesta.

La Komintern sigue el camino de la socialdemocracia en la época del capitalismo decadente, en un momento que excluye la adopción de reformas sociales sistemáticas y el aumento del nivel de vida de las masas; en un momento en que la burguesía recupera siempre con la mano derecha el doble de lo que ha dado con la izquierda (impuestos, derechos de aduana, inflación, "deflación", carestía, paro, reglamentación policíaca de las huelgas, etc.); en un momento en que toda reivindicación importante del proletariado y hasta las exigencias de la pequeña burguesía desbordan los límites de la propiedad capitalista y del Estado burgués.

La tarea estratégica de la IV Internacional no es reformar el capitalismo, sino derribarlo. Su meta política es la toma del poder por el

proletariado para expropiar a la burguesía. Pero esta meta no puede alcanzarse sin prestar la máxima atención a las cuestiones tácticas, aun las más parciales y concretas.

Hay que atraer al movimiento revolucionario a todos los sectores del proletariado, todas sus capas, profesiones y grupos. La característica de la época actual no es tanto que el partido revolucionario pueda verse libre de sus prosaicas tareas cotidianas, cuanto que le permite desarrollarlas en estrecha conexión con las tareas de la revolución.

La IV Internacional no desdeña las reivindicaciones tradicionales del "programa mínimo" en la medida en que siguen siendo vigentes. La IV Internacional defiende incansablemente los derechos democráticos y las conquistas sociales de los trabajadores. Pero estas tareas cotidianas las realiza dentro de una perspectiva correcta, real, es decir, revolucionaria. En un momento en que las viejas exigencias "mínimas" y parciales de las masas chocan a cada paso con las tendencias destructivas y degradantes del capitalismo decadente, la IV Internacional avanza un conjunto de reivindicaciones transitorias, cuya esencia consiste en atacar abierta y decididamente las bases mismas del régimen burgués. El tradicional "programa mínimo" viene superado por el *programa de transición*, consistente en la movilización sistemática de las masas en favor de la revolución proletaria.

LA ESCALA MÓVIL DE SALARIOS Y HORAS DE TRABAJO

Bajo el capitalismo decadente, las masas siguen viviendo la mísera vida de los oprimidos, ahora con la amenaza adicional de verse sumidas en la pobreza total. Tienen que defender su trozo de pan, ya que no pueden aumentarlo o mejorarlo. No es necesario ni factible hacer aquí un recuento de las reivindicaciones parciales que surgen a partir de circunstancias concretas, a nivel nacional, local o sectorial. Pero hay que hallar consignas y formas de lucha generalizadas contra dos males básicos que expresan la creciente aberración del sistema capitalista: el *paro* y la *carestía*.

La IV Internacional mantiene una guerra sin cuartel contra la política de los capitalistas, que en una parte considerable es compartida por sus agentes, los reformistas, y que intenta descargar el fardo del

militarismo, las crisis, la desorganización del sistema monetario y todas las demás plagas que origina la agonía del capitalismo sobre las espaldas de los trabajadores. La IV Internacional exige *trabajo y condiciones de vida dignas* para todos.

Ni la inflación monetaria ni la estabilización pueden ser consignas para el proletariado, porque ambas son caras de una misma moneda. Contra la carestía de la vida, que se desbocará aún más con la inminencia de la guerra, sólo puede lucharse con la consigna de *escala móvil de salarios*. Los convenios colectivos deben incluir la subida automática de los salarios correlativa al aumento de precio de los bienes de consumo.

A menos que esté dispuesto a consentir en su propia desintegración, el proletariado no puede permitir que una parte creciente de los trabajadores se conviertan en parados crónicos, en miserables que viven de las migajas de una sociedad que se pudre. El *derecho al trabajo* es el único derecho serio que le queda al trabajador en una sociedad basada en la explotación, pero hoy se lo quieren denegar en todo momento. Frente al paro, "estructural" o "coyuntural", hay que oponer, junto con la consigna de más obras de interés social, la de una *escala móvil de las horas de trabajo*. Los sindicatos y demás organizaciones de masas tienen que unir a los que trabajan y a los parados en mutua solidaridad. Todo el trabajo existente debe distribuirse entre todos los trabajadores, determinándose así la extensión de la jornada de trabajo. El salario de cada trabajador debe ser el mismo que con la jornada antigua. Los salarios, una vez garantizado estrictamente un *salario mínimo*, deben seguir el movimiento de los precios. No se puede defender un programa distinto en la catastrófica situación actual.

Los capitalistas y sus defensores probarán la "imposibilidad" de materializar estas reivindicaciones. Los pequeños empresarios, especialmente si están casi arruinados, se remitirán además a sus libros de cuentas. Pero los trabajadores deben rechazar categóricamente tales argumentos. No se trata de un conflicto "normal" de intereses materiales contrapuestos; se trata de salvar al proletariado de la degradación, la desmoralización y la ruina; es una cuestión de vida o muerte para la única clase creadora y progresiva y, por tanto, para el futuro de la Humanidad. Si el capitalismo se muestra incapaz de satisfacer las exigencias que surgen de las calamidades que él mismo ha generado, debe desaparecer. La "posibilidad" o "imposibilidad" de mate-

rializarlas depende ahora de la relación de fuerzas y es una cuestión que sólo puede resolverse con la lucha. Sólo la lucha, con independencia de sus resultados concretos inmediatos, puede hacer que los trabajadores lleguen a comprender la necesidad de liquidar la esclavitud capitalista.

LOS SINDICATOS EN EL PERÍODO DE TRANSICIÓN

Los trabajadores, hoy más que nunca, necesitan organizaciones de masas, especialmente sindicatos, para luchar por las reivindicaciones parciales y transitorias. El pujante crecimiento de los sindicatos en Francia y Estados Unidos es la mejor prueba para refutar a los doctrinarios ultraizquierdistas que predicán que los sindicatos “han perdido su utilidad”.

El bolchevique-leninista⁷ está siempre en primera línea de todas las luchas, aunque no se trate más que de la defensa de los más modestos intereses y derechos democráticos de la clase obrera. El bolchevique-leninista participa activamente en los sindicatos de masas, fortaleciéndolos y elevando su combatividad. Lucha sin cuartel contra todo intento de subordinar los sindicatos al Estado burgués y de maniatar al proletariado mediante el “laudo obligatorio” o cualquier otra forma de intervención policial no sólo fascista, sino también “democrática”. Una lucha victoriosa contra los reformistas, burocracia estalinista inclusive, sólo puede librarse en base a un trabajo semejante en el seno de los sindicatos. Los intentos sectarios de construir o estabilizar pequeños sindicatos “revolucionarios” como seudópodo del partido, no son de hecho otra cosa que la renuncia a luchar por la dirección de la clase obrera. Hay que defender esta regla de oro: la autoexclusión capituladora de los sindicatos de masas, que equivale a traicionar la revolución, es incompatible con la adhesión a la IV Internacional.

7. Nombre con el que los miembros de la Oposición de izquierda se designaban a sí mismos para resaltar su doble fidelidad al bolchevismo y a Lenin frente a las calumnias estalinistas.

Igualmente, la IV Internacional rechaza y condena la fetichización de los sindicatos, característica de los sindicalistas.

a) Los sindicatos ni ofrecen ni pueden ofrecer, por sus tareas, composición y forma de reclutamiento, un programa revolucionario acabado; por tanto, no pueden ser sustitutos del Partido. La construcción de partidos revolucionarios nacionales, secciones de la IV Internacional, es la tarea central de la época de transición.

b) Los sindicatos, aun los más poderosos, no llegan a englobar a más del 20 o 25 por ciento de la clase obrera, fundamentalmente a los sectores más cualificados y mejor pagados. La mayoría más oprimida de la clase sólo participa en la lucha episódicamente, en momentos de ascenso excepcional del movimiento obrero. En esos momentos hay que crear organizaciones *ad hoc*, capaces de abarcar al conjunto de las masas en lucha: comités de huelga, comités de fábrica y, finalmente, sóviets.

c) Como organizaciones que expresan los intereses de las capas superiores del proletariado, los sindicatos —lo ha demostrado la experiencia histórica, incluso la reciente de los sindicatos anarquistas en España— generan poderosas tendencias al pacto con el régimen democrático-burgués. En períodos de aguda lucha de clases, los organismos dirigentes de los sindicatos tratan de hacerse con las riendas del movimiento de masas para hacerlo inofensivo. Esto es lo que ocurre ya con las simples huelgas, especialmente cuando se trata de huelgas de masa con ocupación de fábricas, que socavan el fundamento de la propiedad privada. En tiempos de guerra o revolución, cuando la burguesía se ve asediada por dificultades excepcionales, los dirigentes sindicales suelen convertirse en ministros burgueses.

Por todo ello, las secciones de la IV Internacional no sólo deben luchar en todo momento para que se renueve el aparato sindical, proponiendo con audacia y decisión, en los momentos decisivos, a nuevos dirigentes combativos para sustituir a los funcionarios caídos en la rutina y en el arribismo, sino que también deben crear en todo momento oportuno organizaciones de combate independientes que se adecuen mejor a las necesidades de la lucha de masas contra la sociedad burguesa y que, si es preciso, no titubeen siquiera ante una ruptura abierta con la maquinaria conservadora de los sindicatos. Sería criminal volver la espalda a las organizaciones de masas en base a ficciones sectarias, pero igualmente lo es tolerar pasivamente la subor-

dinación del movimiento revolucionario de masas al control de los aparatos burocráticos abiertamente reaccionarios o encubiertamente conservadores (“progresistas”). Los sindicatos no son un fin en sí mismos. Son medios para llegar a la revolución proletaria.

COMITÉS DE FÁBRICA

En la época de transición, el movimiento de la clase obrera no es sistemático y equilibrado, sino turbulento y explosivo. Las consignas y las formas de organización deben subordinarse a este carácter del movimiento. Al tiempo que se guarda de la rutina como la peste, la dirección debe ser sensible a la iniciativa de las masas.

Las huelgas con ocupación de fábrica, una de las más recientes manifestaciones de esa iniciativa, rebasan los límites del funcionamiento normal del régimen capitalista. Con independencia de las reivindicaciones de los huelguistas, la ocupación temporal de las fábricas es, en sí misma, un golpe al fetiche de la propiedad capitalista. Cada ocupación plantea en la práctica el problema de quién manda en la fábrica: el capitalista o los obreros.

Si las ocupaciones plantean la cuestión episódicamente, los *comités de fábrica* le dan una dimensión organizativa. El comité de fábrica, elegido por todos los trabajadores de la empresa, se convierte inmediatamente en un contrapeso a la voluntad de la administración.

Al reformismo de quienes contraponen los patronos de viejo tipo, los llamados “patronos por la gracia de Dios” del tipo Ford, a los explotadores “buenos” y “demócratas”, nosotros oponemos la consigna de los comités de fábrica como centros de lucha contra unos y otros.

Los burócratas sindicales se opondrán por regla general a la creación de comités de fábrica, del mismo modo que se oponen a todo paso audaz en el camino de la movilización de masas. Sin embargo, cuanto más fuerte sea el impulso del movimiento, tanto más fácil será vencer esas resistencias. Allí donde ya en tiempos de “calma” todos los obreros de la empresa estén sindicados, el comité coincidirá formalmente con la sección sindical, pero renovará su personal y ampliará sus funciones. Pero lo decisivo del comité es que se convierte en el estado mayor militante de todos aquellos sectores de la clase que los sindicatos tradicionalmente no han logrado movilizar. Será precisa-

mente de estos sectores más explotados de donde emergerán los batallones más entregados a la causa revolucionaria.

Tan pronto como surge un comité se instala de hecho en la fábrica un poder dual que, por su propia esencia, no puede ser más que transitorio, pues reúne en sí dos regímenes irreconciliables: el capitalista y el proletario. La importancia decisiva de los comités de fábrica radica en que abren paso a un período prerrevolucionario, si no directamente revolucionario; un período a caballo entre el régimen burgués y el régimen proletario. Que la propaganda en favor de los comités de fábrica no es prematura ni artificial lo demuestran las oleadas de ocupaciones que se han dado en varios países. Irremediamente habrá nuevas oleadas de este estilo en el futuro inmediato. Es necesario hacer campaña en favor de los comités de fábrica para no ser cogidos por sorpresa.

‘SECRETO COMERCIAL’ Y CONTROL OBRERO DE LA PRODUCCIÓN

El capitalismo de libre competencia y libre cambio ha pasado a mejor vida. Su sucesor, el capitalismo monopolista, no sólo no disminuye la anarquía del mercado, sino que le añade caracteres especialmente convulsivos. La necesidad de un “control” de la economía, de una “dirección” estatal, de una “planificación”, la reconocen hoy, al menos de palabra, casi todas las corrientes de opinión burguesas y pequeñoburguesas, desde los fascistas hasta los socialdemócratas. Para los fascistas, se trata sobre todo de “planificar” el pillaje del pueblo con fines militares. Los socialdemócratas se disponen a achicar el océano de la anarquía con la cuchara de la “planificación” burocrática. Ingenieros y profesores escriben artículos sobre la “tecnocracia”. Pero en sus cobardes intentos de “regular” la economía, los gobiernos democráticos se topan con el sabotaje inevitable del gran capital.

La verdadera relación entre los explotadores y sus “controladores” democráticos la expresa el hecho de que los señores “reformadores” se detienen con piadoso recogimiento ante el umbral de los *trusts* y sus “secretos” industriales y comerciales. Aquí domina el principio de “no injerencia”. Las cuentas entre el capitalista individual y la sociedad constituyen un secreto del primero: la sociedad no tiene vela en este entierro. La razón que se da para el mantenimiento de estos “se-

cretos" de la empresa no es otra que, como en los tiempos del capitalismo liberal, la de los intereses de la "competencia". Pero en realidad, los *trusts* no guardan secretos entre sí. Los secretos industriales de la época actual forman parte de un complot continuo del capital monopolista contra los intereses de la sociedad. Todo intento de limitar los poderes de los "patronos por la gracia de Dios" será una farsa patética mientras los propietarios privados de los medios sociales de producción puedan ocultar a productores y consumidores sus maquinaciones de explotación, robo y fraude. La abolición del "secreto comercial" es el primer paso hacia un verdadero control de la industria.

Los trabajadores no tienen menos derecho que los capitalistas a conocer los "secretos" de la fábrica, del *trust*, de las diferentes ramas de la industria o de la economía nacional en su conjunto. La banca, la industria pesada y los transportes centralizados deben ser muy especialmente inspeccionados.

Las tareas inmediatas del control obrero consisten en investigar los ingresos y gastos de la sociedad, a partir de cada empresa; averiguar la verdadera proporción de la renta nacional que aportan el capitalista individual y los explotadores en su conjunto; denunciar los arreglos secretos y las estafas de bancos y *trusts*; finalmente, revelar a la sociedad entera el incalculable derroche de trabajo humano que resulta de la anarquía capitalista y de la búsqueda incontrolada de beneficios.

Ningún funcionario del Estado burgués puede realizar esta tarea, por muchos poderes que se le otorguen. El mundo entero pudo contemplar la impotencia del presidente Roosevelt o del presidente Blum frente al complot de las "sesenta" o las "doscientas"⁸ familias. Para vencer la resistencia de los explotadores hay que movilizar la presión de las masas proletarias. Sólo los comités de fábrica pueden imponer un verdadero control de la producción contando con la colaboración (como consultores, no como "tecnócratas") de especialistas sinceramente entregados a la causa popular: contables, estadísticos, ingenieros, científicos, etc.

8. Véase nota 2. *America's sixty families* (Las sesenta familias de América) es un libro de Ferdinand Lundberg en el que se describía a la aristocracia financiera americana, acaudillada por sesenta familias de inmensa fortuna. La denominación "doscientas familias" se ha empleado tradicionalmente para designar a sus equivalentes franceses.

La lucha contra el paro no puede afrontarse sin la organización audaz de grandes *obras públicas*. Pero las obras públicas sólo tienen un efecto duradero y progresivo para la sociedad y para los parados si forman parte de un plan de conjunto para una serie de años. En el marco de semejante plan, los obreros deben exigir que se vuelvan a poner en marcha, como empresas públicas, los negocios privados que han cerrado como consecuencia de la crisis económica. En tales casos, el control obrero sería reemplazado por la gestión directa de los trabajadores.

Pero la elaboración del más elemental plan económico por los explotados, no por los explotadores, es imposible sin control obrero, es decir, sin la inspección por los trabajadores de todos los recursos aparentes y ocultos de la economía capitalista. Los comités representativos de las distintas empresas deben reunirse en conferencias que elijan los de los correspondientes *trusts*, ramas industriales, regiones económicas y, finalmente, los de la industria nacional en su conjunto. De este modo, el control obrero se convierte en una *escuela de economía planificada*. Basado en sus experiencias de control, el proletariado se prepara a la gestión directa de la economía nacionalizada cuando llegue su hora.

A los capitalistas, especialmente a los pequeños y medianos, que se ofrecen por propia voluntad a abrir sus libros a los trabajadores (para justificar la necesidad de reducir los salarios), los obreros deben contestar que no tienen interés en conocer las cuentas aisladas de empresarios quebrados o semiquebrados, sino los libros de cuentas del conjunto de los explotadores. Los obreros ni pueden ni quieren adaptar sus condiciones de vida a las necesidades de los capitalistas individuales víctimas de su propio régimen social. Se trata de reorganizar sobre bases más dignas y racionales el sistema de producción y distribución en su conjunto. Del mismo modo que la abolición del secreto comercial es una condición necesaria para el control obrero, el control es el primer paso hacia la dirección socialista de la economía.

EXPROPIACIÓN DE CIERTOS GRUPOS DE CAPITALISTAS

Bajo ningún pretexto, la defensa de un programa socialista de expropiaciones, es decir, del derrocamiento de la burguesía y de la liquida-

ción de su poderío económico, debe apartarnos de exigir en esta época de transición, si la ocasión lo permite, la expropiación de determinados sectores industriales claves para la existencia nacional, o de los grupos más parasitarios de la burguesía.

Así, en respuesta a las jeremiadas patéticas de los caballeros demócratas contra la dictadura de las “sesenta familias” en los EEUU o de las “doscientas familias” en Francia, nosotros defendemos la expropiación de esos sesenta o doscientos barones del capitalismo.

Igualmente, exigimos la expropiación de las empresas monopolistas en el campo de la industria de guerra, los ferrocarriles, las materias primas fundamentales, etcétera.

La diferencia entre estas reivindicaciones y la contusa consigna reformista de “nacionalizaciones” reside en lo siguiente:

- 1) Que nosotros rechazamos cualquier tipo de indemnización.
- 2) Que prevenimos a las masas contra los demagogos frentepopulistas que, aunque abogan por las nacionalizaciones, son en realidad agentes del capital.
- 3) Que llamamos a las masas a que no confíen más que en su fuerza revolucionaria.
- 4) Que ligamos la cuestión de la expropiación con la toma del poder por los obreros y los campesinos.

La necesidad de defender la consigna de la expropiación en nuestra *agitación* diaria y por tanto de forma parcial, y no sólo en nuestra propaganda y de manera general, se debe a que las diferentes ramas de la industria tienen un grado de desarrollo diferente, desempeñan un papel distinto en la vida social y pasan por etapas distintas de la lucha de clases. Sólo el ascenso revolucionario generalizado del proletariado puede poner a la orden del día la expropiación total de la burguesía. La misión de las consignas transitorias consiste en preparar al proletariado para realizar este objetivo.

NACIONALIZACIÓN DE LA BANCA PRIVADA Y ESTATIZACIÓN DEL SISTEMA CREDITICIO

El imperialismo es la dominación del *capital financiero*. Junto a *trusts* y consorcios, a menudo por encima de ellos, los *bancos* concentran en sus manos el verdadero dominio de la economía. Los bancos expresan

en su propia estructura, de forma concentrada, toda la naturaleza del capitalismo moderno: combinan la tendencia al *monopolio* con la tendencia a la *anarquía*. Producen milagros tecnológicos, empresas gigantes, poderosos *trusts* y, al tiempo, crean la inflación, las crisis y el paro. Es imposible dar un solo paso contra el despotismo de los monopolios y contra la anarquía capitalista, si se dejan los puestos de mando de la banca a los perros de presa del capital. Si se quiere crear un sistema unificado de inversión y crédito junto con un plan racional que corresponda a los intereses de todo el pueblo, hay que fundir todos los bancos en un solo banco nacional. Sólo la expropiación de la banca privada y la concentración del sistema crediticio en manos del Estado pueden proporcionar al banco nacional los recursos materiales necesarios —no sólo burocráticos y formales— para la planificación económica.

La nacionalización de la banca no significa en modo alguno la expropiación de los pequeños depósitos bancarios. Al contrario, el banco nacional podrá crear unas condiciones más favorables para los pequeños ahorradores. Igualmente sólo un banco nacional puede dar buenas condiciones de crédito, es decir, crédito barato a los campesinos, a los autónomos y a los pequeños comerciantes. Aún más importante es el hecho de que toda la economía —sobre todo la gran industria y el transporte—, dirigida por una sola entidad financiera, se pondrá al servicio de los obreros y los demás trabajadores.

Sin embargo, estos favorables resultados de *la estatización de la banca* sólo podrán asegurarse si el poder estatal pasa de las manos de los explotadores a las de los trabajadores.

PIQUETES DE HUELGA, DESTACAMENTOS DE COMBATE, MILICIAS OBRERAS, ARMAMENTO DEL PROLETARIADO

Las huelgas con ocupación de fábricas son serias advertencias de las masas no sólo hacia la burguesía, sino también hacia las organizaciones obreras, la IV Internacional inclusive. En 1919-20, los obreros italianos ocuparon las fábricas por iniciativa propia, señalando así a sus “dirigentes” que había llegado la revolución social. Pero sus “dirigentes” no contestaron a esa señal. El resultado fue el triunfo del fascismo.

Las ocupaciones actuales no son aún tomas de fábricas al estilo italiano, pero suponen un paso decisivo hacia ellas. La crisis actual puede agudizar la lucha de clases y aproximar su desenlace. Pero esto no significa que las situaciones revolucionarias aparezcan súbitamente. En realidad, su llegada será anunciada por todo un conjunto de convulsiones. La oleada de huelgas con ocupación es precisamente una de ellas. La tarea de las secciones de la IV Internacional consiste en ayudar a la vanguardia proletaria a comprender el carácter general y el ritmo de nuestra época y hacer que fructifique la lucha de masas a través de consignas cada vez más audaces y medidas organizativas cada vez más combativas.

La agudización de la lucha de clases significa que el capital afilará sus armas para el contraataque. Cada nueva oleada de ocupaciones de fábricas puede ser respondida, será indudablemente respondida con medidas enérgicas por parte de la burguesía. La respuesta ya se está preparando secretamente en los estados mayores de los monopolios. ¡Ay de las organizaciones revolucionarias! ¡Ay del proletariado si se deja sorprender!

En ninguna parte se da por satisfecha la burguesía con la policía y el ejército oficiales. En Estados Unidos, incluso en tiempo "de paz", la burguesía mantiene batallones militarizados de esquiroleros y pistoleros a sueldo en las fábricas, a lo que hay que añadir la aparición de diferentes grupos nazis. La burguesía francesa, al primer síntoma de peligro, ha movilizado sus destacamentos fascistas semilegales e ilegales hasta en el seno del ejército. Tan pronto como se deje sentir la presión de los obreros ingleses, dos, tres, diez veces se intensificará la actividad de las bandas fascistas en su cruenta lucha contra los trabajadores. La burguesía es perfectamente consciente de que en la época actual la lucha de clases tiende irremediabilmente a convertirse en guerra civil. Los ejemplos de Italia, Alemania, Austria, España y otros países han enseñado mucho más a los magnates capitalistas y a sus lacayos que a los dirigentes oficiales del proletariado.

Los políticos de la II y la III Internacional, así como los burócratas sindicales, conscientemente prestan oídos sordos al aumento del ejército privado de la burguesía; de otro modo no podrían conservar sus alianzas con ella ni veinticuatro horas. Los reformistas inculcan sistemáticamente a los obreros la idea de que la sacrosanta democracia es-

tará más garantizada si la burguesía está armada hasta los dientes y los obreros permanecen inermes.

El deber de la IV Internacional consiste en dar fin de una vez por todas a esa política servil. Los demócratas pequeñoburgueses — también los socialdemócratas, estalinistas y anarquistas — invocan con tanta mayor fuerza la necesidad de luchar contra el fascismo cuanto más dispuestos están a capitular ante él en la práctica. Sólo los destacamentos obreros armados, seguros del apoyo de decenas de millones de trabajadores, pueden mantener a raya a las bandas fascistas. La lucha contra el fascismo no empieza en las redacciones de los diarios liberales, sino en las fábricas, y termina en la calle. Los esquirolles y pistoleros a sueldo en las fábricas son las células fundamentales del ejército fascista. Los *piquetes de huelga* constituyen las células fundamentales del ejército proletario. Este es nuestro punto de partida. Por eso, para cada huelga o manifestación callejera, hay que propagar la necesidad de crear *grupos obreros de autodefensa*. Hay que introducir esta consigna en el programa del ala revolucionaria de los sindicatos. Allí donde sea posible, empezando por las organizaciones juveniles, es necesario crear grupos de autodefensa e instruirlos y familiarizarlos con el manejo de las armas.

El nuevo ascenso del movimiento de masas debe servir no sólo para aumentar el número de estas unidades, sino también para coordinarlas por barriadas, ciudades y regiones. Hay que dar expresión organizada al legítimo odio que los obreros sienten por los esquirolles y las bandas de gánsteres y fascistas. Hay que avanzar la consigna de *milicias obreras* como única garantía seria de la inviolabilidad de las organizaciones, las reuniones y la prensa obrera.

Sólo por medio de este trabajo sistemático, permanente, infatigable y audaz de agitación y propaganda, apoyándose siempre en la experiencia propia de las masas, es posible erradicar de su conciencia las tradiciones de sumisión y de pasividad; entrenar destacamentos de luchadores heroicos capaces de servir de ejemplo a todos los trabajadores; infligir una serie de derrotas tácticas a los pistoleros de la contrarrevolución; aumentar la confianza de los explotados en sus propias fuerzas; desacreditar al fascismo ante los ojos de la pequeña burguesía y allanar el camino del proletariado hacia la conquista del poder.

Engels definió el Estado como “grupos de hombres armados”. *El armamento del proletariado* es un imperativo intrínseco a la lucha por su liberación. Cuando el proletariado así lo desea, acaba siempre por encontrar el modo y los medios de armarse. También en este terreno las secciones de la IV Internacional deben convertirse en su dirección natural.

ALIANZA DE OBREROS Y CAMPESINOS

El compañero de armas y equivalente en el campo del obrero industrial es el proletario agrícola. Ambos forman parte de una misma clase. Sus intereses son indivisibles. El programa de transición para los obreros industriales es el mismo programa de los proletarios agrícolas, una vez realizadas las adaptaciones correspondientes.

Los campesinos (pequeños propietarios) pertenecen a una clase distinta: son la pequeña burguesía del medio rural. La pequeña burguesía está formada por muy diversos sectores que van desde capas semiproletarias hasta grupos de explotadores. Por eso, la tarea política del proletariado industrial consiste en llevar al campo la lucha de clases. Sólo así podrá trazar una línea de demarcación entre sus aliados y sus enemigos.

Los rasgos específicos del desarrollo nacional de cada país alcanzan su máxima expresión en la situación de los campesinos; igualmente sucede, hasta cierto punto, con la pequeña burguesía urbana (artesanos y pequeños comerciantes). Estas clases, por grande que pueda ser su número, son esencialmente restos de los modos de producción precapitalistas. Las secciones de la IV Internacional deben elaborar con la mayor concreción posible un programa de consignas transitorias para campesinos y pequeños propietarios y para la pequeña burguesía urbana, teniendo en cuenta las condiciones específicas de cada país. Los trabajadores avanzados deben aprender a dar respuestas claras y concretas a los problemas de sus futuros aliados.

Mientras el pequeño propietario rural siga siendo un pequeño productor “independiente”, necesitará crédito barato, maquinaria agrícola y abonos a precios asequibles, buenos transportes y una organización racional del mercado para sus productos. Por contra, los bancos, los *trusts* y los intermediarios le sacan su dinero por todas

partes. Sólo los propios campesinos, con la ayuda de los trabajadores, pueden poner fin a esos robos. Hay que poner en pie *comités de campesinos pobres* que, junto con los comités obreros y los comités de trabajadores de banca, tomen en sus manos el control del transporte, del crédito y de las operaciones mercantiles que afectan a la agricultura.

Al tachar falsamente de “excesivas” las reivindicaciones de los trabajadores, la gran burguesía trata de levantar una barrera artificial entre obreros y campesinos, entre obreros y pequeña burguesía urbana sobre la cuestión del *precio de las mercancías*. A diferencia del obrero industrial, del empleado o del funcionario, ni el campesino, ni el artesano, ni el pequeño comerciante pueden exigir la escala móvil de salarios. La lucha oficial del gobierno contra la carestía de la vida no es más que un engaño para las masas. Pero los campesinos, artesanos y comerciantes, en cuanto consumidores, deben irrumpir en la política de precios codo a codo con el obrero industrial. A los lamentos capitalistas sobre los costes de producción, de transporte y de distribución, los consumidores responderán: “Enséñanos tus libros de cuentas; exigimos el control sobre la política de precios”. Este control debe ejercerse por medio de *comités de control de precios* compuestos por delegados de fábrica, de los sindicatos, de las cooperativas, de las organizaciones campesinas, de la pequeña burguesía urbana, de las amas de casa, etc. Estos comités servirán para que los obreros demuestren a los campesinos que la causa de la carestía no está en el crecimiento de los salarios, sino en los exorbitantes beneficios de los capitalistas y los gastos extra que impone la anarquía capitalista.

El programa de *nacionalización de la tierra y colectivización de la agricultura* debe elaborarse de tal forma que, desde el principio, quede excluida la posibilidad de expropiar a los pequeños propietarios, así como de proceder a su colectivización obligatoria. El campesino debe seguir siendo dueño de su parcela mientras lo crea conveniente o posible. Si queremos hacer que el programa socialista vuelva a ganar su prestigio a ojos de los campesinos, es necesario denunciar sin tregua los métodos estalinistas de colectivización, que no se basan en los intereses de obreros y campesinos, sino en los de la burocracia.

Igualmente la expropiación de los expropiadores no significa la confiscación forzosa de artesanos y pequeños comerciantes. A la inversa, el control obrero de bancos y *trusts*, su nacionalización, puede ofrecer a la pequeña burguesía urbana condiciones de crédito, com-

pra y venta mucho más favorables que las que obtiene bajo la dominación incontrolada de los monopolios. La dependencia respecto del gran capital será reemplazada por una dependencia respecto del Estado, tanto más atento a las necesidades de todos estos sectores cuanto que son los propios trabajadores quienes lo han tomado firmemente en sus manos.

La participación real de los campesinos explotados en el control de las diferentes actividades económicas les permitirá decidir por sí mismos de la conveniencia de proceder a trabajar en común la tierra, así como de la oportunidad y la escala de ese proceso. Los obreros industriales deben estar dispuestos a prestar a lo largo de esta ruta toda su ayuda a los campesinos, por medio de los sindicatos, de los comités de fábrica y, sobre todo, de un gobierno obrero y campesino.

La alianza propuesta por el proletariado (una alianza no con las “clases medias”, sino con las capas explotadas de la pequeña burguesía rural y urbana, en contra de todos los explotadores, incluso de aquellos que pertenecen a las “clases medias”) no puede basarse en la fuerza, sino en el consentimiento libremente manifestado en un “pacto” especial. Ese “pacto” no puede ser otro que el programa de consignas transitorias que ambas partes acepten libremente.

LA LUCHA CONTRA EL IMPERIALISMO Y LA GUERRA

Toda la situación mundial, y por tanto la vida política de las distintas naciones, está turbada por la amenaza de una guerra mundial. La catástrofe inminente hace temblar de aprensión a las más amplias masas.

La II Internacional repite su infame política de 1914 con seguridad acrecida, ya que hoy la Komintern es el primer violín del chauvinismo. Tan pronto como llegó a concretarse el peligro de una guerra, los estalinistas, ganando por la mano a los pacifistas burgueses y pequeño-burgueses, se convirtieron en los más decididos partidarios de la “defensa nacional”. La carga de la lucha revolucionaria contra la guerra descansa por completo sobre los hombros de la IV Internacional.

La política bolchevique-leninista en este punto, formulada en las tesis del Secretariado Internacional (*La guerra y la IV Internacional*, 1934), conserva actualmente toda su vigencia. En la fase que se abre,

el éxito del Partido revolucionario dependerá sobre todo de la postura que adopte sobre la cuestión de la guerra. La política correcta debe incluir dos elementos: ningún compromiso con el imperialismo y sus guerras y un programa basado en la experiencia de las propias masas.

Más que ninguna otra, la cuestión de la guerra es usada por la burguesía y sus agentes para engañar al pueblo con abstracciones, fórmulas generales y fraseología barata: "neutralidad", "seguridad colectiva", "armarse para defender la paz", "defensa nacional", "lucha contra el fascismo", etc. Todas estas fórmulas no persiguen más que una sola finalidad: que la guerra, es decir, la suerte del pueblo, se deje en manos de los imperialistas, sus gobiernos, su diplomacia, sus generales, pozos todos ellos de intrigas y asechanzas en contra del pueblo.

La IV Internacional rechaza tajantemente todas esas abstracciones ("honor", "sangre", "raza") tendentes a un mismo fin, tanto en el campo democrático como en el fascista. Pero no basta con rechazarlas tajantemente. Hay que ayudar a las masas a comprender la verdadera esencia de esas abstracciones fraudulentas por medio de criterios, exigencias y reivindicaciones que sirvan para desenmascararlas.

¿Desarme? Todo el problema consiste en saber quién desarmará a quién. El único desarme que puede evitar o acabar con la guerra es el desarme de la burguesía por el proletariado. Y para desarmar a la burguesía, los obreros tienen que armarse.

¿Neutralidad? El proletariado es cualquier cosa menos neutral en la guerra entre Japón y China o en una guerra entre Alemania y la URSS. "¿Así que se trata de defender a China y a la URSS?" "¡Por supuesto!". Pero no con ayuda de los imperialistas, que se aprovecharán para estrangular tanto a la China como a la URSS.

¿Defensa de la patria? Bajo esta abstracción, la burguesía entiende la defensa de sus beneficios y su derecho al pillaje. Nos aprestaremos a defender a la patria de los capitalistas extranjeros, cuando hayamos atado de pies y manos a los nuestros y les hayamos impedido seguir atacando patrias extranjeras; cuando los obreros y los campesinos se hayan convertido en los verdaderos dueños de nuestro país; cuando la riqueza nacional haya pasado de las manos de una ínfima minoría a las del pueblo; cuando el ejército sea un arma de los explotados y no de los explotadores.

Estas cuestiones fundamentales han de detallarse y explicarse a menudo con ayuda de ejemplos concretos, según el curso de los acontecimientos y el estado de ánimo de las masas. Habrá que distinguir además entre el pacifismo del diplomático, el profesor, el periodista y el del carpintero, el obrero agrícola o la asistenta. En el primer caso, su pacifismo no es más que una pantalla del imperialismo; en el segundo, una expresión confusa de su desconfianza en él.

Cuando el pequeño campesino o el obrero hablan de la defensa de la patria, se están refiriendo a la de su casa, su familia y otras familias como la suya de la invasión, las bombas y el gas tóxico. Los capitalistas y sus periodistas entienden por defensa de la patria la conquista de colonias y mercados, el aumento de la parte "nacional" de la renta mundial por medio del pillaje. El pacifismo y el patriotismo burgués están transidos de engaño. En el pacifismo, y aun en el patriotismo de los oprimidos hay una mezcla de elementos que, por un lado, reflejan su odio hacia la destrucción y la guerra y, por otro, les impulsan hacia lo que ellos estiman ser su propio bien. Esos elementos han de ser correctamente entendidos para poder extraer conclusiones correctas. Hay que saber contraponer frontalmente estas dos formas de pacifismo y patriotismo.

Con estas consideraciones por punto de partida, la IV Internacional defiende toda reivindicación, por insignificante que parezca, que pueda empujar a las masas a la política activa, que despierte su sentido crítico y que aumente su control sobre las maquinaciones de la burguesía.

Con esta perspectiva, nuestra sección americana, por ejemplo, da su apoyo crítico a la propuesta de que toda eventual declaración de guerra sea decidida en un referéndum. Sin duda, ninguna reforma democrática puede impedir por sí misma que los dirigentes imperialistas se lancen a la guerra cuando lo estimen conveniente. Esto hay que decirlo abiertamente. Pero, pese a las posibles ilusiones que las masas puedan hacerse respecto al referéndum, su apoyo refleja la desconfianza que obreros y campesinos sienten hacia el gobierno y el parlamento burgueses. Sin fomentar ilusiones, hay que apoyar con todas nuestras fuerzas toda muestra de desconfianza de los explotados hacia los explotadores. Cuanto mayor sea el movimiento pro referéndum, antes lo abandonarán los pacifistas burgueses; tanto más

desacreditados se verán los traidores de la Komintern; tanto mayor será la desconfianza hacia los imperialistas.

Desde este punto de vista, hay que defender la exigencia de que hombres y mujeres tengan derecho al voto desde los dieciocho años. Quienes serán llamados a morir por la patria deben tener derecho a votar. La lucha contra la guerra debe convertirse ante todo *en movilización revolucionaria de los jóvenes*.

Hay que hacer luz sobre el problema de la guerra desde todos los ángulos, haciendo hincapié especialmente en aquellos aspectos que en cada momento sean más comprensibles para las masas.

La guerra es una empresa comercial gigantesca, especialmente para la industria bélica. Por eso las "sesenta familias" son patriotas de toda la vida, y a la vez son los principales factores de guerra. El *control obrero de las industrias bélicas* es el primer paso en la lucha contra los fabricantes de guerras.

Al eslogan reformista de *impuestos sobre los beneficios bélicos* nosotros oponemos los de *confiscación de los beneficios bélicos y expropiación de los fabricantes de la industria de guerra*. Allí donde, como en Francia, la industria militar está "nacionalizada" la consigna de *control obrero* mantiene toda su vigencia. El proletariado tiene tan poca confianza en el gobierno burgués como en los capitalistas individuales.

¡Ni un hombre, ni un céntimo para el gobierno burgués!

¡No a los programas de armamento! ¡Sí a los programas de obras de utilidad pública!

¡Total independencia de las organizaciones obreras respecto del control militar y policiaco!

De una vez por todas hay que arrebatar las decisiones sobre el destino del pueblo de las manos de las bandas imperialistas codiciosas y despiadadas que intrigan a espaldas del pueblo.

Así, pues, exigimos:

¡Total abolición de la diplomacia secreta; acceso de los obreros y campesinos a todos los acuerdos y tratados!

¡Entrenamiento militar y armamento de los obreros y campesinos bajo el control de los comités de obreros y campesinos!

¡Creación de escuelas militares para la formación de oficiales provenientes de las filas de los trabajadores, elegidos por las organizaciones obreras!

¡Sustitución del ejército regular, es decir, acuartelado, por una *militia obrera* indisolublemente ligada a las fábricas, las minas, los campos, etc.!

La guerra imperialista es una continuación corregida y aumentada de la política de pillaje de la burguesía. La lucha del proletariado contra la guerra es la continuación corregida y aumentada de su lucha de clase. La ruptura de hostilidades altera el equilibrio y, parcialmente, los métodos de lucha entre las clases, pero no su fin ni su rumbo fundamental.

La burguesía imperialista domina el mundo. Básicamente, por tanto, la próxima guerra va a ser una guerra imperialista. El contenido fundamental de la política del proletariado internacional ha de ser, por tanto, una lucha contra el imperialismo y su guerra. El principio fundamental de esta lucha es: "El enemigo principal está en *nuestro propio país*", o "La derrota de *nuestro propio* gobierno (imperialista) es el mal menor".

Pero no todos los países del mundo son imperialistas. Muy al contrario, la mayoría son víctimas del imperialismo. Algunos de los países coloniales o semicoloniales tratarán indudablemente de utilizar la guerra para librarse del yugo de la esclavitud. La suya no será una guerra imperialista, sino de liberación. El deber del proletariado internacional es ayudar a los países oprimidos en su lucha contra los opresores. El mismo deber tiene de ayudar a la URSS o a cualquier otro Estado obrero que pueda surgir de la guerra o en plena guerra. La derrota de *todos y cada uno* de los gobiernos imperialistas en lucha contra un Estado obrero o contra un país colonial es el mal menor.

Pero los obreros de un país imperialista no pueden ayudar a un país antiimperialista a través de su propio gobierno burgués, por buenas que puedan ser las relaciones diplomáticas y militares entre ambos países en un momento dado. Si sus gobiernos están unidos por una alianza temporal y necesariamente inestable, el proletariado del país más imperialista debe seguir manteniendo una posición de clase opuesta a su propio gobierno y debe ayudar al "aliado" no imperialista con *sus propios* métodos, es decir, por los de la lucha de clases internacional (agitación a favor del Estado obrero o del país colonial no sólo contra sus enemigos, sino también contra sus pérfidos aliados, utilizando el boicot y la huelga en algunos casos y rechazando el boicot y la huelga en otros, etc.).

Al defender a un país colonial o a la URSS en el curso de una guerra, el proletariado no debe solidarizarse ni por un momento con el gobierno burgués de un país colonial o con la burocracia termidoriana de la URSS. Al contrario, debe mantenerse independiente de uno y otra. Por su ayuda a las guerras justas y progresivas, el proletariado revolucionario se ganará la simpatía de los obreros de las colonias y de la URSS, afianzando así la autoridad y la influencia de la IV Internacional y aumentando las posibilidades de que sean derrocados tanto el gobierno burgués del país colonial en cuestión como la burocracia reaccionaria de la URSS.

Al comienzo de la guerra, las secciones de la IV Internacional se sentirán inevitablemente aisladas: las guerras cogen por sorpresa a las masas de cada país y las empujan hacia su aparato gubernamental. Los internacionalistas tendrán que nadar contra corriente. Pero la destrucción y la miseria de la nueva guerra, que superarán con mucho en pocos meses los sangrientos horrores de 1914-18, actuarán como una ducha de agua fría. El descontento de las masas y su revuelta crecerán bruscamente. Las secciones de la IV Internacional se encontrarán a la cabeza de la oleada revolucionaria. El programa de transición cobrará una actualidad apremiante. Y el problema de la toma del poder por el proletariado se planteará en toda su dimensión

Antes de aniquilar o ahogar en sangre a la humanidad, el capitalismo se encarga de envenenar la atmósfera mundial con los vapores tóxicos del odio nacional y racial. El *antisemitismo* es actualmente uno de los más peligrosos estertores de la agonía del capital.

La denuncia implacable de las raíces de clase de los prejuicios raciales, así como de todas las formas y clases de chovinismo y arrogancia nacionalista, especialmente del antisemitismo, deben formar parte del trabajo cotidiano de todas las secciones de la IV Internacional, como elemento educativo fundamental en la lucha contra el imperialismo y la guerra. Nuestra consigna básica sigue siendo la de *¡Proletarios de todos los países, uníos!*

EL GOBIERNO OBRERO Y CAMPESINO

La consigna de “gobierno obrero y campesino” apareció por primera vez en 1917 en las campañas de agitación bolchevique, para ser defi-

nitivamente aceptada tras la Revolución de Octubre. En última instancia no significaba otra cosa que la denominación popular para la dictadura proletaria ya establecida. Lo importante de esta designación es que subrayaba la idea de la *alianza entre el proletariado y el campesinado* en que se basaba el poder soviético.

Cuando la Komintern de los epígonos trató de resucitar la consigna, ya enterrada por la historia, de “dictadura democrática del proletariado y el campesinado”, dio a la fórmula de “gobierno obrero y campesino” un significado puramente “democrático”, es decir, burgués, *contraponiéndola* a la de dictadura del proletariado. Los bolcheviques-leninistas rechazamos abiertamente la consigna de “gobierno obrero y campesino” en su versión democrático-burguesa. Afirmamos en su momento y lo repetimos ahora que cuando el partido del proletariado se niega a desbordar los cauces democrático-burgueses, su alianza con el campesinado se convierte en un mero soporte del capital. Eso sucedió con los mencheviques y los socialrevolucionarios en el año 1917, con el Partido Comunista Chino en 1925-27, y sucede ahora con el Frente Popular en España, Francia y otros países.

De abril a septiembre de 1917 los bolcheviques exigieron a mencheviques y socialrevolucionarios que rompiesen con la burguesía liberal y tomasen el poder. Si lo hacían, el partido bolchevique prometía a mencheviques y socialrevolucionarios, representantes pequeño-burgueses de los obreros y campesinos, su ayuda revolucionaria contra la burguesía; aunque rechazaba categóricamente entrar en el gobierno de los mencheviques y socialrevolucionarios o aceptar ninguna responsabilidad política por sus actos. Si los mencheviques y los socialrevolucionarios hubiesen roto con los cadetes (liberales) y el imperialismo extranjero, el “gobierno obrero y campesino” que se hubiese formado habría acelerado, facilitándola, el establecimiento de la dictadura del proletariado. Pero ésta era precisamente la razón de que los dirigentes de la democracia pequeñoburguesa se resistieran con todas sus fuerzas a poner en pie su propio poder. La experiencia rusa demostró, como lo confirma ahora la experiencia de España y Francia, que incluso en circunstancias excepcionalmente favorables los partidos de la democracia pequeñoburguesa (socialrevolucionarios, socialdemócratas, estalinistas, anarquistas) son incapaces de crear un gobierno obrero y campesino, es decir, un gobierno independiente de la burguesía.

Sin embargo, la exigencia que los bolcheviques imponían a mencheviques y socialrevolucionarios (“Romped con la burguesía; tomad el poder en vuestras manos”) tuvo una excepcional importancia pedagógica para las masas. La obstinada negativa de mencheviques y socialrevolucionarios a tomar el poder, tan dramáticamente demostrada en las jornadas de julio, los condenó definitivamente ante las masas, preparando la victoria de los bolcheviques.

La tarea central de la IV Internacional consiste en librar al proletariado de su vieja dirección, cuyo conservadurismo está en completa contradicción con las catastróficas erupciones de un capitalismo en descomposición y constituye el obstáculo fundamental para el progreso histórico. La acusación principal de la IV Internacional a las organizaciones tradicionales del proletariado es que no desean separarse de ese semicadáver político que es la burguesía.

En estas circunstancias, la reiteración de la exigencia dirigida a la antigua dirección (“Romped con la burguesía; tomad el poder”) es un arma decisiva para denunciar el carácter traidor de los partidos y organizaciones de la II, la III y la Internacional de Amsterdam⁹. La consigna de “gobierno obrero y campesino” sólo nos resulta aceptable si se le da el sentido que tenía en 1917 para los bolcheviques, es decir un sentido antiburgués y anticapitalista. Pero no la aceptamos con el significado “democrático” que le han dado los epígonos actuales, transformándola, de un puente hacia la revolución socialista, en el principal obstáculo en su camino.

A todos los partidos que se asientan sobre una base obrera y campesina y hablan en su nombre les exigiremos que rompan políticamente con la burguesía y se sumen a la lucha por un gobierno obrero y campesino. Para esta lucha les ofrecemos todo nuestro apoyo contra la reacción capitalista. Al tiempo, agitaremos incansablemente en favor de aquellas consignas transitorias que, en nuestra opinión, deberían constituir el programa del “gobierno obrero y campesino”.

¿Puede esperarse que semejante gobierno sea formado por las organizaciones obreras tradicionales? La experiencia del pasado demuestra, como se ha visto, que es, por lo menos, muy improbable. Sin

9. Nombre popular de la Federación Sindical Internacional, bajo hegemonía socialdemócrata, que renació en 1919, con sede en Amsterdam

embargo, no puede negarse de antemano la posibilidad de que, en circunstancias excepcionales (guerra, derrota, quiebra financiera, ofensiva revolucionaria de las masas, etcétera), los partidos pequeño-burgueses, estalinistas incluidos, puedan ser empujados más allá de lo que desearían por la vía de la ruptura con la burguesía. De algo no hay que dudar: incluso aunque esta improbableísima variante pudiera materializarse en algún lugar y momento, aunque se creara un “gobierno obrero y campesino” en el sentido que acabamos de defender, no sería más que un episodio en la ruta hacia la verdadera dictadura del proletariado.

Pero es inútil perderse en adivinanzas. La agitación por “un gobierno obrero y campesino” tiene en todo momento un tremendo valor educativo. No es una casualidad. Esta consigna general va en el mismo sentido del desarrollo político de nuestra época (quiebra y descomposición de los partidos burgueses tradicionales, eclipse de la democracia, crecimiento del fascismo, impulso creciente de los trabajadores hacia una política más agresiva y activa). Todas y cada una de las consignas de transición deben llevar a la misma conclusión política: los obreros tienen que romper con todos los partidos tradicionales de la burguesía para poner en pie, junto con el campesinado, su propio poder.

Es imposible adivinar de antemano cuáles van a ser las fases de la movilización revolucionaria de las masas. Las secciones de la IV Internacional deben adoptar una actitud crítica ante cada nueva fase y defender aquellas consignas que se adapten a los deseos obreros de una política independiente, profundicen el carácter de clase de esa política, destruyan las ilusiones pacifistas y reformistas, fortalezcan las relaciones de la vanguardia con las masas y preparen la torna revolucionaria del poder.

LOS SÓVIETS

Como se ha dicho, *los comités de fábrica* son órganos de doble poder en el seno de la fábrica. Por tanto, su existencia sólo es posible cuando se da una presión de masas creciente. Lo mismo puede decirse de los *comités antiguerra*, *comités de precios* y demás órganos semejantes del movimiento, cuya sola aparición prueba que la lucha de clases ha

desbordado los límites de las organizaciones tradicionales del proletariado.

Todos estos órganos y comités van a empezar a sentir, en breve, su falta de cohesión y su insuficiencia. Ni una sola de las consignas de transición podrá imponerse totalmente mientras se mantenga el régimen burgués. Al tiempo, la profundización de la crisis social no sólo hará crecer los sufrimientos de las masas, sino su impaciencia, su voluntad de resistencia, su capacidad de presión. Cada día, nuevos sectores de oprimidos levantarán su cabeza y defenderán resueltamente sus reivindicaciones. Millones de necesitados e ignorados por las organizaciones reformistas comenzarán a llamar con insistencia a las puertas de las organizaciones obreras. Los parados se unirán al movimiento y los trabajadores del campo, los campesinos total o casi totalmente arruinados, los oprimidos de las ciudades, las mujeres trabajadoras, las amas de casa, los sectores intelectuales proletarizados, buscarán como un solo hombre su unidad y una dirección capaz.

¿Cómo armonizar, aunque no sea más que dentro de los límites de una sola ciudad, las diferentes reivindicaciones y formas de lucha? La historia ha contestado ya esta pregunta: por medio de los sóviets. Los sóviets unificarán a los representantes de los distintos sectores en lucha. Nadie ha propuesto otra forma de organización distinta para alcanzar esos fines, y parece imposible inventar otra mejor. Los sóviets no están vinculados *a priori* a ningún programa. Sus puertas están abiertas a todos los explotados. Su organización, que se extiende junto con el ascenso del movimiento, cambia y se rehace en su seno tantas veces como sea necesario. Todas las corrientes políticas proletarias pueden luchar por su dirección sobre la base de la más amplia democracia. Por eso, la consigna de *sóviets* corona el programa de transición.

Los sóviets sólo aparecerán cuando el movimiento de masas se embarque abiertamente en la ruta de la revolución. Desde su aparición, los sóviets, actuando como un pivote en torno al cual se agrupan millones de trabajadores en su lucha contra los explotadores, se convierten en competidores y oponentes de las autoridades locales primero y del gobierno central después. De la misma manera que los comités de fábrica hacen aparecer una estructura de doble poder en las fábricas, los sóviets suscitan un período de doble poder en el país.

El doble poder es la fase culminante de la época de transición. Dos regímenes diferentes, el burgués y el proletario, se oponen sin tapujos. Es inevitable el conflicto entre ambos. El destino de la sociedad dependerá de su resultado. Si la revolución es derrotada, la dictadura fascista de la burguesía será su consecuencia. Si no, el poder soviético, es decir, la dictadura del proletariado y la reconstrucción socialista de la sociedad triunfarán.

LOS PAÍSES ATRASADOS Y EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN

Los países coloniales y semicoloniales son, en esencia, países atrasados. Los países atrasados forman parte de un mundo dominado por el imperialismo. Su desarrollo, por consiguiente, tiene carácter *combinado*: las formas económicas más primitivas se combinan con el último grito de la técnica y la civilización capitalistas. Algo semejante sucede con las luchas políticas del proletariado en los países atrasados: la lucha por las más elementales reivindicaciones de independencia nacional y democracia burguesa se combina con el combate socialista contra el imperialismo mundial. En esta lucha, las consignas democráticas, las reivindicaciones transitorias y los problemas de la revolución socialista no constituyen etapas históricas aisladas, sino que están íntimamente unidas. Apenas había comenzado a organizar sindicatos, el proletariado chino se vio en la necesidad de dotarse de sóviets. En este sentido, el programa de transición puede aplicarse perfectamente en los países coloniales y semicoloniales, al menos en aquellos donde el proletariado es capaz de proseguir una política independiente.

La tarea central en los países coloniales y semicoloniales es la *revolución agraria*, es decir, la liquidación de la herencia feudal y la *independencia nacional*, es decir, la liberación del yugo capitalista. Ambas tareas están íntimamente ligadas.

No se trata de rechazar el programa democrático, sino de conseguir que, en su lucha, las masas lo desborden. La consigna de Asamblea Nacional (o Constituyente) mantiene toda su vigencia en países como China o la India. Esa consigna debe ligarse indisolublemente al problema de la independencia nacional o de la reforma agraria. Antes que nada, los obreros deben armarse de este programa democrá-

tico. Sólo ellos podrán organizar y unificar a los campesinos. Pero, sobre la base del programa democrático revolucionario, es necesario enfrentar a los obreros con la burguesía "nacional". Al llegar a un cierto estadio en la movilización de las masas bajo las consignas de la democracia revolucionaria, pueden y deberían surgir los sóviets. Su papel histórico en cada momento, especialmente en relación a la Asamblea Nacional, dependerá de factores como el nivel político del proletariado, sus lazos con el campesinado y la política del partido proletario. Más tarde o más temprano, los sóviets habrán de plantearse el derrocamiento de la democracia burguesa, pues sólo ellos pueden llevar a término la revolución democrática y abrir paso así a la era de la revolución socialista.

El peso específico de las diversas consignas democráticas y transitorias en la lucha proletaria, su relación mutua y su orden de aparición vendrán determinados por las peculiaridades de los diferentes países atrasados y, en buena medida, por su *grado* de atraso. Sin embargo, la tendencia general de desarrollo revolucionario en todos los países atrasados puede determinarse por la fórmula de *revolución permanente* en el sentido que le confirieron definitivamente las tres revoluciones rusas (1905, febrero de 1917 y octubre de 1917).

La Komintern ha dado a los países atrasados una muestra ejemplar de cómo es posible hundir una revolución poderosa y prometedora. Cuando se produjo la impetuosa ascensión del movimiento de masas en China entre 1925 y 1927, la Komintern no propuso la consigna de Asamblea Nacional, al tiempo que impidió que se crearan sóviets. (El Kuomintang, partido burgués, estaba llamado, según Stalin, a reemplazar tanto a la Asamblea Nacional como a los sóviets.) Tras la derrota de las masas por el Kuomintang, la Komintern montó una caricatura de sóviet en Cantón y, tras el hundimiento inevitable de la revuelta de Cantón, la Komintern se decidió por la guerrilla y los sóviets campesinos, con total pasividad del proletariado industrial. Metida así en un callejón sin salida, la Komintern aprovechó la guerra chino-japonesa para liquidar de un plumazo a la "China soviética", sometiendo nuevamente no sólo el "Ejército rojo" campesino, sino también el llamado Partido "Comunista", al Kuomintang, es decir, a la burguesía.

Tras haber traicionado a la revolución proletaria internacional en aras de la amistad con los mercaderes de esclavos "demócratas", la

Komintern tenía que traicionar también la lucha de las masas coloniales por su liberación, con mayor cinismo, si cabe, con que lo hizo anteriormente la II Internacional. Una de las finalidades de la política de frentes populares y de “defensa nacional” consiste en convertir en carne de cañón del imperialismo “democrático” a cientos de millones de trabajadores de las colonias. La bandera de la lucha por la liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales, es decir, de más de media Humanidad, ha pasado definitivamente a manos de la IV Internacional.

EL PROGRAMA DE TRANSICIÓN EN LOS PAÍSES FASCISTAS

Gran diferencia hay hoy con el tiempo en que los estrategas de la Komintern anunciaban que la victoria de Hitler no era más que un paso hacia la victoria de Thaelmann¹⁰. Thaelmann lleva ya más de cinco años en las prisiones hitlerianas. Mussolini hace ya más de dieciséis años que tiene a Italia encadenada al fascismo. En estos años, los partidos de la II y la III Internacional han sido incapaces no sólo de dirigir un movimiento de masas, sino de crear una seria organización ilegal semejante a la de los partidos revolucionarios rusos en tiempos del zarismo.

No hay ninguna razón para pensar que esos fracasos se deban al poder de la ideología fascista. (En esencia, Mussolini nunca propuso ideología alguna.) La “ideología” de Hitler nunca ha atraído seriamente a los trabajadores. Los sectores de la población, especialmente las clases medias, que se emborracharon con el fascismo han tenido tiempo suficiente para superar la resaca. El hecho de que la única oposición apenas perceptible se limite a círculos religiosos católicos y protestantes no prueba la pujanza de las teorías semidelirantes y de

10. *Ernst Thaelmann* (1889-1944 ó 1945), dirigente del KPD (Partido Comunista Alemán), puso en práctica la desastrosa política del *tercer período* tras el VI Congreso de la Komintern en 1928. De 1929 a 1933, bajo la teoría del *socialfascismo*, el KPD favoreció la política de división de la clase obrera que la socialdemocracia fomentaba a su manera y que abrió las puertas para que Hitler derrotase, sin disparar un solo tiro, a la clase obrera mejor organizada de Europa occidental. Thaelmann fue capturado por los nazis en 1933 cuando se disponía a abandonar el país y murió en un campo de concentración durante la guerra.

las paparruchas sobre la “raza” y la “sangre”, sino la bancarrota de las ideologías de la democracia, la socialdemocracia y la Komintern.

Tras la masacre de la Comuna de París, el terror reaccionario duró cerca de ocho años. Tras la derrota de la revolución rusa de 1905, las masas trabajadoras permanecieron mudas durante un período casi tan largo. Pero en ambos casos, la derrota era un fenómeno físico, impuesto por la correlación de fuerzas y completado en Rusia por la inexperiencia política del proletariado. La fracción bolchevique no había cumplido aún los tres años por aquel entonces. La situación alemana es radicalmente distinta: la dirección la ejercían partidos poderosos, de los cuales uno tenía ya setenta años de existencia y el otro casi quince. Pero ambos partidos, con todos sus millones de electores, estaban moralmente paralizados con anterioridad a la lucha y capitularon sin librar una sola batalla. La historia no recuerda otro fracaso semejante. El proletariado alemán no fue vencido por el enemigo en una batalla abierta. Fue aplastado por la cobardía, la bajeza y la perfidia de sus propios partidos. Es lógico que haya perdido su fe en todo aquello en que había creído durante tres generaciones. La victoria de Hitler, a su vez, fortaleció a Mussolini.

El prolongado fracaso de la revolución en España o Alemania no es más que el precio de la política criminal de la socialdemocracia y la Komintern. El trabajo ilegal no sólo necesita la simpatía de las masas, sino el entusiasmo consciente de sus sectores avanzados. ¿Pero qué entusiasmo pueden suscitar organizaciones históricamente fracasadas? La mayoría de los líderes emigrados o están desmoralizados hasta la medula, o son agentes del Kremlin y la GPU, o son ex ministros socialdemócratas que sueñan con que, por arte de magia, los obreros les devuelvan sus carteras perdidas. ¿Puede imaginarse, siquiera por un momento, que estos caballeros puedan convertirse en los futuros dirigentes de la revolución “antifascista”?

Los acontecimientos del mundo —el aplastamiento de los obreros austriacos, la derrota de la revolución española, la degeneración del Estado soviético— poco pueden contribuir a aumentar el empuje revolucionario en Italia y Alemania. Como, además, la información política de los obreros alemanes e italianos depende en gran medida de la radio, cabe decir con toda seguridad que la radio de Moscú, con su combinación de mentiras termidorianas, estupidez e insolencia, se ha convertido en el más poderoso factor de desmoralización obrera

en los Estados totalitarios. En esta como en tantas otras cuestiones, Stalin se limita a servir de ayudante a Goebbels¹¹.

Al tiempo, los antagonismos de clase que propiciaron la victoria del fascismo siguen actuando bajo ese régimen y lo van socavando gradualmente. Las masas están más insatisfechas que nunca. Cientos, miles de sacrificados proletarios continúan, pese a quien pese, con su trabajo revolucionario subterráneo. Ha llegado a escena una nueva generación que no conoce directamente el hundimiento de las viejas tradiciones y las grandes esperanzas. Por debajo de la losa funeraria, la preparación molecular de la revolución proletaria prosigue. Pero para que esta energía subterránea aflore en revuelta abierta, la vanguardia proletaria tiene que abrir nuevas perspectivas, dotarse de un nuevo programa, levantar una bandera sin lacra.

Esta es la principal dificultad. Es extremadamente difícil que los obreros de un país fascista opten por un nuevo programa. Un programa se verifica en la práctica. Y es precisamente la práctica del movimiento de masas lo que se echa a faltar en los países de despotismo totalitario. Es muy posible que sea necesario un verdadero éxito proletario en uno de los países "democráticos" para dar nuevo impulso al movimiento revolucionario en territorio fascista. Efectos similares puede tener una catástrofe financiera o militar. Por el momento, es necesario realizar un trabajo fundamentalmente propagandístico y preparatorio del que puedan obtenerse buenos resultados futuros. En este punto algo hay que decir con la mayor convicción: una vez que rompa, la ola revolucionaria en los países fascistas provocará un gran estallido que en manera alguna se limitará a resucitar un cadáver como la República de Weimar¹².

A partir de aquí aparece una divergencia irreconciliable entre la IV Internacional y los partidos tradicionales, supervivientes de su propia bancarrota. El frente popular en el exilio es la peor y más nociva especie de frente popular. En esencia, se reduce a una impotente añoranza de la coalición con una burguesía liberal inexistente. De tener éxito, no haría sino preparar, como en España, nuevas derrotas del proletariado. La denuncia

11. Ministro de Propaganda nazi desde 1933 hasta la derrota del III Reich.

12. La República de Weimar (1919-1933), auspiciada por la socialdemocracia y la burguesía alemana para hacer frente a la revolución socialista (1918-1919), habría de sucumbir ante la contrarrevolución fascista de Hitler en 1933, aplastando en su caída a sus creadores.

implacable de la teoría y la práctica del frente popular constituye la primera condición para una lucha revolucionaria contra el fascismo.

Por supuesto, esto no significa que la IV Internacional rechace las consignas democráticas como medios de movilizar a las masas contra el fascismo. Esas consignas pueden jugar un papel considerable en diferentes momentos. Pero las fórmulas democráticas (libertad de prensa, libertad sindical, etc.) no son para nosotros más que consignas ocasionales y episódicas, subordinadas a la movilización independiente del proletariado; no un nudo corredizo puesto alrededor de su cuello por los agentes de la burguesía (¡España!). Tan pronto como el movimiento asuma caracteres masivos, las consignas democráticas se entrecruzarán con las transitorias; no es difícil suponer que los comités de fábrica se interpondrán en la carrera de los viejos burócratas desde las embajadas en que se refugian hasta los edificios de los nuevos sindicatos; los sóviets cubrirán Alemania antes de que pueda reunirse en Weimar una nueva Asamblea Constituyente. Lo mismo sucederá en Italia y en el resto de los países totalitarios y semitotalitarios.

El fascismo ha sumido a esos países en la barbarie política. Pero no ha cambiado su estructura social. El fascismo es un arma en manos del capital financiero y no de los terratenientes feudales. Un programa revolucionario debe basarse en la dialéctica de la lucha de clases que existe también en los países fascistas, y no en la psicología de unos pobres derrotados. La IV Internacional rechaza con asco cualquier participación en el carnaval político que llevó a los estalinistas, los viejos héroes del "tercer período", a ponerse máscaras de católicos, protestantes, judíos, nacionalistas alemanes y liberales, para mejor ocultar su repulsiva faz. La IV Internacional aparece siempre y en todas partes bajo su propia bandera y propone abiertamente su programa al proletariado de los Estados fascistas. Los trabajadores avanzados del mundo entero están ya firmemente convencidos de que el derrocamiento de Mussolini, Hitler, sus agentes e imitadores no puede hacerse más que bajo la dirección de la IV Internacional.

LA URSS Y LOS PROBLEMAS DE LA FASE DE TRANSICIÓN

La Unión Soviética salió de la Revolución de Octubre convertida en un Estado obrero. La propiedad estatal de los medios de producción,

esa precondition del desarrollo socialista, abrió la posibilidad de un rápido crecimiento de las fuerzas productivas. Pero, al tiempo, el aparato del Estado obrero sufrió una degeneración total: de arma de la clase obrera pasó a ser un arma de violencia burocrática contra la clase obrera y, cada vez más, un arma de sabotaje contra la economía del país. La burocratización de un Estado obrero atrasado y aislado, así como la transformación de la burocracia en una casta privilegiada y todopoderosa son la más convincente refutación no sólo teórica, sino práctica, de la teoría del socialismo en un solo país.

La URSS se ve así recorrida de tremendas contradicciones. Pero sigue siendo un *Estado obrero degenerado*. Este ha de ser nuestro diagnóstico social. Nuestra previsión política está abierta: o bien la burocracia, al convertirse cada vez más en un instrumento de la burguesía mundial en el Estado obrero, terminará con las nuevas formas de propiedad y entregará de nuevo el país al capitalismo, o bien la clase obrera derrotará a la burocracia y despejará el camino hacia el socialismo.

Para las secciones de la IV Internacional, los procesos de Moscú¹³ no constituyeron una sorpresa, ni el resultado de la locura personal del dictador del Kremlin, sino una consecuencia natural del Termidor¹⁴. Brotaron también de insoportables conflictos en el seno de la propia burocracia, reflejo de las contradicciones entre la burocracia y el pueblo, así como de las crecientes divisiones en el propio "pueblo". La naturaleza sangrienta y "sensacional" de los procesos refle-

13. En agosto de 1936, enero de 1937 y marzo de 1938 se celebraron en Moscú tres grandes procesos contra "el centro terrorista trotskista-zinovievista", contra "el centro trotskista antisoviético" y contra "el bloque antisoviético de derechistas y trotskistas", respectivamente. En estos procesos fue acusada, juzgada, condenada y ejecutada la mayor parte de la vieja guardia bolchevique, de los hombres que, junto a Lenin, habían hecho la Revolución de Octubre. Zinóviev, Kámenev, Evdokimov, Smirnov (en el primer proceso), Pyatakoy, Radek, Serebriakov (en el segundo), Bujarin, Rykov, Krestinsky (en el tercero), son, entre otros, algunos de los nombres más destacados de los acusados que aparecieron en los procesos. Ausente, pero principal blanco de todas las acusaciones, León Trotsky, al que Stalin mandaría asesinar en 1940.

14. Termidor fue el mes en que los jacobinos franceses, dirigidos por Robespierre, fueron derrocados por una fracción derechista y reaccionaria que, sin embargo, no llegó a restaurar el régimen feudal. Trotsky utilizó el término por analogía para designar la toma del poder por la burocracia estalinista en el seno del Estado obrero, sin por ello llegar a restaurar el capitalismo.

ja la intensidad de esas contradicciones y anuncia la inminencia del desenlace.

A su modo, las declaraciones públicas de antiguos representantes extranjeros del Kremlin que se niegan a volver a Moscú confirman que entre la burocracia pueden darse todos los matices del espectro político: desde el bolchevismo auténtico (Ignace Reiss)¹⁵ hasta el más completo fascismo (F. Butenko)¹⁶. Los elementos revolucionarios de la burocracia, que son una pequeña minoría, reflejan, pasivamente, los intereses socialistas del proletariado. Los elementos fascistas y contrarrevolucionarios, cuyo número aumenta sin cesar, expresan con una coherencia creciente los intereses del imperialismo mundial. Esos candidatos a convertirse en nueva burguesía compradora consideran, con razón, que la nueva etapa dirigente sólo puede consolidar sus privilegios si rechaza las nacionalizaciones, la colectivización y el monopolio del comercio exterior en nombre de una asimilación a la "civilización occidental", es decir, al capitalismo. Entre esos polos hay toda una serie de tendencias, difusamente mencheviques, socialrevolucionarias y liberales, que se inclinan hacia la democracia burguesa.

En el seno de la llamada sociedad "sin clases" existen, sin duda, agrupamientos semejantes a los que aparecen en el seno de la burocracia, aunque se expresen con menor acuidad y en proporción inversa: las tendencias capitalistas conscientes se dan principalmente entre las capas prósperas de las explotaciones agrarias colectivizadas (*koljoses*) y son características de una pequeña parte de la población. Pero en esa capa hay una amplia base para tendencias pequeño-burguesas favorables a la acumulación de riqueza individual en medio de la pobreza general que son alentadas conscientemente por la burocracia.

En la cumbre de este sistema de contradicciones crecientes, reduciendo cada vez más el equilibrio social, se ha instalado por métodos terroristas la oligarquía termidoriana, reducida hoy a la banda

15. Reiss era un agente de la GPU (policía secreta estalinista) que rompió con Stalin en el verano de 1937 y se unió a los partidarios de la IV Internacional. Fue asesinado cerca de Lausana (Suiza) el 4 de septiembre de 1937 por agentes de la GPU.

16. Butenko fue un diplomático estalinista que se pasó al fascismo y anunció en Roma que representaba una amplia corriente fascista existente en la URSS.

bonapartista de Stalin. Las últimas farsas judiciales quisieron ser un golpe *contra la izquierda*. Esto vale incluso para la liquidación de los dirigentes de la Oposición de derechas¹⁷ pues la derecha del viejo Partido bolchevique, desde la perspectiva de los intereses y las tendencias burocráticas, representaba un peligro *de izquierda*. El hecho de que la banda bonapartista, que también teme a sus propios aliados de derecha del tipo de los Butenko, se vea obligada a defenderse con la ejecución casi completa de la vieja guardia bolchevique, es la mejor prueba de la vitalidad de las tradiciones revolucionarias entre las masas, así como de su creciente descontento.

Los demócratas pequeñoburgueses de Occidente, que hasta hace poco aceptaban los procesos de Moscú como oro de ley, repiten hoy con insistencia que no hay “trotskismo ni trotskistas en la URSS”. Lo que no explican nunca es la razón de que todas las purgas se realizan precisamente bajo la bandera de una lucha contra el trotskismo. Si entendemos por *trotskismo* un programa acabado o, mejor aún, una estructura organizativa, no cabe duda de que el trotskismo es extremadamente débil en la URSS. Sin embargo, su fuerza invencible se la da el hecho de que no sólo expresa la tradición revolucionaria, sino también la verdadera oposición actual de la clase obrera rusa. El odio social que los trabajadores han acumulado contra la burocracia es lo que, desde el punto de vista de la banda del Kremlin, hace peligroso al trotskismo. La burocracia teme como a la muerte, y no sin razón, que puedan establecerse lazos entre la profunda pero aún desorganizada indignación de los obreros y la organización de la IV Internacional.

El exterminio de la vieja guardia bolchevique y de los representantes revolucionarios de las generaciones media y joven ha alterado el equilibrio político a favor de la derecha, de la rama burguesa de la burocracia y de sus aliados a lo ancho del país. De ellos, es decir, de la derecha, puede esperarse que en el próximo período se intente revisar el carácter socialista de la URSS para aproximarlos a la “civilización occidental” en su variante fascista.

17. Nombre con que se conoce a la fracción del Partido Bolchevique encabezada por Bujarin desde finales de los años veinte.

En esta perspectiva, el tema de la “defensa de la URSS” se convierte en algo muy concreto. Si mañana la fracción burgués-fascista, la “fracción Butenko”, por decirlo así, intentase conquistar el poder, la “fracción Reiss” se colocaría inevitablemente al otro lado de las barricadas. Aun cuando hubiese de aliarse coyunturalmente con Stalin, no por ello defendería a la banda bonapartista, sino a la base social de la URSS, es decir, la propiedad arrebatada a los capitalistas y convertida en propiedad del Estado. Si la “fracción Butenko” se aliase con Hitler, la “fracción Reiss” defenderá a la URSS de la intervención militar, tanto en el interior del país como en el frente mundial. Cualquiera otra actitud sería una traición.

Aun cuando hoy es imposible negar de antemano la posibilidad, en circunstancias muy concretas, de establecer un “frente único” con la fracción termidoriana de la burocracia en contra de un ataque abierto de la contrarrevolución capitalista, la principal tarea política en la URSS hoy sigue siendo *el derrocamiento de esa misma burocracia termidoriana*. Cada día que se añade a su dominación contribuye a corromper los cimientos socialistas de la economía y a acrecentar las posibilidades de una restauración capitalista. No otra ha sido la actuación de la Komintern, agente y cómplice de la banda estalinista, al estrangular la revolución española y contribuir así a la desmoralización del proletariado internacional.

Al igual que en los países fascistas, la fortaleza de la burocracia se la dan la pérdida de ilusiones de las masas y su falta de nuevas perspectivas. Al igual que en los países fascistas, de los que el aparato *político* de Stalin no se distingue más que por un salvajismo más declarado, sólo un trabajo propagandístico y preparatorio es posible hoy en la URSS. Al igual que en los países fascistas, el empuje revolucionario de los obreros soviéticos vendrá probablemente determinado por acontecimientos en el extranjero. Por eso, la lucha a nivel mundial contra la Komintern forma parte hoy de modo preeminente de la lucha contra la dictadura estalinista. Hay muchos síntomas de que la decadencia de la Komintern, que no se basa *directamente* en la GPU, precederá a la decadencia de la banda bonapartista y de la burocracia termidoriana en su conjunto.

Un nuevo empujón revolucionario en la URSS comenzará indudablemente bajo la bandera de una lucha contra la *desigualdad social*

y la *opresión política*. ¡Abajo los privilegios de la burocracia! ¡Abajo el estajanovismo! ¡Abajo la aristocracia soviética, con sus categorías y rangos! ¡Mayor igualdad salarial para todas las modalidades de trabajo!

La lucha por la libertad sindical y de formación de comités de fábrica, por el derecho de celebrar asambleas, por la libertad de prensa se convertirá en la lucha por la regeneración y el desarrollo de *la democracia soviética*.

Como Hitler y Goebbels, la burocracia sustituyó los sóviets como órganos de clase por la ficción de unos derechos electorales para todos. Hay que devolver a los sóviets no sólo su forma libre y democrática, sino también su contenido de clase. De igual modo que se prohibió que la burguesía y los *kulaks* entrasen en los sóviets, ahora *hay que expulsar de ellos a la burocracia y a la nueva aristocracia obrera*. En los sóviets sólo debe haber lugar para los representantes de los obreros, los campesinos de base y los soldados del Ejército rojo.

Es imposible una democratización de los sóviets sin *legalización de los partidos soviéticos*. Los obreros y campesinos deben indicar mediante su voto qué partidos reconocen como soviéticos.

¡Hay que revisar, en interés de los productores y consumidores toda *la economía planificada*! Debe devolverse a los comités de fábrica el derecho de controlar la producción. La calidad y el precio de los productos deben ser controlados por una cooperativa de consumidores democráticamente organizada.

¡Hay que reorganizar las granjas colectivas de acuerdo con las exigencias y los intereses de los obreros que trabajan en ellas!

¡La reaccionaria *política internacional* de la burocracia debe ser sustituida por una política de internacionalismo proletario! Toda la correspondencia diplomática del Kremlin debe ser hecha pública. ¡*Abajo la diplomacia secreta*!

¡Revisión de todos los procesos políticos montados por la burocracia termidoriana con completa publicidad e integridad y con derecho a una defensa abierta! Tan sólo una victoria del movimiento revolucionario de masas puede devolver la vida al régimen soviético y garantizar su desarrollo futuro hacia el socialismo. No hay más que un partido capaz de llevar a las masas soviéticas a la insurrección: ¡la IV Internacional!

¡Abajo la banda burocrática de Caín-Stalin!
¡Viva la democracia soviética!
¡Viva la revolución socialista internacional!

CONTRA EL OPORTUNISMO Y EL REVISIONISMO SIN PRINCIPIOS

La política del partido de León Blum en Francia demuestra una vez más que los reformistas son incapaces de aprender ni siquiera de las más trágicas derrotas de la historia. Con mentalidad de siervo, la socialdemocracia francesa copia la política de la socialdemocracia alemana y va por su mismo camino. En unos pocos decenios, la II Internacional, ensamblada con el régimen democrático-burgués, acabó por convertirse en parte suya y hoy se pudre con él.

La III Internacional ha tomado el camino del reformismo en un momento en que la crisis del capitalismo ha puesto definitivamente a la orden del día la revolución proletaria. La política actual de la Komintern en España y China –arrastrarse ante la burguesía “democrática” y “nacional” – demuestra que la Komintern es igualmente incapaz de aprender o cambiar. La burocracia que se ha convertido en una fuerza reaccionaria en el seno de la URSS no puede desempeñar un papel revolucionario a escala mundial.

El anarcosindicalismo ha pasado por una solución similar. Hace ya tiempo que en Francia la burocracia sindicalista de León Jouhaux se ha convertido en una agencia de la burguesía en el seno de la clase obrera. En España, el anarcosindicalismo se sacudió su sedicente carácter revolucionario y se convirtió en la quinta rueda del carro de la burguesía.

Las organizaciones centristas intermedias que se agrupan en torno al Buró de Londres¹⁸ no son más que apéndices “de izquierda” de la socialdemocracia o la Komintern. Han demostrado una grandiosa incapacidad para entender la situación política y extraer de ella con-

18. El Buró de Londres era una asociación de partidos centristas no afiliados ni a la II ni a la III Internacional, pero opuestos a la creación de la IV. Pertenecían a ella el ILP (Independent Labour Party, Partido Laborista Independiente), de Gran Bretaña, el POUM español, el SAP alemán y el PSOP francés.

clusiones revolucionarias. Su mejor representante es el POUM español, que se mostró completamente incapaz de tomar la senda de la revolución en una situación revolucionaria.

Las trágicas derrotas sufridas por el proletariado mundial durante un largo período han llevado a las organizaciones oficiales a un conservadurismo aún mayor, al tiempo que han servido para que los “revolucionarios” pequeñoburgueses se pusieran a buscar “nuevos caminos”. Como en toda época de reacción y declive, han aparecido por todas partes magos y charlatanes dispuestos a imponer una completa revisión del pensamiento revolucionario. En vez de aprender del pasado, lo “rechazan”. Unos descubren la incoherencia del marxismo, otros anuncian el declive del bolchevismo. Hay quienes hacen responsable a la teoría revolucionaria de las faltas y crímenes de quienes la han traicionado, y quienes maldicen la medicina porque no garantiza un remedio milagroso e instantáneo. Los más osados prometen descubrir una panacea y, como medida previa, recomiendan una tregua en la lucha de clases. Algunos profetas de la “nueva moral” se preparan a regenerar al movimiento obrero con ayuda de la hegemonía ética. La mayoría de estos apóstoles han conseguido convertirse en inválidos morales aun antes de llegar al campo de batalla. De este modo, bajo la envoltura de “nuevas vías”, se ofrecen al proletariado viejas recetas desde hace tiempo muertas y enterradas en los archivos del socialismo premarxista.

La IV Internacional ha declarado una guerra sin cuartel a las burocracias de la II y III Internacional, a la Internacional de Amsterdam y a la anarcosindicalista, así como a sus satélites centristas; al reformismo sin reformas; a la democracia aliada de la GPU; al pacifismo sin paz; al anarquismo al servicio de la burguesía; a los “revolucionarios” que temen a la revolución como a la muerte. Todas esas organizaciones no son valores con futuro, sino reliquias del pasado. Esta época de guerras y revoluciones las arrasará.

La IV Internacional ni persigue ni inventa remedios milagrosos. Se basa por completo en el marxismo, única teoría revolucionaria que permite comprender la realidad y poner al descubierto las causas de las derrotas para así preparar conscientemente la victoria. La IV Internacional se enorgullece de seguir la tradición del bolchevismo, que fue el primero en mostrar al proletariado cómo conquistar el poder. La IV Internacional desprecia a magos, charlatanes y maestros de moral

no solicitados por nadie. No hay mayor grado de moralidad en una sociedad basada en la explotación que la revolución social. Son buenos todos los medios que aumentan la conciencia de clase de los trabajadores, su confianza en sus propias fuerzas y su disposición a sacrificarse en la lucha. Los únicos medios inaceptables son aquellos que inducen a los oprimidos a temer y a someterse a sus opresores, que aniquilan su voluntad de protesta y su capacidad de indignación y que sustituyen la voluntad de las masas por la de sus dirigentes, sus convicciones por la obediencia ciega y el análisis de la realidad por la demagogia y los amaños. Por eso tanto la socialdemocracia, que ha prostituido al marxismo, como el estalinismo, antítesis del bolchevismo, son enemigos mortales de la revolución proletaria y su moral.

Mirar la realidad de frente, no ceder a la línea de menor resistencia; llamar al pan pan y al vino vino; decir la verdad a las masas, por amarga que sea; no tener miedo de los obstáculos; ser exacto tanto en las cosas pequeñas como en las grandes; basar el programa propio en la lógica de la lucha de clases; ser audaz cuando llega la hora de la acción: tales son las reglas de la IV Internacional. Hasta el momento, la IV Internacional ha demostrado que es capaz de nadar contra corriente. La próxima ola de la historia la elevará hasta su cresta.

CONTRA EL SECTARISMO

Bajo la influencia de las traiciones cometidas por las organizaciones históricas del proletariado, han aparecido o se han reactivado en la periferia de la IV Internacional comportamientos o grupos sectarios de todo género. Se basan en el rechazo de la lucha por reivindicaciones parciales y transitorias, es decir, por las necesidades e intereses inmediatos de las masas trabajadoras en su forma actual. Para los sectarios, prepararse para la revolución significa convencerse a sí mismos de la superioridad del socialismo. Proponen dar la espalda a los "viejos" sindicatos, es decir, a decenas de millones de trabajadores organizados, como si las masas pudieran vivir al margen de las condiciones que impone la verdadera lucha de clases. La lucha en el seno de las organizaciones reformistas les deja fríos, como si fuera posible ganarse a las masas manteniéndose al margen de sus luchas

cotidianas. Se niegan a ver diferencias entre la democracia burguesa y el fascismo, como si las masas no notasen la diferencia a cada paso.

Los sectarios no distinguen más que dos colores: el rojo y el negro. Para no caer en la tentación, se dedican a simplificar la realidad. Se niegan a distinguir entre los dos campos que luchan en España con el argumento de que ambos son burgueses. Por la misma razón creen necesario mantenerse “neutrales” en la guerra entre Japón y China. Niegan que haya una diferencia de principio entre la URSS y los países imperialistas y se escudan en la política reaccionaria de la burocracia soviética para negarse a defender contra los ataques imperialistas las nuevas formas de propiedad creadas por la Revolución de Octubre. Como son incapaces de llegar a las masas, acusan con todo entusiasmo a las masas de ser incapaces de elevarse hasta las ideas revolucionarias.

Estos políticos estériles no suelen necesitar el puente de las consignas transitorias porque nunca han pensado cambiar de orilla. Se limitan a marcar el paso en vez de andar, contentos de repetir una y otra vez las mismas escuálidas abstracciones. Para ellos, los acontecimientos políticos sólo sirven de excusa para comentarios, nunca de punto de partida para la acción. Los sectarios, al igual que todos los gafes y milagrosos, se dan a cada paso de bruces con la realidad, se dedican a vivir en un estado de perpetua exasperación quejándose del “sistema” y “los métodos”, organizando incansablemente pequeñas intrigas. Habitualmente, en sus propios círculos imponen un régimen auténticamente despótico. A la postración política del sectarismo le acompaña, como la sombra al cuerpo, la parálisis del oportunismo que revela la carencia de perspectivas revolucionarias. En la práctica, los sectarios suelen unirse con toda clase de oportunistas, especialmente centristas, para luchar contra el marxismo.

La mayor parte de los grupos y grupúsculos sectarios que se alimentan de migajas que caen de la mesa de la IV Internacional llevan una existencia organizativa “independiente”, con grandes pretensiones y ninguna posibilidad de éxito. Los bolchevique-leninistas relegan a esos grupos a su propia suerte sin perder tiempo con ellos. Sin embargo, también en nuestra propia organización aparecen tendencias sectarias que ejercen una influencia dañina sobre la actividad de las diferentes secciones. Hay que negarse a mantener compromisos con ellas ni un día más. Una condición básica para adherirse a la IV

Internacional es seguir una política correcta respecto de los sindicatos. Quien no sepa buscar y hallar el camino hacia las masas no es un luchador, es un peso muerto que gravita sobre el partido. No se formula un programa para los redactores de un periódico o para los animadores de clubes de debate, sino para llevar a la acción revolucionaria a millones de luchadores. Limpiar de sectarismo y de sectarios incurables las filas de la IV Internacional es una precondition del éxito revolucionario.

¡ABRID PASO A LA MUJER TRABAJADORA! ¡ABRID PASO A LOS JÓVENES!

La derrota de la revolución española, preparada por sus “dirigentes”, la vergonzosa bancarrota del Frente Popular en Francia y la denuncia de las farsas judiciales de Moscú son tres hechos que, en conjunto, asestan un golpe irreparable a la Komintern y de paso infligen grandes heridas a sus aliados socialdemócratas y anarcosindicalistas. Sin duda, eso no significa que los miembros de estas organizaciones vayan a orientarse inmediatamente hacia la IV Internacional. La generación madura, que ha sufrido terribles derrotas, abandonará masivamente la lucha. Por otra parte, la IV Internacional no está dispuesta a convertirse en un asilo de revolucionarios inválidos o de burócratas y arribistas desilusionados. Al contrario, es necesario tomar estrictas medidas preventivas contra la influencia en nuestro partido de elementos pequeñoburgueses como los que ahora se encuentran en el aparato de las organizaciones tradicionales. Esas medidas son un período de prueba prolongado para los simpatizantes que no son obreros, especialmente si son antiguos burócratas de partido; prohibición de desempeñar cualquier puesto de responsabilidad durante los tres primeros años, etcétera. En la IV Internacional ni hay ni habrá lugar para los arribistas, esa plaga de las viejas internacionales. Tan sólo tendrán acceso a nuestras filas quienes deseen vivir para el movimiento y no a sus expensas. Los trabajadores revolucionarios deben sentir que son sus propios amos. Para ellos están abiertas de par en par las puertas de nuestra organización.

Sin duda hay no pocos hartos y desilusionados entre los trabajadores que en algún momento estuvieron en la primera línea. En el próximo período, al menos, seguirán manteniéndose a la expectativa.

Cuando un programa o una organización se aviejan, también envejece con ellos la generación que les sirvió de soporte. Son los jóvenes, libres de responsabilidades por el pasado, quienes se encargan de regenerar al movimiento. La IV Internacional dedica especial atención a la joven generación proletaria. Toda su política se dirige a hacer que los jóvenes confíen en sus propias fuerzas y en el futuro. Tan sólo el fresco entusiasmo y el espíritu de ofensiva de la juventud pueden garantizar los primeros éxitos en el combate; y sólo esos éxitos pueden volver a atraer a los mejores elementos de la generación madura al camino de la revolución. Así ha sido siempre y así será.

Por su propia naturaleza, las organizaciones oportunistas concentran su atención en las capas superiores de la clase obrera, ignorando a la juventud y a la mujer obrera, cuando precisamente la degeneración del capitalismo descarga sus más pesados golpes sobre la mujer en tanto que asalariada y en tanto que ama de casa. Las secciones de la IV Internacional han de buscar apoyo entre los sectores más explotados de la clase obrera y, por tanto, entre las mujeres trabajadoras. En ellas encontrarán inagotables reservas de entrega, entusiasmo y capacidad de sacrificio.

¡Abajo la burocracia y el arribismo! ¡Abrid paso a los jóvenes! ¡Abrid paso a la mujer trabajadora! Estas consignas están grabadas a fuego en la bandera de la IV Internacional.

BAJO LA BANDERA DE LA IV INTERNACIONAL

Los escépticos nos preguntan: ¿acaso ha llegado ya la hora de crear la IV Internacional? Es imposible, dicen, crear "artificialmente" una Internacional que sólo puede surgir de grandes acontecimientos, etc. No sirven para casi nada.

La IV Internacional ha surgido ya de grandes acontecimientos: las mayores derrotas de la historia del proletariado, cuyas causas están en la degeneración y la perfidia de las viejas direcciones. Pero la lucha de clases no sabe de interrupciones. La III Internacional, tras la II, ha muerto para la revolución. ¡Viva la IV Internacional!

¿Pero ha llegado el tiempo de proclamarla?... Los escépticos no se cansan nunca. La IV Internacional, les responderemos, no necesita ser "proclamada". Existe y lucha. "¿Es débil?". "Sí, sus filas no son nu-

merasas porque aún es joven. Hasta ahora está compuesta sobre todo por cuadros. Pero esos cuadros están llenos de futuro. Fuera de esos cuadros no hay en el planeta una sola corriente revolucionaria que merezca ese nombre. Por más que nuestra Internacional sea aún escasa en números, es fuerte por su doctrina, por su programa, por su tradición, por el temple incomparable de sus cuadros. Quien no vea esto hoy, que se mantenga apartado por ahora. Mañana será aún más claro”.

Ya hoy, la IV Internacional se ha ganado merecidamente el odio de los estalinistas, los socialdemócratas, los burgueses liberales y los fascistas. No hay, no puede haber sitio para ella en ningún Frente Popular. La IV Internacional libra una batalla a muerte contra todos los grupos políticos que se pegan a las faldas de la burguesía. Su tarea es la abolición de la dominación capitalista. Su fin, el socialismo. Su método, la revolución proletaria.

Sin democracia interna no hay educación revolucionaria. Sin disciplina no puede haber acción revolucionaria. La estructura interna de la IV Internacional se basa en los principios del *centralismo democrático*: total libertad de discusión, completa unidad en la acción.

La crisis actual de la civilización humana es la crisis de la dirección proletaria. Los trabajadores avanzados, unidos en la IV Internacional, muestran a su clase cuál es el camino para solucionar esa crisis. Ofrecen un programa fundado en la experiencia internacional de la lucha del proletariado y de todos los oprimidos del mundo por su liberación. Enarbolan una bandera sin tacha.

¡Obreros y obreras de todos los países, formad bajo la bandera de la IV Internacional! ¡Es la bandera de vuestra inminente victoria!

Manifiesto de la IV Internacional sobre la guerra imperialista y la revolución proletaria mundial

Mayo de 1940

La Conferencia Extraordinaria de la IV Internacional, el partido mundial de la revolución socialista, se reúne en un momento crucial de la segunda guerra imperialista. La etapa de los intentos de negociación, de los preparativos y de la relativa inactividad militar ha quedado muy atrás. Alemania ha desencadenado todas las fuerzas infernales en una ofensiva general que los aliados están tratando de contestar mediante la utilización de todos sus recursos destructivos. A partir de ahora, la vida de Europa y de la humanidad entera vendrá determinada, y por un largo período, por el curso de la guerra imperialista y sus consecuencias políticas y económicas.

La IV Internacional cree que ha llegado el momento de decir abierta y claramente lo que piensa de la guerra y de quienes en ella participan; cómo juzga la política de guerra de las diferentes organizaciones obreras y, lo más importante, cuál es el camino hacia la paz, la libertad y el bienestar.

La IV Internacional no se dirige a los gobiernos que han conducido a sus pueblos a esta matanza, ni a los políticos burgueses responsables de esos gobiernos, ni a la burocracia obrera que defiende a su burguesía en guerra. La IV Internacional se dirige a los trabajadores, hombres y mujeres, a los soldados y marineros, a los campesinos arruinados y a los pueblos coloniales esclavizados. La IV Internacio-

nal no está unida por el más mínimo lazo con los opresores, los explotadores, los imperialistas. Es el partido mundial de los trabajadores, los oprimidos, los explotados. A ellos se dirige este manifiesto¹.

LAS CAUSAS GENERALES DE LA GUERRA ACTUAL

Hoy la técnica es mucho más poderosa que a fines de la guerra de 1914-18, y, sin embargo, la humanidad se ve más atenazada por la pobreza. En un país tras otro, el nivel de vida ha empeorado. Al inicio de la guerra actual, la agricultura estaba en peores condiciones que en vísperas de la anterior. Los países agrícolas están arruinados. En los países industriales, las clases medias sufren los efectos devastadores de la crisis económica y se ha formado una subclase de desempleados permanentes (los parias modernos). El mercado interior y las exportaciones de capital se han reducido. El imperialismo ha hecho saltar el mercado mundial en pedazos, en esferas de influencia dominadas por algunos países poderosos. A pesar del considerable aumento de la población, el comercio mundial entre los 109 Estados del Planeta se redujo en una cuarta parte en la década anterior al estallido de la guerra actual. El comercio exterior de algunos países se ha reducido a la mitad, a la tercera o cuarta parte.

Los países coloniales soportan sus propias crisis internas y las que se generan en las metrópolis. Naciones atrasadas que hasta ayer eran semilibres, se ven hoy reducidas a la esclavitud (Abisinia, Albania, China...)². Cada país imperialista necesita asegurar sus propias fuentes de materias primas por medio de la guerra, es decir, por medio de una nueva lucha por las materias primas. Para acrecentar su riqueza, los capitalistas destruyen y esterilizan todo el largo esfuerzo de siglos.

El mundo del capitalismo decadente está superpoblado. El hecho de admitir o no a un centenar más o menos de refugiados crea un

1. Publicado en *The Socialist Appeal*, 29 de junio de 1940. El manifiesto fue aprobado por la Conferencia Extraordinaria de la IV Internacional (Nueva York, 19-26 de mayo de 1940).

2. Abisinia (Etiopía) y Albania habían sido ocupadas respectivamente por Italia en 1935 y 1939. China había sido invadida por primera vez en 1931 y posteriormente en 1937 por el Japón.

gran problema a un poder mundial como Estados Unidos. En la era de la aviación, del telégrafo y el teléfono, la radio y la televisión, los viajes de un país a otro se ven paralizados a causa de pasaportes y visados. El período de declive del comercio internacional y doméstico es también la época de una monstruosa intensificación del chauvinismo y especialmente del antisemitismo. En su época de auge, el capitalismo sacó de sus guetos al pueblo judío, sirviéndose de él para su expansión comercial. Hoy la sociedad capitalista en declive trata de limpiar de judíos todos sus entresijos; diecisiete millones de personas en un total de dos mil millones, es decir, menos del 1%, no pueden hallar sitio en el planeta. Por encima de las vastas extensiones de terreno, por encima de las maravillas de la técnica, que ha conquistado incluso los cielos para el hombre, la burguesía ha logrado convertir al planeta en una triste y sucia prisión.

LENIN Y EL IMPERIALISMO

El 1 de noviembre de 1914, a principios de la última guerra imperialista, Lenin escribía: "El imperialismo ha puesto en juego la suerte de la cultura europea. Si, tras esta guerra, no se produce una cadena de revoluciones victoriosas, más guerras seguirán; el cuento de hadas de una 'guerra que acabará con todas las guerras' es un cuento de hadas vacío y dañino...". ¡Obreros, recordad esto! La guerra actual —la segunda guerra imperialista— no es un accidente que se deba a la voluntad de éste o aquel dictador. Fue predicha hace años. Su origen se remonta inexorablemente a las contradicciones entre los intereses del capitalismo internacional. En contra de los cuentos oficiales cuyo fin es servir de opio para el pueblo, la causa principal de la guerra y de todos los otros males sociales —paro, coste de la vida en alza, fascismo, opresión colonial— es la propiedad privada de los medios de producción junto con el Estado burgués que se basa en ella.

Con el grado presente de tecnología y las capacidades de los obreros es completamente posible crear condiciones adecuadas para el desarrollo material y espiritual de toda la humanidad. Bastaría con organizar la vida económica de cada país y del planeta entero correcta, científica y racionalmente de acuerdo con un plan de conjunto. Sin embargo, mientras que las fuerzas principales de la sociedad

estén en manos de los *trusts*, es decir, de bandas aisladas de capitalistas; mientras que el Estado nacional sea un dócil instrumento en manos de esas bandas, la lucha por los mercados, por las fuentes de materias primas, por la dominación del mundo, tendrá que cobrar unas características cada vez más destructivas. Sólo la clase obrera revolucionaria puede despojar del poder de Estado y del dominio de la economía a esas rapaces bandas imperialistas. Ese es el significado de la advertencia de Lenin de que sin “una cadena de revoluciones victoriosas” una nueva guerra imperialista era inevitable. Las diferentes predicciones y promesas han sido sometidas a la prueba de los hechos. La fábula de una “guerra para acabar con todas las guerras” ha demostrado ser una mentira y la predicción de Lenin se ha convertido en una trágica verdad.

LAS CAUSAS INMEDIATAS DE LA GUERRA

La causa inmediata de esta guerra es la rivalidad entre los viejos y ricos imperios coloniales, Gran Bretaña y Francia, y los tardíos explotadores imperialistas Alemania e Italia.

El siglo XIX fue la época de hegemonía indiscutible del más antiguo poder imperialista, Gran Bretaña. De 1815 a 1914, no sin aisladas explosiones militares, la “paz británica” se impuso. La flota británica, la más poderosa del mundo, actuaba como gendarme de los mares. Pero esta época pertenece al pasado. A finales del siglo anterior, Alemania, armada de una moderna tecnología, comenzó a avanzar hacia el primer puesto en Europa. Al otro lado del océano surgió una potencia aún mayor, una antigua colonia inglesa. La contradicción económica que llevó a la guerra de 1914-18 fue la rivalidad entre Gran Bretaña y Alemania. Para Estados Unidos, su participación en la guerra fue de carácter preventivo: no podían tolerar que Alemania subyugase al continente europeo.

La derrota sumió de nuevo a Alemania en la impotencia total. Desmembrada, rodeada de enemigos, sangrada por las reparaciones de guerra, debilitada por las convulsiones de una guerra civil, parecía claro que ya no podría continuar en la competición, al menos por largo tiempo, si no quedaba fuera de ella para siempre. En el continente europeo, el papel estelar pasaba temporalmente a manos fran-

cesas. Para la victoriosa Inglaterra, el saldo de la guerra sólo comportaba deudas y quebrantos: creciente independencia de sus dominios; movimientos coloniales independentistas; pérdida de su hegemonía naval; disminución de la importancia de su flota gracias al desarrollo de la aviación.

Por inercia, Inglaterra aún trató de desempeñar el papel de protagonista en el mundo durante los primeros años de la victoria. Sus conflictos con Estados Unidos adquirirían perfiles cada vez más amenazadores. Parecía posible una próxima guerra que enzarzase a los aspirantes anglosajones a la dominación mundial. Sin embargo, con presteza hubo de convencerse Inglaterra de que su peso económico específico era inadecuado para combatir con el coloso transatlántico. Su tratado de la igualdad naval con Estados Unidos supuso una renuncia formal a una hegemonía marítima ya perdida. El cambio del libre comercio por barreras aduaneras fue una confesión abierta de la derrota de la industria inglesa en el mercado mundial. Su renuncia a la política de “espléndido aislamiento” trajo consigo la implantación del servicio militar obligatorio. Así desaparecieron todas sus gloriosas tradiciones.

Una falta de concordancia similar entre su peso económico y su posición mundial caracteriza también a Francia, aunque en menor escala. Su hegemonía europea se basaba en un pasajero concurso de circunstancias creadas por la aniquilación de Alemania y las combinaciones artificiales del Tratado de Versalles. El tamaño de su población y las bases económicas de esa hegemonía eran totalmente inadecuados. Cuando se disipó la hipnosis de la victoria, la relación real de fuerzas emergió de nuevo. Francia demostró ser mucho más débil de lo que aparentaba no sólo ante sus aliados, sino también ante sus enemigos. En su búsqueda de protección, acabó por convertirse en esencia en el último dominio británico.

La recuperación alemana sobre la base de su tecnología de primera clase y su capacidad organizativa era inevitable. Llegó incluso antes de lo que se creía posible, debido en gran medida a la ayuda suministrada por Inglaterra en contra de la URSS, en contra de las excesivas exigencias francesas y, más remotamente, en contra de Estados Unidos. Este tipo de combinaciones internacionales había sido provechoso en el pasado para la Inglaterra capitalista en más de una ocasión, cuando era la potencia indiscutida. Pero en su senilidad

demonstró su incapacidad para habérselas con esos fantasmas que ella misma había conjurado.

Armada de una técnica más moderna, de una mayor flexibilidad y capacidad productiva, Alemania comenzó de nuevo a expulsar a Inglaterra de algunos mercados extremadamente importantes, especialmente de Europa del Sureste y de América Latina. A diferencia del siglo XIX, cuando la competencia entre países capitalistas se desarrollaba en un mercado mundial en expansión, el terreno de la batalla económica hoy se reduce hasta tal extremo que los imperialistas no tienen otra solución que disputarse los jirones del mercado mundial.

La iniciativa para una nueva división del mundo volvió a partir, como en 1914, del imperialismo alemán. Cogido a contrapié, el gobierno británico trató primeramente de mantenerse fuera de la guerra mediante concesiones a expensas ajenas (Austria, Checoslovaquia). Pero esta política duró poco. La "amistad" con Gran Bretaña fue tan sólo una breve fase táctica para Hitler. Londres ya había concedido a Hitler más de lo que éste esperaba alcanzar. El acuerdo de Munich, con el que Chamberlain esperaba sellar una duradera amistad con Alemania, condujo, por el contrario, a una rápida ruptura. Hitler ya no podía esperar nada más de Londres, pues una mayor expansión de Alemania tenía que afectar a los centros vitales de Gran Bretaña. Así, la "nueva era de paz" que Chamberlain proclamaba en octubre de 1938 desembocaría pocos meses más tarde en la más terrible de las guerras.

ESTADOS UNIDOS

Mientras que Gran Bretaña ha empleado todas sus fuerzas desde los primeros meses de la guerra para ocupar las posiciones que una Alemania sometida a bloqueo había dejado vacantes en el mercado mundial, Estados Unidos ha suplantado a Gran Bretaña casi automáticamente. Dos tercios del oro mundial están custodiados en bancos americanos. El tercio restante afluye al mismo sitio. El papel de Inglaterra como banquero del mundo pertenece al pasado. En otras esferas, las cosas tampoco le van mucho mejor. Mientras que la armada y la marina mercante inglesas están sufriendo terribles pérdidas, los astille-

ros americanos construyen buques en cantidades colosales que aseguran la superioridad americana sobre las flotas inglesa y japonesa. Estados Unidos se prepara, sin duda, a adoptar un *modelo de doble poder* (tener una marina más poderosa que las flotas combinadas de las dos potencias siguientes). El nuevo programa de construcción aeronáutica trata de asegurar la superioridad estadounidense sobre el resto del mundo.

Sin embargo, la fortaleza industrial, financiera y militar de Estados Unidos, la mayor potencia capitalista del mundo, no garantiza el florecimiento de la vida económica americana, sino que, por el contrario, otorga a la crisis de su sistema social un carácter especialmente grave y convulsivo. Ni los miles de millones en oro, ni tampoco los millones de parados, pueden emplearse. En las tesis de la IV Internacional, *La guerra y la IV Internacional*, publicadas hace seis años, se preveía lo siguiente: "El capitalismo USA tiene los mismos problemas que empujaron a Alemania a la guerra en 1914. ¿Que el mundo está ya repartido? Hay que proceder a un nuevo reparto. Para Alemania se trataba de 'organizar a Europa'. Estados Unidos tiene que 'organizar' al mundo. La Historia enfrenta a la Humanidad con la erupción volcánica del capitalismo americano."

El *New Deal* y la política de "buena vecindad"³ fueron los últimos intentos de retrasar el desenlace tratando de mejorar la crisis social por medio de concesiones y acuerdos. Tras la bancarrota de esta política, en la que se sepultaron miles de millones, al imperialismo americano no le quedaba más remedio que recurrir a los métodos de fuerza. Bajo uno u otro pretexto o consigna, Estados Unidos intervendrá en esta tremenda batalla para mantener su supremacía mundial. El tiempo y el modo de la lucha entre el capitalismo americano y sus enemigos es aún desconocido, tal vez incluso para Washington. La guerra con Japón sería una lucha por el "espacio vital" en el Pacífico. Una guerra en el Atlántico, aun dirigida inmediatamente contra Alemania, sería una lucha por la herencia de Gran Bretaña.

La posible victoria alemana sobre los aliados atormenta a Washington como una pesadilla. Con el continente europeo y los recur-

3. Política defendida por el presidente Franklin D. Roosevelt, que mantenía que no volverían a recurrir a invasiones armadas en América Latina y el Caribe. Su política sería actuar como un "buen vecino".

sos de sus colonias como base, con todas las fábricas de armas y todos los astilleros a su disposición, Alemania (especialmente tras un acuerdo sobre Oriente con Japón) constituiría un peligro mortal para el imperialismo americano. Las actuales batallas titánicas que se libran en los campos europeos preparan el combate entre Alemania y América. Francia y Gran Bretaña no son más que posiciones fortificadas del capitalismo americano a este lado del Atlántico. Si, como dijo un primer ministro británico, las fronteras de Inglaterra están en el Rin, los capitalistas americanos pueden decir con razón que las fronteras de Estados Unidos están en el Támesis. Al preparar febrilmente a la opinión pública para una guerra inminente, Washington no ahorra noble indignación por la suerte de Finlandia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica... Con la ocupación de Dinamarca se planteó inesperadamente el problema de Groenlandia como parte del hemisferio occidental "desde un punto de vista geológico"; una parte que por feliz azar contenía depósitos de criolita, producto indispensable para la fabricación de aluminio. Washington tampoco olvida a la esclavizada China, las indefensas Filipinas, las huérfanas Indias holandesas y los caminos del mar abierto. Así, las simpatías filantrópicas por las naciones oprimidas y aun las consideraciones geológicas empujan a Estados Unidos hacia la guerra.

Sin embargo, las fuerzas armadas americanas sólo podrán intervenir con éxito si cuentan con Francia y las Islas Británicas como sólidas bases de apoyo. Si Francia fuera ocupada y las tropas alemanas aparecieran por el Támesis, la relación de fuerzas se vería alterada drásticamente, en detrimento de Estados Unidos. Estas consideraciones fuerzan a Washington a acelerar los ritmos y también a plantearse la pregunta: ¿No habremos dejado pasar el momento oportuno?

Contra la posición oficial de la Casa Blanca se desencadenan las ruidosas protestas de los aislacionistas americanos — otra variedad de un mismo imperialismo —. El sector capitalista cuyos intereses están ligados sobre todo al continente americano, Australia y el Lejano Oriente, calculan que en el caso de una derrota de los aliados, Estados Unidos obtendría automáticamente y en beneficio propio el monopolio no sólo de Latinoamérica, sino también de Canadá, Australia y Nueva Zelanda. Por lo que respecta a China, las Indias holandesas y el Oriente en general, la convicción de toda la clase dominante americana es que la guerra con Japón es inevitable a corto plazo. Bajo el

disfraz de aislacionismo y pacifismo, un influyente sector de la burguesía elabora un programa de expansión continental americana y prepara una guerra con Japón. Según este cálculo, la guerra con Alemania por la dominación del mundo debe posponerse por el momento. Los pacifistas pequeñoburgueses como Norman Thomas y sus compadres no son más que niños cantores de otro de los coros imperialistas.

Nuestra lucha contra la intervención de Estados Unidos en la guerra no tiene nada que ver con el aislacionismo y el pacifismo. Nosotros decimos abiertamente a los obreros que el gobierno imperialista arrastrará a ese país a la guerra. La disputa en el seno de la clase dominante se refiere tan sólo al problema de cuándo entrar en guerra y contra quién disparar primero. Pensar que se puede obligar a Estados Unidos a mantenerse neutral por medio de artículos de periódico y resoluciones pacifistas es como tratar de detener una riada con un cubo. Un combate serio contra la guerra impone la lucha de clase contra el imperialismo además de una despiadada denuncia del pacifismo pequeñoburgués. Tan sólo la revolución podría impedir que la burguesía americana interviniese en la segunda guerra imperialista o iniciase la tercera. Todos los demás métodos son o charlatanería o estupidez o una mezcla de ambas.

LA DEFENSA DE LA 'PATRIA'

Hace casi cien años, cuando el Estado nacional aún representaba un factor relativamente progresista, *El Manifiesto Comunista* proclamó que los proletarios no tienen patria. La única finalidad de estos es la creación de una patria de los trabajadores que se extienda al mundo entero. Al final del siglo XIX, el Estado burgués, con sus ejércitos y sus barreras aduaneras, se convirtió en el mayor freno al desarrollo de las fuerzas productivas, que exigen más amplios horizontes. Un socialista que sale hoy en defensa de la "patria" desempeña el mismo papel reaccionario que los campesinos de la Vendée⁴, que defendían el orden feudal, es decir, sus cadenas.

4. La Vendée es una provincia del suroeste de Francia que sirvió de base al movimiento contrarrevolucionario durante la Revolución Francesa.

En los últimos años y aun meses, el mundo ha visto con asombro con qué facilidad desaparecen del mapa de Europa unos Estados tras otros: Austria, Checoslovaquia, Albania, Polonia, Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica... El mapa político no había sido reelaborado con tal velocidad en época alguna, excepto durante las guerras napoleónicas. En aquel tiempo se trataba de Estados feudales superados que tenían que ceder su puesto al Estado nacional burgués. Hoy se trata de Estados burgueses superados que deben ceder su puesto a la federación socialista de los pueblos. La cadena, como siempre, se rompe por su lado más débil. La lucha de los bandidos imperialistas deja tan poco espacio para la existencia de pequeños Estados independientes como lo deja la implacable competencia de *trusts* y *carteles* a los pequeños artesanos y comerciantes independientes.

La posición estratégica de Alemania hace que ésta considere más provechoso atacar a sus principales enemigos a través de pequeños Estados neutrales. Por el contrario, Gran Bretaña y Francia consideran más provechoso cubrirse con la neutralidad de los pequeños Estados y dejar que Alemania los empuje a golpes hacia el campo de los aliados "democráticos". Pero la cuestión básica no cambia por estas diferencias estratégicas. Entre las ruedas dentadas de las grandes potencias imperialistas, los pequeños países satélites se ven reducidos a polvo. La "defensa" de las grandes patrias exige la destrucción de una docena de patrias pequeñas o de medio tamaño.

Pero incluso en las grandes potencias, la burguesía no se ocupa en absoluto de defender su patria, sino sus mercados, sus concesiones extranjeras, sus fuentes de materias primas y sus esferas de influencia. La burguesía nunca defiende a la patria por sí misma. Los burgueses defienden la propiedad privada, sus privilegios y sus beneficios. Allí donde esos sagrados valores se encuentran amenazados, la burguesía no duda en recurrir al derrotismo. Así sucedió con la burguesía rusa, cuyos hijos lucharon en todos los ejércitos del mundo contra su antigua patria tras la Revolución de Octubre y están dispuestos a volver a hacerlo hoy. Para salvar su capital, la burguesía española buscó la ayuda militar de Hitler y Mussolini contra su propio pueblo. La burguesía noruega contribuyó a la invasión de su país por Hitler. Así ha sido siempre y así será.

El patriotismo oficial sirve de máscara a los intereses de la clase explotadora, y los obreros conscientes lo rechazan con desprecio. Ellos

no defienden la patria burguesa, sino los intereses de los trabajadores y los oprimidos de su propio país y del mundo entero. Las tesis de la IV Internacional dicen: "Contra la consigna reaccionaria de la "defensa nacional" es necesario oponer la consigna de la destrucción revolucionaria del Estado nacional. Hay que oponer al manicomio de la Europa capitalista el programa de los Estados Unidos Socialistas de Europa como punto de partida hacia los Estados Unidos Socialistas del mundo."

LA 'LUCHA POR LA DEMOCRACIA'

No menos falso es el eslogan de una guerra de la democracia contra el fascismo. ¡Como si los trabajadores hubieran olvidado que el gobierno británico ayudó a Hitler y a su banda de verdugos a conquistar el poder! Las democracias imperialistas son en realidad las mayores oligarquías de la historia. Inglaterra, Francia, Holanda, Bélgica, deben su fuerza a la esclavitud de los pueblos coloniales. La democracia en Estados Unidos se basa en la apropiación de las enormes riquezas del gran continente. Todos los esfuerzos de esas "democracias" van encaminados a preservar sus posiciones de privilegio. Una considerable parte de las cargas bélicas la vuelcan las democracias imperialistas sobre sus colonias. Los esclavos se ven obligados a entregar su sangre y su oro para que sus amos puedan seguir siendo tratantes de esclavos. Las pequeñas democracias capitalistas carentes de colonias son satélites de los grandes imperios que absorben una parte de los beneficios coloniales. Las clases dominantes en esos Estados están dispuestas a renunciar en cualquier momento a la democracia para mantener sus privilegios.

En el caso de la pequeña Noruega, los mecanismos internos de la democracia decadente se han mostrado con claridad al mundo entero. La burguesía noruega echó simultáneamente mano de un gobierno socialdemócrata y de una policía, unos jueces y un cuerpo de oficiales fascistas. Con los primeros sobresaltos, las cabezas democráticas rodaron y la burocracia fascista, que rápidamente habló el mismo lenguaje que Hitler, se hizo dueña del país. Con diferentes variantes nacionales, el mismo experimento se había llevado anteriormente a cabo en Italia, Alemania, Austria, Polonia, Checoslovaquia y otros

Estados. En momentos de peligro, la burguesía nunca ha dudado en librar de prejuicios democráticos a su verdadero aparato de dominación, haciendo ver que no es más que un instrumento directo del capital financiero. ¡Tan sólo los ciegos recalcitrantes son capaces de creer que los generales y almirantes británicos y franceses están librando una batalla contra el fascismo!

La guerra no ha cortado el proceso de transformación de las democracias en dictaduras reaccionarias, sino que lo está llevando hasta sus últimas conclusiones.

En el seno de cada país y en la escena mundial, la guerra refuerza inmediatamente a los grupos e instituciones más reaccionarios. Los estados mayores, nidos de conspiraciones bonapartistas; los terribles antros de la policía; las bandas de patriotas a sueldo; todas las iglesias, sin distinción de credo, salen rápidamente a la luz. La corte pontificia, foco del oscurantismo y el odio entre los hombres, se ve cortada por todos, especialmente por el protestante presidente Roosevelt. La decadencia material y espiritual siempre trae consigo opresión policial y mayor consumo del opio religioso.

Tratando de beneficiarse de las ventajas de los regímenes totalitarios, las democracias imperialistas inician sus actividades defensivas con atentados crecientes contra la clase obrera y persecución de las organizaciones revolucionarias. El peligro de guerra antes, y ahora la guerra misma, les sirven de pretexto para perseguir su fin principal: aplastar al enemigo interior. La burguesía se atiene sin cesar a la máxima: "El enemigo está en casa."

Como siempre, los más débiles son quienes más sufren. Los más débiles en la actual carnicería son los innumerables refugiados de todos los países, entre los que hay muchos exiliados revolucionarios. El patriotismo de la burguesía se revela especialmente en el tratamiento brutal de los extranjeros indefensos. Antes de levantar campos de concentración para los prisioneros de guerra, todas las democracias habían construido campos de concentración para los exiliados revolucionarios. Los gobiernos del mundo entero, especialmente el gobierno de la URSS, han escrito la página más negra de esta época con su trato a los refugiados, a los exiliados, a quienes carecían de un techo. Enviamos nuestro más caluroso saludo a los prisioneros y perseguidos y les animamos a que no pierdan la confianza. ¡De las pri-

siones y campos de concentración capitalistas habrán de salir la mayor parte de los dirigentes de la Europa y el mundo de mañana!

LAS CONSIGNAS BÉLICAS DE LOS NAZIS

En general, las consignas oficiales de Hitler no merecen ser examinadas. La lucha por la “unificación nacional” ha demostrado desde hace tiempo ser una mentira, pues Hitler está convirtiendo el Estado nacional” en un Estado forzosamente multinacional, pisoteando la libertad y la unidad de los demás pueblos. La lucha por el “espacio vital” no es más que un disfraz para la expansión imperialista, es decir, para una política de anexiones y pillaje. La justificación racial de esta expansión no es más que una mentira; el nacionalsocialismo cambia sus convicciones sobre la raza en función de consideraciones estratégicas. El elemento relativamente más estable de la propaganda nazi es el antisemitismo, del que Hitler ha dado una versión zoológica al descubrir el verdadero lenguaje de la “raza” y la “sangre” en el ladrido del perro y el gruñido del cerdo. ¡No en balde llamaba Engels al antisemitismo el “socialismo de los idiotas”! El único rasgo del fascismo que no es falso es su voluntad de poder, de dominación y de pillaje. El fascismo es un producto químicamente puro destilado por la cultura imperialista.

Los gobiernos democráticos que en su momento saludaron a Hitler como un cruzado antibolchevique, quieren hacerle pasar ahora por una especie de Satán inesperadamente escapado de las profundidades del averno, que viola la santidad de los tratados, de las fronteras, leyes y reglas. Si no fuera por Hitler, el mundo capitalista florecería como un jardín. ¡Qué indigna mentira! Este epiléptico alemán, armado de una calculadora intracraneal y un poder ilimitado, no cayó del cielo ni brotó del infierno: no es más que la personificación de todas las fuerzas destructivas del capitalismo. Igual que Gengis Kan y Tamerlán eran vistos como la ira de Dios por los pueblos más débiles, aun cuando en realidad no fueran otra cosa que la expresión de la necesidad que tienen todas las tribus pastoriles de obtener más pastizales y pillar regiones más ricas, así Hitler, al sacudir hasta sus cimientos a los viejos imperios coloniales, no hace más que dar expresión más acabada a la voluntad imperialista de poder. Por medio de

Hitler, el capitalismo mundial, llevado a la desesperación por su propia falta de salidas, ha empezado a clavarse una afilada daga en sus propias entrañas.

Los carniceros de la segunda guerra imperialista no conseguirán convertir a Hitler en chivo expiatorio de sus propios pecados.

Todos los dirigentes actuales responderán ante el tribunal del proletariado. Hitler se limitará a ocupar el primer lugar en el banquillo de los acusados.

LA PREPONDERANCIA DE ALEMANIA

Sea el que fuere el resultado de la guerra, la preponderancia de Alemania ya se ha mostrado claramente. No hay duda de que Hitler carece de “nuevas armas” secretas. Pero la perfección de los diversos armamentos existentes y su adecuada coordinación y combinación — basada en una industria altamente racionalizada — otorga un peso enorme al militarismo alemán. La dinámica militar está íntimamente unida a los rasgos propios de un régimen totalitario: unidad de voluntad, iniciativa concentrada, secreto en los preparativos, rapidez en la ejecución. La paz de Versalles les prestó además un flaco servicio a los aliados. Tras quince años de desarme alemán, Hitler tuvo que empezar por construir un ejército de la nada, gracias a lo cual su ejército es un ejército sin rutinas y sin técnicas ni material obsoletos. El entrenamiento táctico de sus tropas se inspira en ideas basadas en la más moderna tecnología. En principio, tan sólo Estados Unidos parece capaz de superar a Alemania por la perfección de su maquinaria mortífera.

La debilidad de Francia y Gran Bretaña no causa sorpresa. Las tesis de la IV Internacional (1934) ya decían: “El colapso de la Sociedad de Naciones está indisolublemente ligado al inicio del colapso de la hegemonía francesa en el continente europeo.” Aquel documento programático declaraba también que “la poderosa Inglaterra es cada vez menos capaz de imponer sus designios”, que la burguesía británica está “aterrada por la desintegración de su imperio, por el movimiento revolucionario en la India, por la inestabilidad de su posición en China”. La capacidad de la IV Internacional se basa en que su programa puede resistir la prueba de los grandes acontecimientos.

La industria inglesa y francesa ha quedado retrasada tanto técnica como organizativamente gracias al flujo seguro de los superbeneicios coloniales. A esto, la llamada "defensa de la democracia" por los partidos socialistas y los sindicatos añadió una situación política privilegiadísima para la burguesía inglesa y francesa. Pero los privilegios incuban siempre inercia y estancamiento. Si la Alemania de hoy muestra tan colosal ventaja sobre Francia e Inglaterra, la mayor parte de la responsabilidad recae sobre los socialpatriotas defensores de la democracia que impidieron al proletariado sacar a Inglaterra y Francia de su atrofia mediante una oportuna revolución socialista.

'EL PROGRAMA DE PAZ'

A cambio de su esclavitud, Hitler promete a los pueblos establecer en Europa durante siglos la "paz alemana". ¡Qué vano espejismo! La "paz británica" tras la victoria sobre Napoleón sólo pudo durar un siglo, no un millar de años, y ello solamente porque Inglaterra era pionera de una nueva tecnología y de un sistema de producción progresista. A pesar del poderío de su industria, la Alemania actual, como sus enemigos, es la abanderada de un sistema social condenado a muerte. La victoria de Hitler no significaría la paz, sino el comienzo de una nueva serie de choques sangrientos a escala mundial. Si acabase con el imperio británico, si redujese a Francia al estado de Bohemia y Moravia, si consiguiese dominar el continente europeo y sus colonias, Alemania se convertiría, sin lugar a dudas, en la primera potencia mundial. Junto a ella, Italia podría, aunque no por mucho tiempo, apoderarse del control del Mediterráneo. Pero ser la primera potencia no significa ser la única potencia. La lucha por el "espacio vital" entraría en una nueva fase.

El "nuevo orden" que Japón se apresta a establecer se basa en la eventualidad de una victoria alemana y tiene como perspectiva la extensión del dominio japonés sobre la mayor parte del continente asiático. La Unión Soviética se encontraría así emparedada entre una Europa germanizada y una Asia niponizada. Las tres Américas, así como Australia y Nueva Zelanda, pasarían a ser controladas por Estados Unidos. Si añadimos el provinciano imperio italiano, el mundo quedaría temporalmente dividido en cinco "compartimentos". Pero

el imperialismo, por su propia naturaleza, huye de la división del poder. Para dejarse las manos libres contra América, Hitler tendría que realizar un sangriento ajuste de cuentas con sus amigos de ayer, Stalin y Mussolini. Japón y Estados Unidos no podrían ser espectadores pasivos de esta nueva lucha. La tercera guerra imperialista no sería protagonizada por Estados nacionales ni por imperios de viejo tipo, sino por continentes enteros... La victoria de Hitler en la guerra actual, lejos de poder convertirse en un milenio de "paz alemana", sería un sangriento caos durante décadas, si no son siglos.

Pero un triunfo aliado tampoco tendría mejores consecuencias. Una Francia victoriosa tan sólo podría restablecer su situación como gran potencia mediante la desmembración de Alemania, la restauración de los Habsburgo y la balcanización de Europa. Gran Bretaña tan sólo podría representar un nuevo papel dirigente en los asuntos europeos si reanudase el juego de las contradicciones entre Francia y Alemania, por una parte, y Europa y América, por otra. Tendríamos así una edición corregida y diez veces peor de la paz de Versalles, con gravísimos efectos sobre el debilitado organismo de Europa. A lo que debe añadirse que es improbable una victoria aliada sin ayuda americana y que esta vez Estados Unidos exigiría un precio mucho más alto por su participación que en la guerra anterior. La débil, exhausta Europa —objeto de la filantropía de Herbert Hoover— se convertiría en el deudor quebrado de su salvador transatlántico.

Finalmente, si tomamos en cuenta la variable menos probable, a saber, la conclusión de un tratado de paz entre adversarios extenuados bajo la fórmula pacifista de "ni vencedores, ni vencidos", ello significaría la restauración del caos internacional anterior a la guerra, aunque esta vez apoyado en ruinas sangrientas, en el agotamiento y la inquina. En breve plazo, todos los antagonismos volverían a la superficie con explosiva violencia y se producirían nuevas convulsiones internacionales.

La promesa de los aliados de crear una federación democrática europea es la más clara de todas las mentiras pacifistas. El Estado no es una abstracción, sino un instrumento del capital monopolista. Mientras bancos y *trusts* no sean expropiados en beneficio del pueblo, la lucha entre los Estados es tan inevitable como la lucha entre los *trusts*. La renuncia voluntaria por parte de los Estados más poderosos a las ventajas que se derivan de su posición de fuerza es una

utopía tan ridícula como una división voluntaria del capital entre los *trusts*. Mientras se mantenga la propiedad capitalista, una “federación” democrática no sería más que una repetición empeorada de la Sociedad de Naciones, con todos sus vicios y sin ninguna de sus ilusiones.

En vano tratan los amos imperialistas de revivir un programa de soluciones completamente desacreditadas por la experiencia de las pasadas décadas. En vano alumbran sus lacayos pequeñoburgueses esperanzas pacifistas que hace ya tiempo que se convirtieron en su propia caricatura. Los trabajadores avanzados no se dejarán engañar. La paz no la impondrán las fuerzas que actualmente están en guerra. ¡Sólo los trabajadores y los soldados pueden dictar su propio programa de paz!

LA DEFENSA DE LA URSS

La alianza de Stalin con Hitler que dio comienzo a la guerra mundial y terminó inmediatamente en la esclavitud del pueblo polaco fue resultado de la debilidad de la URSS y del pánico que el Kremlin sentía ante Hitler. La responsabilidad de esa debilidad debe cargarse exclusivamente sobre el Kremlin; sobre su política interior, que abrió un abismo entre la casta dominante y el pueblo y sobre su política exterior, que sacrificó los intereses de la revolución mundial a los de la fracción estalinista.

La toma de Polonia oriental —promesa de la alianza con Hitler y al tiempo garantía contra él— vino acompañada por la nacionalización de la propiedad semifeudal y capitalista en la Ucrania del Oeste y la Rusia Blanca occidental. Sin ello, el Kremlin no podría haber incorporado los territorios ocupados a la URSS. La Revolución de Octubre, estrangulada y profanada, daba señales de estar aún viva.

En Finlandia, el Kremlin no consiguió realizar semejante transformación social. La movilización imperialista de la opinión pública mundial “en defensa de Finlandia”; la amenaza de una intervención directa por parte de Inglaterra y Francia; la impaciencia de Hitler por apoderarse de Dinamarca y Noruega antes de que las tropas francesas y británicas apareciesen en suelo escandinavo, son las razones

que llevaron al Kremlin a renunciar a la soviétización de Finlandia y a limitarse a ocupar algunas posiciones estratégicas indispensables.

La invasión de Finlandia provocó, sin duda, una profunda condena entre el pueblo soviético. Sin embargo, los trabajadores avanzados comprendieron que los crímenes de la oligarquía del Kremlin no justifican que se borre del orden del día el problema de la existencia de la URSS. Su derrota en la guerra mundial significaría no sólo el derrocamiento de la burocracia totalitaria, sino la liquidación de las nuevas formas de propiedad, el colapso del primer experimento de economía planificada y la transformación de todo el país en una colonia; es decir, la apropiación por el imperialismo de recursos naturales fabulosos que le concederían un respiro hasta la tercera guerra mundial. Ni los pueblos de la URSS ni la clase obrera del mundo tienen interés en un resultado semejante.

La resistencia finlandesa ante la URSS, con todo su heroísmo, no fue más que un acto de defensa de la independencia nacional como la resistencia de Noruega ante Alemania. El gobierno de Helsinki así lo entendió cuando prefirió capitular ante la URSS antes que transformar a Finlandia en base militar de Inglaterra y Francia. Nuestro completo reconocimiento del derecho de las naciones a autodeterminarse no altera el hecho de que en el curso de la guerra presente no tiene mucho más valor que un canto rodado. Tenemos que determinar las líneas básicas de nuestra política de acuerdo con factores básicos y no de décimo orden. Las tesis de la IV Internacional mantienen: "El concepto de defensa nacional, especialmente cuando coincide con la idea de defensa de la democracia, puede engañar fácilmente a los obreros de países pequeños y neutrales (Suiza, Bélgica en parte, los países escandinavos)... Sólo un burgués de un villorrio suizo perdido, aburrido a morir (como Robert Grimm), puede pensar en serio que una guerra mundial a la que se vea arrastrado su país tiene como fin la independencia suiza".

Estas palabras cobran hoy un especial relieve. Esos pseudorrevolucionarios pequeñoburgueses que creen posible determinar la estrategia proletaria en defensa de la URSS mencionando episodios tácticos como la invasión de Finlandia por el Ejército Rojo no son en nada superiores al socialpatriota Robert Grimm.

La campaña que la burguesía mundial lanzó contra la guerra ruso-finlandesa fue elocuente por su unanimidad y su furia. Ni la

perfidia ni la violencia anteriores del Kremlin había originado la indignación de la burguesía, pues toda la historia del mundo está transida de perfidia y violencia. Su miedo y su indignación surgieron tan sólo después de que se delineó en Finlandia la perspectiva de un cambio social semejante al que había propiciado el Ejército Rojo en Polonia oriental. Aquí ya aparecía una amenaza concreta a la propiedad capitalista. La campaña antisoviética, cuyo carácter de clase era claro, dejó ver de nuevo que la URSS, en virtud de las bases puestas por la Revolución de Octubre, de las que, en última instancia, pende la existencia de la burocracia, sigue siendo un Estado obrero que la burguesía del mundo entero ve como una terrible amenaza. Los acuerdos episódicos entre la burguesía y la URSS no cambian el hecho de que “a escala histórica, el antagonismo entre el imperialismo mundial y la Unión Soviética es infinitamente más profundo que los antagonismos que enfrentan a los países capitalistas entre sí”.

Muchos radicales pequeñoburgueses, de los que tan sólo ayer estaban dispuestos a ver en la Unión Soviética la columna vertebral de la alianza entre las fuerzas “democráticas” contra el fascismo, han descubierto repentinamente, ahora que sus países se ven amenazados por Hitler, que Moscú, que no movió un dedo para ayudarlos, mantiene una política imperialista y que no hay diferencias entre la URSS y los Estados fascistas.

¡Mentira! —responderán todos los trabajadores conscientes—. Claro que hay una diferencia. La burguesía entiende esa diferencia social mejor y más profundamente que los parlanchines radicalizados. Sin duda, la nacionalización de los medios de producción en un solo país, y un país atrasado, no garantiza la construcción del socialismo. Pero es capaz de imponer los prerequisites para ella; a saber: el desarrollo planificado de las fuerzas productivas. Desentenderse de la nacionalización de los medios de producción alegando que ésta en sí y por sí no crea el bienestar de las masas, es tanto como criticar la construcción de cimientos de granito porque no se puede vivir sin paredes ni techo. El obrero consciente sabe que una lucha victoriosa por su liberación total es impensable sin defender las conquistas ya alcanzadas, por modestas que sean. Tanto más obligatoria es, por tanto, la defensa de una conquista tan colosal como la de la economía planificada frente a la restauración de las relaciones capitalistas.

Quienes no saben defender las posiciones ganadas no podrán conquistar otras nuevas.

La IV Internacional sólo defenderá a la URSS con los medios de la lucha de clases revolucionaria. Enseñar a los obreros a comprender el carácter de clase del Estado —imperialista, colonial, obrero—, así como las relaciones recíprocas que se traban entre ellos y sus contradicciones internas, es la única forma de que los trabajadores obtengan conclusiones prácticas correctas en cada situación. Al tiempo que mantiene una batalla sin cuartel contra la oligarquía de Moscú, la IV Internacional renuncia con todas sus fuerzas a cualquier política que pudiese servir de ayuda al imperialismo contra la URSS.

La defensa de la URSS coincide en principio con la preparación de la revolución proletaria mundial. Rechazamos totalmente la teoría del socialismo en un solo país, ese engendro del estalinismo ignorante y reaccionario. La URSS sólo podrá aparecer cumplidamente socialista con el tiempo de la revolución mundial. Pero la revolución mundial exige el derrocamiento de la oligarquía del Kremlin.

POR EL DERROCAMIENTO REVOLUCIONARIO DE LA FRACCIÓN BONAPARTISTA DE STALIN

Tras cinco años de cortejar a las “democracias”, el Kremlin mostró con todo cinismo su desprecio por el proletariado mundial al concluir una alianza con Hitler y ayudarle a aniquilar al pueblo polaco; con desvergonzado chauvinismo, el Kremlin parecía satisfecho en vísperas de la invasión de Finlandia, al tiempo que mostraba una incapacidad militar no menos vergonzosa en la lucha posterior; el Kremlin hacía ruidosas promesas de “emancipar” al pueblo finlandés de los capitalistas y a continuación capitulaba cobardemente ante Hitler. Tal es el balance del régimen estalinista en esas horas críticas de la Historia.

Los procesos de Moscú ya habían revelado que la oligarquía totalitaria se había convertido en un obstáculo decisivo para el desarrollo del país. El nivel cada vez más elevado de las necesidades complejas y crecientes de la vida económica no puede soportar estrangulamientos burocráticos. Sin embargo, esa banda de parásitos no está dispuesta a hacer concesiones. En su lucha por mantener sus privile-

gios están dispuestos a destruir todo lo que hay de mejor en el país. No hay que pensar que un pueblo que participó en tres revoluciones en doce años se ha vuelto repentinamente estúpido. Está anulado y desorientado, pero observa y piensa. Cada día, con su poder arbitrario, su opresión y su rapacidad, su sangrienta sed de venganza, la burocracia les recuerda su existencia. Obreros medio muertos de hambre y campesinos de granjas colectivizadas murmuran con odio sobre los caros caprichos de los codiciosos comisarios. Para celebrar el sesenta cumpleaños de Stalin, los obreros de los Urales fueron obligados a trabajar año y medio en un gigantesco retrato del odiado "padre de los pueblos": un retrato de piedras preciosas digno del persa Jerjes o la egipcia Cleopatra. Un régimen que comete semejantes aberraciones tiene que exaltar necesariamente el odio de las masas.

La política exterior se corresponde con la interior. Si el gobierno del Kremlin expresara los verdaderos intereses de los obreros; si la Komintern estuviera al servicio de la revolución mundial, las masas populares de la minúscula Finlandia hubiesen basculado del lado de la URSS y la invasión del Ejército Rojo no hubiera sido necesaria o habría sido vista por el pueblo de Finlandia como un acto de emancipación revolucionaria. Pero la política anterior del Kremlin apartó a los obreros y campesinos finlandeses de la URSS. Mientras que Hitler puede contar con la ayuda de la llamada "quinta columna" en todos los países neutrales que invade, Stalin no encontró un solo defensor en Finlandia, a pesar de la tradición insurreccional del año 1918 y de la larga existencia de un Partido Comunista finlandés. En esas condiciones, la invasión del Ejército Rojo se revistió de características de violencia militar directa y clara. La responsabilidad por esa violencia recae total e indivisiblemente sobre la oligarquía de Moscú.

La guerra es una prueba decisiva para un régimen. Como consecuencia del primer período de la guerra, la posición internacional de la URSS, a pesar de los éxitos de fachada, ha empeorado ya. Las bases de apoyo estratégico ganadas por Moscú no serán más que un factor de tercer orden en el conflicto de mundial. Mientras, Alemania se ha quedado con la parte más importante e industrializada de Polonia y ha conseguido una frontera común con la URSS, es decir, un pasillo hacia el Este. A través de Escandinavia, Alemania domina el mar Báltico, convirtiendo el golfo de Finlandia en un cuello de botella firmemente cerrado. La desesperada Finlandia está bajo control directo

de Hitler. En vez de débiles Estados neutrales, la URSS tiene ahora una poderosa Alemania al otro lado de la frontera de Leningrado. La debilidad del Ejército Rojo, decapitado por Stalin, ha servido de espectáculo al mundo y, al tiempo, se han intensificado las tendencias al nacionalismo centrífugo en la URSS. El prestigio de los dirigentes del Kremlin ha disminuido. Alemania al Este y Japón al Oeste se sienten infinitamente más seguros tras la aventura finlandesa del Kremlin.

En su reducido arsenal, Stalin no pudo encontrar más que una sola respuesta para esta situación preocupante: reemplazar a Vorochilov por una mediocridad aún mayor, Timoshenko⁵. Como siempre, la finalidad de esas maniobras es distraer la ira del pueblo y del ejército del verdadero responsable de esas desgracias y colocar a la cabeza del ejército a un individuo cuya lealtad estaba garantizada, por su mediocridad. El Kremlin ha vuelto a ser un nido de derrotismo. Sólo su destrucción puede garantizar la seguridad de la URSS.

La preparación del derrocamiento revolucionario de la casta que domina en Moscú es una de las tareas principales de la IV Internacional. No es una tarea fácil o sencilla. Exige heroísmo y sacrificio. Sin embargo, la época de las grandes convulsiones en que acaba de entrar la humanidad descargará golpe tras golpe sobre la oligarquía del Kremlin, destrozará su aparato totalitario, aumentará la confianza en sí mismas de las masas trabajadoras y facilitará así la formación de la sección soviética de la IV Internacional. ¡Los hechos trabajarán en favor nuestro si somos capaces de ayudarles!

LOS PUEBLOS COLONIALES EN LA GUERRA

Al crear enormes dificultades y peligros para las metrópolis imperialistas, la guerra abre enormes posibilidades para los pueblos oprimi-

5. Amigo de Stalin desde 1910. Dirigió la ocupación de Polonia oriental en 1939 y parte de las operaciones en Finlandia (1939-40). Nombrado mariscal en 1940, sustituyó a Vorochilov como ministro de Defensa ese mismo año.

dos. El tronar del cañón sobre Europa anuncia la hora de su próxima liberación.

Si todo programa de transformación social pacífica en los países capitalistas avanzados es utópico, el programa de liberación pacífica de las colonias lo es doblemente. Los últimos países atrasados semi-libres han sido sometidos ante nuestros ojos (Etiopía, Albania, China...). Toda la guerra actual es una guerra por las colonias y devolverles lo menos que puedan. Sólo una lucha revolucionaria abierta y directa de los pueblos esclavizados puede dejar expedita la vía de su emancipación.

En los países coloniales y semicoloniales, la lucha por un Estado nacional independiente y, por consiguiente, la "defensa de la patria", es diferente, en principio, de los países imperialistas. El proletariado revolucionario del mundo entero presta su apoyo incondicional a la lucha de China o la India por su independencia nacional, ya que esa lucha, al "apartar a los pueblos atrasados del asiaticismo, el particularismo y la esclavitud extranjera..., asesta poderosos golpes a los Estados imperialistas".

Al tiempo, la IV Internacional sabe, y advierte de ello a las naciones atrasadas, que sus tardíos Estados nacionales no pueden contar con un desarrollo democrático independiente. Rodeada de un capitalismo en declive y cogida entre las contradicciones interimperialistas, la independencia de un Estado atrasado se tornará inevitablemente en algo semificticio y su régimen político, bajo la influencia de sus propias contradicciones de clase y la presión exterior, tomará el camino de la dictadura sobre el pueblo, como sucede con los regímenes del Partido "del Pueblo" en Turquía o del Kuomintang en China. El régimen de Gandhi en la India será igual mañana. La lucha por la independencia nacional de las colonias, desde la perspectiva del proletariado, no es más que un estado de transición en el camino de los pueblos atrasados hacia la revolución socialista internacional.

La IV Internacional no establece distinciones completas entre países atrasados y avanzados, entre revolución democrática y revolución socialista. Para ella, ambas están coordinadas y deben subordinarse a la lucha mundial de los oprimidos contra sus opresores. Como la única fuerza genuinamente revolucionaria de nuestro tiempo es el proletariado internacional, el único programa que verdade-

ramente puede liquidar toda clase de opresión, social y nacional, no es otro que el programa de la revolución permanente.

LA GRAN LECCIÓN DE CHINA

La experiencia trágica de China es una gran lección para los pueblos oprimidos. La revolución china de 1925-27 tenía todas las posibilidades de vencer. Una China unificada y transformada sería ahora un poderoso baluarte de la libertad en el Extremo Oriente. El destino de Asia y, hasta cierto punto, el del mundo entero habría cambiado. Pero el Kremlin, que no confiaba en las masas chinas y buscaba la amistad de los generales, utilizó todo su peso para subordinar al proletariado chino a la burguesía, ayudando así a Chiang Kai-shek a aplastar la revolución china. Sin ilusiones, desunida y debilitada, China es una presa fácil para una invasión japonesa.

Como todos los regímenes condenados, la oligarquía estalinista es incapaz de aprender de las lecciones de la Historia. Al inicio de la guerra chino-japonesa, el Kremlin volvió a atar al Partido Comunista a Chiang Kai-shek, cortando de raíz la iniciativa revolucionaria del proletariado chino. Esa guerra, cuyo tercer aniversario se acerca, podría haber terminado ya con una catastrófica derrota del Japón, si China la hubiese disputado como una auténtica guerra popular fundada en una revolución agraria que inflamase a los soldados japoneses con sus llamas. Pero la burguesía china teme más a sus propias masas armadas que a sus conquistadores japoneses. Si Chiang Kai-shek, el siniestro verdugo de la revolución china, se ve obligado por las circunstancias a emprender una guerra, su programa de hoy, como el de ayer, se basa en la opresión de sus propios obreros y en el compromiso con los imperialistas.

La guerra en Asia oriental ha de unirse cada vez más con la guerra mundial imperialista. El pueblo chino tan sólo podrá alcanzar su independencia bajo la dirección de un proletariado joven y sacrificado con suficiente confianza en sí mismo como para iniciar el renacimiento de la revolución mundial. Él marcará el camino con mano firme. El curso de los acontecimientos coloca a la orden del día la conversión de nuestra sección china en un poderoso partido revolucionario.

LAS TAREAS DE LA REVOLUCIÓN EN LA INDIA

Durante las primeras semanas de la guerra, las masas indias ejercieron una presión creciente, obligando a los líderes “nacionalistas” oportunistas a hablar un lenguaje desacostumbrado. Pero ¡ay del pueblo indio si llega a fiarse de la palabrería altisonante! Bajo la máscara de la Independencia nacional, Gandhi se ha apresurado a declarar su intención de no crear dificultades a Gran Bretaña en esta difícil crisis. ¡Como si en algún tiempo o lugar los oprimidos hubieran podido liberarse de otra forma que explotando las dificultades de sus opresores!

El rechazo “moral” de Gandhi a la violencia no es más que un reflejo del miedo de la burguesía india a sus masas, que tienen buenas razones para creer que el imperialismo británico las empujará a la catástrofe. Por su parte, Londres advierte que al menor signo de desobediencia se verá obligado a aplicar “todas las medidas necesarias”, incluyendo, por supuesto, la fuerza aérea que necesita en el frente occidental. Entre la burguesía colonial y el gobierno británico se establece una clara división del trabajo: Gandhi necesita de las amenazas de Chamberlain y Churchill para lograr paralizar el movimiento revolucionario.

En el futuro inmediato, el antagonismo entre las masas indias y la burguesía promete volverse aún más agudo. La guerra imperialista se convierte en una gigantesca empresa comercial para la burguesía india, pues al abrir un mercado de materias primas excepcionalmente favorable puede hacer progresar rápidamente a la industria india. Si la total destrucción del imperio británico corta el cordón umbilical que liga al capital indio con la City de Londres, la burguesía nacional se apresurará a encontrar un nuevo patrón en Wall Street, Nueva York. Los intereses materiales de la burguesía determinan su política con la fuerza de la ley de la gravedad.

Mientras que una clase explotadora controle el movimiento de emancipación, este será incapaz de salir del callejón sin salida. Lo único que puede unir a la India como un solo hombre es la revolución agraria bajo la bandera de la independencia nacional. Una revolución dirigida por el proletariado irá no sólo contra el dominio

británico, sino también contra los príncipes indios, las concesiones extranjeras, las capas altas de la burguesía nacional y los líderes del Congreso Nacional, así como contra los de la Liga Musulmana⁶. Una tarea urgente para la IV Internacional es la creación de una sección estable y poderosa en la India.

La política traidora de la colaboración de clase, con la que durante los cinco últimos años el Kremlin ha ayudado a los gobiernos capitalistas a preparar la guerra, fue liquidada por la burguesía tan pronto como dejó de necesitar un disfraz pacifista. Pero en los países coloniales y semicoloniales, no sólo en China y la India sino también en Latinoamérica, el fraude "frente popular" aún continúa paralizando a las masas trabajadoras y convirtiéndolas en carne de cañón para la burguesía "progresista", con lo que ayuda a crear una base política indígena para el imperialismo.

EL FUTURO DE AMÉRICA LATINA

El monstruoso crecimiento del armamentismo en Estados Unidos prepara una solución violenta a las contradicciones complejas del hemisferio occidental y pronto ha de plantear abiertamente el problema del destino de los países latinoamericanos. El interludio de la política de "buena vecindad" está llegando a su fin. Roosevelt o su sucesor se quitarán pronto el guante de terciopelo de su puño de hierro. Las tesis de la IV Internacional mantienen: "América del Sur y Central sólo podrán salir de su retraso y sometimiento si unen todos sus Estados en una federación poderosa. Pero no será la atrasada burguesía latinoamericana, esa sucursal del imperialismo extranjero, la llamada a resolver esta tarea, sino el joven proletariado de América Latina quien dirigirá a las masas oprimidas. La consigna en la lucha contra la violencia y las intrigas del imperialismo mundial y contra la san-

6. Las dos principales organizaciones burguesas de la India, que se oponían al dominio inglés. El Congreso Nacional se convirtió en el principal partido de la India tras la independencia, en tanto que la Liga Musulmana se convirtió en la fuerza principal del Pakistán tras su separación de la India.

griente tarea de las burguesías compradoras nativas es: *Estados Unidos Soviéticos de América Central y del Sur*".

Estas frases, escritas hace seis años, cobran ahora una actualidad impresionante.

Tan sólo bajo una dirección revolucionaria podrá el proletariado de las colonias y semicolonias entrar en invencible colaboración con el proletariado de las metrópolis y la clase obrera del mundo entero. Sólo una colaboración similar puede llevar a los pueblos oprimidos a su emancipación completa y definitiva, aniquilando el imperialismo en el mundo entero. Una victoria del proletariado internacional librará a los pueblos coloniales del penoso esfuerzo de un desarrollo capitalista, al abrirles la posibilidad de avanzar hacia el socialismo junto con el proletariado de los países avanzados.

La perspectiva de la revolución permanente en modo alguno significa que los países atrasados hayan de esperar la señal de avance hasta que se la den los más avanzados o que los pueblos coloniales hayan de esperar pacientemente a que el proletariado de las metrópolis los libere. Ayúdate y Dios te ayudará. Los trabajadores deben desarrollar la lucha revolucionaria en todos los países, coloniales e imperialistas, en que aparezcan condiciones favorables, dando ejemplo a los trabajadores de otros países. Tan sólo la iniciativa y la actividad, la resolución y la audacia pueden convertir en realidad la consigna: "¡Proletarios del mundo entero, uníos!".

LA RESPONSABILIDAD DE LOS DIRIGENTES TRAIADORES EN LA GUERRA

La victoria de la revolución española podría haber abierto una era de sacudidas revolucionarias en toda Europa, adelantándose a la guerra actual. Pero esa heroica revolución, que tenía todas las posibilidades de vencer, fue ahogada por el abrazo de la II y la III Internacionales y la colaboración activa de los anarquistas. El proletariado mundial se hizo más pobre al perder otra gran ilusión, pero se enriqueció con las lecciones de tan monstruosa traición.

El potente movimiento del proletariado francés en junio de 1936 reveló condiciones excepcionalmente favorables para una toma revolucionaria del poder. Una república soviética francesa habría alcanzado inmediatamente la hegemonía revolucionaria en Europa, habría

generado repercusiones revolucionarias en todos los países, habría hundido a los regímenes totalitarios y habría salvado a la humanidad de la actual carnicería imperialista y sus incontables víctimas. Pero la política desvergonzada, cobarde y traidora de León Blum y León Jouhaux, junto con la colaboración activa de la sección francesa de la Komintern, llevó a la catástrofe a uno de los más prometedores movimientos de la pasada década.

El estrangulamiento de la revolución española y el boicot a la ofensiva proletaria en Francia son las dos tragedias que prologan la guerra actual. La burguesía se convenció de que con semejantes “dirigentes obreros” podía llegar a donde quisiera, incluso a una nueva carnicería. Los líderes de la II Internacional impidieron que el proletariado derrocara a la burguesía al final de la primera guerra imperialista. Los líderes de la II y la III Internacional han ayudado a la burguesía a desencadenar una segunda guerra imperialista. ¡Hagamos que se convierta en su tumba política!

LA II INTERNACIONAL

La guerra de 1914-1918 escindió inmediatamente a la II Internacional en dos campos separados por las trincheras. Cada partido socialdemócrata defendió su patria. Hubieron de pasar varios años después de la guerra hasta que los traidores hermanos en lucha se reconciliaron y proclamasen una mutua amnistía.

Hoy la situación de la II Internacional ha cambiado, en la superficie. Todas sus secciones sin excepción se hallan a un lado de las líneas militares, en el campo aliado. Algunas porque son Partidos de países democráticos y otras porque han emigrado hacia ellos desde países beligerantes o neutrales. La socialdemocracia alemana, que siguió una despreciable política chauvinista durante la primera guerra imperialista bajo la bandera de los Hohenzollern, es hoy un Partido “derrotista” al servicio de Francia y Gran Bretaña. Sería absurdo pensar que semejantes lacayos se han convertido en revolucionarios. Hay una explicación más sencilla. La Alemania de Guillermo II ofrecía a los reformistas suficientes posibilidades de sinecuras en las cámaras parlamentarias, las municipalidades, los sindicatos y otros lugares. La defensa de la Alemania imperial se convertía en la defensa

del canal caudaloso en que la conservadora burocracia obrera calmaba su sed. "La socialdemocracia será patriota mientras el régimen político correspondiente asegura sus beneficios y privilegios", decían nuestras tesis hace seis años. Los mencheviques y los populistas rusos, que fueron patriotas incluso bajo el zar (cuando tenían sus fracciones en la Duma, sus propios periódicos y sus funcionarios sindicales y esperaban alcanzar nuevas ventajas por este camino), ahora que lo han perdido todo mantienen una posición derrotista con respecto a la URSS.

Por consiguiente, la "unanimidad" actual de la II Internacional se explica por el hecho de que todas sus secciones esperan que los aliados les devuelvan sus puestos y rentas en el seno de la burocracia obrera cuando restauren esos puestos y rentas en los países totalitarios. La socialdemocracia no va más allá de sus impotentes fantasías acerca de la protección de la burguesía "democrática". Esos inválidos políticos son totalmente incapaces de luchar incluso cuando sus propios intereses se ven amenazados.

Esto fue lo que se vio con claridad meridiana en Escandinavia, al parecer uno de los más seguros feudos de la II Internacional, en donde los tres países fueron gobernados durante toda una etapa por la sobria, realista, reformista y pacifista socialdemocracia. Socialismo llamaban esos caballeros a la democracia conservadora y coronada con su plus de iglesia estatal y su plus de tímidas reformas sociales posibilitadas durante un tiempo por limitación de los gastos militares. Apoyados en la Sociedad de Naciones y protegidos por el escudo de la "neutralidad", los gobiernos escandinavos contaban con un desarrollo tranquilo y pacífico a lo largo de varias generaciones. Pero los amos imperialistas no tuvieron en cuenta sus cálculos y aquéllos hubieron de inclinarse ante los golpes del destino. Cuando la URSS invadía Finlandia, los tres gobiernos escandinavos se declararon neutrales en el conflicto. Cuando Alemania invadía Dinamarca y Noruega, Suecia se declaraba neutral en el conflicto. Dinamarca se apresuraba a declararse neutral ante su propia invasión. Noruega, bajo los cañones de su guardián inglés, fue la única que llevó a cabo algunos gestos simbólicos en defensa propia. Esos héroes están dispuestos a vivir a costa de la patria democrática aunque no tanto a morir por ella. La inesperada guerra ha terminado con todas sus esperanzas de una evolución pacífica bajo la mirada de Dios y el Rey. El paraíso es-

candinavo, último refugio de las ilusiones de la II Internacional, se ha transformado en una parcela más del infierno imperialista.

Los oportunistas socialdemócratas sólo tienen una política: la adaptación pasiva. En condiciones de capitalismo decadente, no tienen más recurso que entregar una posición tras otra, reducir su ya mezquino programa, limitar sus exigencias, retirarse de forma continua e incansable hasta no tener más sitio en que refugiarse que una ratonera. Pero incluso allí, la mano despiadada del imperialismo les saca de ella tirándoles del rabo. Tal es, en breve, la historia de la II Internacional. La guerra actual la está matando por segunda vez. Esperemos que sea para siempre.

LA III INTERNACIONAL

La política de la degenerada III Internacional, mezcla de un grosero oportunismo con aventurerismo desatado, ejerce sobre la clase obrera una influencia aún más desmoralizante, si cabe, que la de su hermana mayor, la II Internacional. Un Partido revolucionario basa toda su política en la conciencia de clase de los trabajadores; la Komintern se ocupa de contaminarla y envenenarla.

Los propagandistas oficiales de cada uno de los campos beligerantes denuncian, a veces muy correctamente, los crímenes del bando opuesto. Goebbels dice buena parte de la verdad sobre la violencia británica en la India. La prensa inglesa y francesa dicen muchas cosas clarividentes sobre la política exterior de Hitler y Stalin. Esa propaganda unilateral no deja por ello de ser el peor veneno chauvinista. Las verdades a medias son las más peligrosas mentiras.

Toda la propaganda actual de la Komintern es de esta última clase. Tras cinco años de cortejar desvergonzadamente a las democracias, reduciendo la esencia del "comunismo" a ataques contra los agresores fascistas, la Komintern ha descubierto repentinamente en el otoño de 1939 el criminal imperialismo de las democracias occidentales. ¡Vuelta a la izquierda! Desde ese momento no se ha oído ni una palabra condenatoria sobre la destrucción de Checoslovaquia y Polonia, la invasión de Dinamarca y Noruega o las bárbaras brutalidades que las bandas hitlerianas han perpetrado sobre el pueblo judío y polaco. Hitler se ha transformado en un plácido vegetariano

amante de la paz que ha sido provocado continuamente por los imperialistas occidentales. La alianza franco-británica ha sido descrita por la prensa de la Komintern como un “bloque imperialista contra el pueblo alemán”. ¡El propio Goebbels no podría haber inventado nada mejor! El Partido Comunista Alemán de la emigración arde en amor a la patria. Y como la patria no ha dejado de ser fascista, sucede que el Partido Comunista Alemán llega así a adoptar una postura socialfascista. Había de llegar un día en que la teoría estalinista del socialfascismo se convirtiese en carne y hueso⁷.

A primera vista, la conducta de las secciones francesa e inglesa de la Komintern parecía diametralmente opuesta. A diferencia de los alemanes se vieron obligados a atacar a su propio gobierno. Pero este súbito derrotismo no tenía nada que ver con el internacionalismo, sino con un patriotismo distorsionado: esos caballeros consideran al Kremlin, del que depende su bienestar, como su propia patria. Muchos estalinistas franceses se han comportado con un valor indiscutible ante la persecución. Pero el contenido político de ese valor quedaba reducido por su obstinado embellecimiento de la política de rapiña del campo enemigo. ¿Qué pensarán de esto los obreros franceses?

Los internacionalistas revolucionarios han sido presentados siempre por la reacción como agentes de potencias extranjeras. La Komintern creó una situación tal que sus propias secciones francesa e inglesa daban la razón a semejante acusación, condenando así a los obreros, entre la confusión y la pasividad, a encuadrarse en el bando patriota.

La política del Kremlin es simple: ha vendido a Hitler la Komintern además de su petróleo y su manganeso. El servilismo perruno con que esas gentes permitieron que se les vendiese es prueba de la corrupción interna de la Komintern. Los agentes del Kremlin carecen

7. Esta teoría, fruto de Stalin, mantenía que socialdemócratas y fascistas no son opuestos, sino gemelos. Como los socialdemócratas son una variedad del fascismo y como todo el mundo, excepto los estalinistas, era fascista, era impermissible para los estalinistas llevar una política de frente único contra los verdaderos fascistas. Ninguna otra teoría hubiera podido ser de más utilidad para Hitler en los años anteriores a su conquista del poder. En 1934 los estalinistas acabaron por abandonar la teoría y pronto se pusieron a cortejar no sólo a los socialdemócratas, sino también a políticos capitalistas como Roosevelt y Daladier.

de principios, de honor y de conciencia. Sólo tienen una cerviz flexible. Pero las revoluciones nunca han sido dirigidas por gentes de cerviz flexible.

La amistad de Stalin con Hitler no puede ser eterna. Ni siquiera duradera⁸. Antes de que nuestro manifiesto llegue a las masas, la política exterior del Kremlin puede haber realizado un nuevo viraje. Entonces cambiará también el carácter de la propaganda de la Komintern. Si el Kremlin se aproxima a las democracias, la Komintern desenterrará nuevamente el *Libro Marrón* de crímenes nazis. Pero ello no significa que su propaganda adquiera rasgos revolucionarios. Las etiquetas cambiarán, pero la Komintern seguirá siendo tan servil como antes. La política revolucionaria exige ante todo que se diga la verdad a las masas. Pero la Komintern miente sistemáticamente. Nosotros nos dirigimos a los trabajadores de todo el mundo para decirles: ¡No creáis en los falsarios!

SOCIALDEMÓCRATAS Y ESTALINISTAS EN LAS COLONIAS

Los Partidos ligados a los explotadores e interesados en obtener privilegios son orgánicamente incapaces de realizar una política honrada para con los sectores más explotados de los trabajadores y de los pueblos oprimidos. La fisonomía de la II y la III Internacional aparece especialmente clara en su actitud respecto de las colonias.

La II Internacional, abogada de los mercaderes de esclavos y partícipe en los beneficios obtenidos con la esclavitud, no tiene secciones propias en las colonias, si descartamos grupos ocasionales de funcionarios coloniales, especialmente masones franceses y carreristas “de izquierda” dispuestos a sentarse sobre las espaldas de la población indígena. Tras haber renunciado oportunamente a la idea antipatriota de sublevar a la población colonial contra la “patria democrática”, la II Internacional se ha ganado el privilegio de proveer a la burgue-

8. La política del Kremlin para con Hitler experimentó un súbito giro en junio de 1941, tras la invasión de la U. R. S. S. por los ejércitos del III Reich.

sía de ministros de las colonias, es decir, de mercaderes de esclavos (Sidney Webb, Marius Moutet y otros)⁹.

En breve espacio de tiempo, la III Internacional, que comenzó su existencia con un valeroso llamamiento revolucionario a todos los pueblos oprimidos, se ha prostituido igualmente en la cuestión colonial. No hace muchos años, cuando Moscú vio ante sí la oportunidad de aliarse con las democracias imperialistas, la Komintern puso en circulación consignas de emancipación nacional no sólo para Abisinia y Albania, sino también para Austria. En el caso de las colonias de Inglaterra y Francia, se limitaba modestamente a esperar reformas "razonables". En aquel momento, la Komintern defendía a los indios no de la Gran Bretaña, sino contra eventuales ataques japoneses, y a Túnez contra los colmillos de Mussolini. Ahora la situación ha experimentado un giro de 180 grados. ¡Total independencia para la India, Egipto, Argelia! Dimitrov no se conforma con menos. Otra vez los árabes y los negros han encontrado en Stalin a su mejor amigo, después de Mussolini y Hitler. La sección alemana de la Komintern, con la desfachatez propia de esta banda de parásitos, advierte a Polonia y Checoslovaquia contra las celadas del imperialismo británico. ¡Esa gente está dispuesta a todo! Un nuevo cambio en la orientación del Kremlin hacia las democracias occidentales y volverán a pedir con todo respeto a Londres y París que procedan a realizar reformas liberales en sus colonias.

A diferencia de la II Internacional, la Komintern, gracias a su gran tradición, ejerce una influencia indiscutible en las colonias. Pero su base social ha seguido las transformaciones de su evolución política. Actualmente, en los países coloniales, la Komintern recoge el estrato que constituye la base tradicional de la II Internacional en las metrópolis. Las migajas que caen de la mesa de sus superbeneficios han permitido al imperialismo crear un simulacro de aristocracia obrera nativa en los países coloniales y semicoloniales. Insignificante por comparación con su modelo de la metrópoli, se distingue, sin embar-

9. Sidney Webb (1859-1947) fue uno de los fundadores de la Sociedad Fabiana. Fue ministro británico de Colonias (1929-31) y de Dominios (1929-30). Marius Moutet fue el ministro socialista de colonias en el gobierno del Frente Popular en 1938 y fue responsable del encarcelamiento de Ta Thu Thau, dirigente de los trotskistas indochinos.

go, del telón de fondo de pobreza general y defiende celosamente sus privilegios. La burocracia y la aristocracia obrera de los países coloniales y semicoloniales, junto con los funcionarios estatales, provee de elementos especialmente serviles a los "amigos" del Kremlin. En América latina, el más repugnante representante de este personaje es el abogado mexicano Lombardo Toledano¹⁰, cuyos grandes servicios han sido recompensados por el Kremlin al elevarle al cargo decorativo de presidente de la Federación de Sindicatos latinoamericanos.

Al plantear abiertamente los problemas de la lucha de clases, la guerra coloca a tales prestidigitadores y zahoríes en una posición muy desairada que los verdaderos bolcheviques deben utilizar para barrer de los países coloniales, y de una vez por todas, a la Komintern.

CENTRISMO Y ANARQUISMO

La guerra, al ponerlo a prueba todo, al desembarazarse de todo lo podrido, es un peligro mortal para las Internacionales trasnochadas. Una parte considerable de la burocracia de la Komintern volverá al redil de su propia patria imperialista, especialmente si la Unión Soviética sufre algún revés. Por el contrario, los obreros se desplazarán continuamente hacia la izquierda. En estas condiciones son inevitables escisiones y fraccionamientos. Ciertos síntomas apuntan también hacia la posibilidad de que el ala "izquierda" de la II Internacional rompa con ella. Es de esperar que aparezcan agrupamientos centristas de diferente tradición, que se fundan, que se escindan, que se creen nuevos "frentes", "bandos", etc. Pero nuestra época demostrará su resistencia a tolerar el centrismo. El papel trágico, patético, desempeñado por el POUM, la más seria de todas las organizaciones centristas, en la revolución española, quedará para siempre en la memoria del proletariado como una terrible advertencia.

10. Estalinista, dirigente de la Confederación del Trabajo de México. Participó activamente en la campaña de calumnias de los estalinistas mexicanos contra Trotsky.

Pero a la historia le gustan las repeticiones. No hay que excluir intentos de construir nuevas organizaciones internacionales sobre el modelo de la Internacional *dos y medio*, o ahora de la Internacional *tres y un cuarto*. Estos intentos merecen ser tenidos en cuenta tan sólo en cuanto reflejan procesos más profundos en las masas trabajadoras. Pero puede decirse con seguridad y de antemano que los “frentes” centristas, los “bandos” y las “Internacionales”, sin fundamentos teóricos, sin tradiciones revolucionarias, sin programa elaborado, serán de carácter efímero. Nosotros les ayudaremos criticando sin tregua su indecisión y su irresolución.

Este esbozo de la quiebra de las organizaciones obreras tradicionales sería incompleto si no mencionásemos al anarquismo. Su declive es el fenómeno más importante de nuestra época. Ya antes de la primera guerra imperialista los anarcosindicalistas franceses habían logrado convertirse en oportunistas de la peor especie y en siervos de la burguesía. En la guerra, la mayor parte de los dirigentes anarquistas internacionales se hicieron patriotas. Cuando la guerra civil española se encontraba en su apogeo, los anarquistas se convirtieron en ministros de la burguesía. Los charlatanes anarquistas atacan y niegan el Estado mientras éste no les necesita. En los momentos de peligro están tan dispuestos como los socialdemócratas a convertirse en agentes de los capitalistas.

Los anarquistas carecían de programa y de la más mínima idea al comenzar esta guerra. Su bandera estaba manchada por la traición al proletariado español. Ahora son incapaces de hacer otra cosa que introducir en las filas obreras la desmoralización patriotera sazónada de lamentaciones humanistas. Al tiempo que tratamos de converger con los trabajadores anarquistas verdaderamente dispuestos a luchar por los intereses de su clase, les pediremos que rompan por completo con los dirigentes que sirven de recaderos de la burguesía en momentos de guerra y revolución.

LOS SINDICATOS Y LA GUERRA

Mientras que los magnates del capital monopolista se sitúan por encima de las instituciones del poder de Estado, controlándolas desde las alturas, los dirigentes sindicales oportunistas se arrastran ante el

poder tratando de encontrar apoyo para el Estado entre las masas trabajadoras. Semejante coro de vergüenzas no puede cantarse mientras se mantiene la democracia obrera en el interior de los sindicatos. Pero la vida de los sindicatos, siguiendo los pasos de la vida bajo el régimen burgués, se ha hecho cada vez más autoritaria. En tiempos de guerra la burocracia sindical se convierte en la policía militar del Estado Mayor del Ejército en el seno de la clase obrera.

Pero no se salvará por más celo que pueda poner en la tarea. La guerra conlleva la destrucción y la muerte para las actuales centrales reformistas. Los sindicalistas que se encuentran en la flor de la edad son movilizados para la carnicería, y su puesto lo toman muchachos, mujeres, viejos, es decir, gentes con una menor capacidad de resistencia. Todos los países saldrán de la guerra tan arruinados que el nivel de vida de los obreros retrocederá al de hace un siglo. Los sindicatos reformistas sólo pueden encontrar un lugar al sol en regímenes de democracia burguesa. Pero lo primero que caerá vencido por la guerra es la podrida democracia burguesa, que en su definitivo declive arrastrará a todas las organizaciones obreras que le servían de base. No hay espacio para los sindicatos reformistas. La reacción capitalista los destrozará implacablemente. Hay que advertir a todos los trabajadores de este peligro con una voz lo suficientemente alta como para que todos la oigan.

Una nueva época exige métodos nuevos. Nuevos métodos exigen nuevos dirigentes. Sólo hay un camino para salvar a los sindicatos: transformarlos en organismos de lucha cuyo fin sea la victoria sobre la anarquía capitalista y el bandidaje imperialista. Los sindicatos han de jugar un papel fundamental en la construcción de la economía socialista. Pero para ello la precondition es el derrocamiento de la burguesía y la nacionalización de los medios de producción. Los sindicatos no podrán evitar ser enterrados por las ruinas de la guerra si no siguen el camino de la revolución socialista.

LA IV INTERNACIONAL

La vanguardia proletaria es un enemigo irreconciliable de la guerra imperialista. Pero no la teme. Acepta el combate en el lugar elegido

por el enemigo de clase. Y llega al campo de batalla con sus banderas desplegadas.

La IV Internacional es la única organización que predijo correctamente el curso general de los acontecimientos mundiales, que previno la inevitabilidad de una nueva catástrofe imperialista, que denunció los fraudes pacifistas de los demócratas burgueses y los aventureros pequeñoburgueses de la escuela estalinista, que luchó contra la política de colaboración de clase llamada “frentes populares”, que criticó sin piedad la traición de la Komintern y los anarquistas en España, que atacó sin tregua las ilusiones centristas del POUM, que galvanizó continuamente a sus cuadros con el espíritu de la lucha de clases revolucionaria. Nuestra política en tiempo de guerra es la continuación concentrada de nuestra política en tiempo de paz.

La IV Internacional basa su programa sobre los cimientos graníticos del marxismo. Rechaza el eclecticismo despreciable que impera en las filas de la burocracia sindical de los diferentes bandos y que con frecuencia sirve de excusa para las capitulaciones ante la democracia burguesa. Nuestro programa está formulado en documentos que se hallan al alcance de todo el mundo y cuya esencia puede resumirse en tres palabras: *dictadura del proletariado*.

UN PROGRAMA BASADO EN EL BOLCHEVISMO

La IV Internacional se basa por completo y sin reservas en la tradición revolucionaria del bolchevismo y en sus métodos organizativos. Dejemos a los pequeñoburgueses maldecir contra el centralismo. Cualquier obrero que haya participado en una huelga sabe que no hay lucha sin disciplina y sin una dirección fuerte. Nuestra época está penetrada por el espíritu centralista. El capitalismo monopolista ha llevado la centralización a sus últimas consecuencias. El centralismo estatal llamado fascismo es de carácter totalitario. Las democracias se esfuerzan cada vez con mayor decisión en seguir este modelo. La burocracia sindical defiende a zarpazos su poderosa maquinaria. La II y la III Internacional utilizan abiertamente el aparato de Estado en su lucha contra la revolución. En estas condiciones, no hay otra garantía de éxito que contraponer el centralismo revolucionario al de la reacción. Es indispensable contar con una organización de la vanguardia

proletaria forjada en una disciplina de hierro, con una selección de valerosos revolucionarios dispuestos al sacrificio y animados por una infatigable voluntad de vencer. Hay que preparar la ofensiva sistemáticamente, por duro que ello sea, para lanzar sin vacilaciones todo el peso de la clase a la batalla cuando suene la hora decisiva. Tan sólo un partido centralizado, un partido que no desfallezca, es capaz de hacer comprender esto a los obreros.

Los escépticos de salón se deleitan en poner de relieve la degeneración del centralismo bolchevique en burocratismo. ¡Como si el curso de la historia dependiese de la estructura de un partido! En realidad sucede lo contrario: es el partido quien depende de la evolución de la lucha de clases. Pero en cualquier caso, el Partido Bolchevique fue el único que demostró en la práctica su capacidad de llevar la revolución proletaria hasta sus últimas consecuencias. Tal Partido es lo que necesita ahora el proletariado internacional. Si el régimen burgués sale indemne de la guerra, todos los Partidos revolucionarios sufrirán un proceso de degeneración. Si triunfa la revolución proletaria, desaparecerán las causas que lo producen.

Cuando la reacción triunfa, las masas se fatigan y se desilusionan; en un clima político dominado por la descomposición de las organizaciones tradicionales de la clase obrera, entre crecientes dificultades y obstáculos, el desarrollo de la IV Internacional sólo podía ser lento. Los centristas que despreciaban nuestros esfuerzos han realizado más de una vez intentos aislados y, a primera vista, mucho más prometedores de unir a la extrema izquierda. Sin embargo, todas esas tentativas pretenciosas se redujeron a polvo incluso antes de que las masas pudieran recordar sus nombres. Sólo la IV Internacional sigue nadando contra la corriente con obstinación, con persistencia y con éxito creciente.

¡HEMOS PASADO LA PRUEBA!

Lo que caracteriza a una organización verdaderamente revolucionaria es, ante todo, la seriedad con que elabora y aplica su línea política ante los diferentes cambios de rumbo de los acontecimientos. El centralismo se fecunda con la democracia. Entre el fuego de la guerra, nuestras secciones, discuten apasionadamente de todos los temas

de política proletaria, probando sus métodos y librándose de cuantos elementos inestables se nos unieron tan sólo porque se oponían a la II y a la III Internacional. La separación de los compañeros de viaje poco fiables es uno de los gastos extra inevitables en la formación de un Partido revolucionario.

La abrumadora mayoría de nuestros camaradas de diferentes países han pasado las primeras pruebas a que les ha sometido la guerra. Ello tiene un significado crucial para el futuro de la IV Internacional. Cada militante de base de nuestra organización no sólo tiene el derecho, sino el deber de considerarse un cuadro del ejército revolucionario que se creará entre la hoguera de los acontecimientos. La entrada de las masas en el campo de batalla revolucionario reducirá a sus proporciones insignificantes los programas oportunistas, pacifistas y centristas. Un solo revolucionario auténtico en una fábrica, mina, sindicato, regimiento o buque de guerra es mucho más válido que los centenares de pseudorrevolucionarios pequeñoburgueses que se cuecen en su propio jugo.

Los políticos de la gran burguesía se orientan mucho mejor respecto del papel de la IV Internacional que los pedantes pequeñoburgueses. En vísperas de la ruptura de relaciones diplomáticas, el embajador francés Coulondre y Hitler, tratando de asustarse mutuamente en su entrevista final, estuvieron de acuerdo en que el "único ganador real" iba a ser la IV Internacional. Tras la ruptura de hostilidades contra Polonia, la prensa de mayor tirada de Francia, Dinamarca y otros países publicaba despachos diciendo que en los barrios obreros de Berlín habían aparecido inscripciones con el lema "¡Abajo Stalin! ¡Viva Trotsky!", lo que significa "¡Abajo la III Internacional! ¡Viva la IV!" Cuando los más combativos obreros y estudiantes de Praga organizaron una manifestación para celebrar el aniversario de su independencia nacional, su "protector" el barón Neurath publicó una declaración oficial haciendo recaer la responsabilidad de dicha manifestación sobre los "trotskistas" checos. La crónica de Praga que se publica en el periódico de Benes¹¹, el antiguo presidente de la Re-

11. Presidente de Checoslovaquia en 1935. Dimitió en octubre de 1938, tras la ocupación de los Sudetes por los nazis. Fue reelegido presidente en 1946 y se suicidó cuando el PC tomó el poder en Checoslovaquia en 1948.

pública checa, confirma el hecho de que los trabajadores checos se están convirtiendo al *trotskismo*. Hasta ahora todo eso no son más que síntomas. Pero indican inconfundiblemente la orientación del movimiento. La nueva generación de trabajadores que la guerra empujará hacia la revolución se agrupará bajo nuestras banderas.

LA REVOLUCIÓN PROLETARIA

Las condiciones fundamentales para una victoria de la revolución proletaria, tal y como las ha establecido la experiencia histórica y el trabajo teórico, son:

- 1) Una crisis de la burguesía que resulta en la desorientación de la clase dominante.
- 2) Fuerte insatisfacción y agudos deseos de cambio entre la pequeña burguesía, sin cuyo apoyo no puede mantenerse la gran burguesía.
- 3) Conciencia de su intolerable situación y disposición a la actividad revolucionaria entre el proletariado.
- 4) Programa claro y dirección firme de la vanguardia revolucionaria.

Tales son las cuatro condiciones para una victoria de la revolución proletaria. La causa principal de la derrota en muchas situaciones revolucionarias se debe a que esas cuatro condiciones raramente maduran a la vez. Históricamente, las guerras han causado frecuentes revoluciones porque sacuden a los regímenes trasnochados hasta sus últimas raíces, porque debilitan a la clase dominante y porque aceleran la indignación revolucionaria entre las clases oprimidas.

Ahora la desorientación de la burguesía y la alarma e insatisfacción de las masas populares son ya profundas, tanto en los países beligerantes como en los neutrales. Estas tendencias se acelerarán con cada mes de guerra que pase. Durante los últimos veinte años es una triste verdad, el proletariado ha sufrido una derrota tras otra y cada una de ellas ha sido más grave que la anterior, lo que le hizo perder la confianza en sus partidos tradicionales y llegar a la guerra en un estado de profunda desmoralización. Sin embargo, no conviene sobreestimar la estabilidad y la duración de estas tendencias. Los hechos las provocaron y los hechos las disiparán.

Son los jóvenes quienes hacen guerras y revoluciones. Millones de jóvenes, imposibilitados de encontrar trabajo en la industria, comenzaron su vida como parados, permaneciendo fuera de la vida política. Hoy ya están ocupando su lugar o van a ocuparlo en seguida. El Estado se encarga de organizarlos en regimientos, abriéndoles la posibilidad de unificarse como revolucionarios. La guerra disipará también la apatía de las viejas generaciones.

EL PROBLEMA DE LA DIRECCIÓN REVOLUCIONARIA

Queda aún por ver el problema de la dirección. ¿No será nuevamente traicionada la revolución, ya que hay dos Internacionales al servicio del imperialismo en tanto que los elementos revolucionarios no son más que una pequeña minoría? En otras palabras: ¿lograremos construir a tiempo un Partido capaz de dirigir la revolución proletaria? Si se quiere una respuesta correcta a esta cuestión, conviene plantearla correctamente. No hay duda de que algunas acciones pueden terminar, terminarán de hecho, en derrotas, dada la inmadurez de la dirección revolucionaria. Pero no hay que tomar las acciones aisladamente, pues el problema es del carácter revolucionario de toda una época.

El mundo capitalista no tiene salida, a menos que se crea que una agonía prolongada lo es. Hay que prepararse para largos años, para decenios de guerras, crisis, breves intervalos de tregua, nuevas guerras, nuevas crisis. Todo joven Partido revolucionario debe tener clara esta perspectiva. La Historia le dará oportunidades suficientes de probarse a sí mismo, de acumular experiencias y de madurar. Cuanto antes se agrupen las filas de la vanguardia, antes acabará la época de estertores sangrientos y menor será la destrucción que haya de caer sobre el planeta. Pero este gran problema de la Historia no quedará resuelto mientras que a la cabeza del proletariado no marche un Partido revolucionario. La cuestión de los ritmos ascendentes y descendentes tiene una enorme importancia, pero no tiene por qué hacernos cambiar ni nuestra perspectiva histórica ni la orientación de nuestra política. La conclusión es sencilla: hay que desplegar aún diez veces más energía en la tarea de educar y orga-

nizar a la vanguardia proletaria. Esta es precisamente la tarea de la IV Internacional.

Quienes se limitan a apuntar los tristes resultados de la última guerra para tratar de justificar sus convicciones pesimistas cometen un grave error. En primer lugar, la guerra posibilitó la Revolución de Octubre, cuyas lecciones hacen aún vivir a todo el movimiento obrero internacional. En segundo lugar, las condiciones en esta guerra difieren profundamente de las de 1914. La posición económica de los Estados imperialistas es infinitamente peor hoy, en tanto que la capacidad de destrucción bélica es infinitamente superior a la de hace un cuarto de siglo. Hay razones suficientes para esperar esta vez una reacción mucho más rápida y decisiva entre los obreros y los soldados.

La experiencia de la primera guerra afectó profundamente a las masas. La II Internacional basaba su fuerza en las casi intactas ilusiones pacifistas y democráticas de las masas. Los obreros de 1914 creían con toda seriedad que la guerra iba a ser la última. Los soldados se dejaban matar para ahorrar a sus hijos una nueva carnicería. Sólo con estas esperanzas pudieron aguantar una guerra de más de cuatro años. Pero hoy no queda casi nada de aquellas ilusiones democráticas y pacifistas. Los pueblos soportan la guerra actual sin creer en ella, sin esperar de ella otra cosa que nuevas cadenas. Esto vale también para los Estados totalitarios. La vieja generación obrera que soportó el fardo de la primera guerra imperialista y que no ha olvidado sus lecciones no ha desaparecido aún de escena. La falsedad de las consignas patriotas y pacifistas resuena aún en los oídos de la generación siguiente, la que iba a la escuela durante la guerra. La inestimable experiencia política de esos sectores que se ven hoy aplastados por el peso de la maquinaria bélica mostrará toda su fuerza cuando la guerra enfrente, como ha de hacerlo, a las masas trabajadoras con sus gobiernos.

SOCIALISMO O ESCLAVITUD

Nuestras tesis sobre *La guerra y la IV Internacional* (1934) decían: “La denuncia de la naturaleza completamente reaccionaria, podrida y rapaz del capitalismo moderno; el descrédito de la democracia, el

reformismo y el pacifismo; la necesidad imperiosa y urgente que tiene el proletariado de hallar una salida para el desastre que se avecina, colocan con nuevo vigor a la revolución internacional al orden del día con fuerza redoblada”.

Hoy ya no se trata, a diferencia del siglo XIX, de limitarse a asegurar un desarrollo más rápido y saneado de la vida económica. Hoy se trata de salvar a la Humanidad del suicidio. Lo que siega la hierba ante los pies de los Partidos oportunistas es precisamente lo agudo de la crisis histórica. Por el contrario, el Partido de la revolución halla una fuente inagotable de esfuerzo al saber que esa crisis se debe a una necesidad histórica inexorable.

Además, es impermissible colocar en un mismo plano a la vanguardia revolucionaria actual y a los internacionalistas aislados que hacían oír su voz al comienzo de la última guerra. Tan sólo el Partido de los bolcheviques rusos representaba una fuerza revolucionaria por aquel entonces. Y aun así, su inmensa mayoría, con la excepción de un puñado de emigrados agrupados en torno a Lenin, no logró librarse de su estrechez de miras nacionalista y elevarse a la perspectiva de la revolución mundial.

La IV Internacional aventaja infinitamente en número y especialmente en preparación a sus predecesores de comienzos de la guerra pasada. La IV Internacional es la heredera directa de la flor del bolchevismo. La IV Internacional ha absorbido la tradición de la Revolución de Octubre y ha elaborado teóricamente la experiencia del rico período histórico de entreguerras. La IV Internacional cree en sí misma y en su futuro.

Las guerras, recordémoslo, aceleran extraordinariamente el desarrollo político. Las grandes empresas que ayer parecían estar a muchos años de distancia, si no decenios, pueden plantearse abiertamente en los próximos dos o tres años, si no antes. Los programas hechos para las condiciones habituales de paz quedarán necesariamente sobrepasados. Por el contrario, el programa de transición de la IV Internacional, tan “irreal” para los políticos miopes, revelará toda su importancia en el proceso de movilización de las masas para la conquista del poder estatal.

Al comienzo de la nueva revolución, los oportunistas volverán a intentar, como hace un cuarto de siglo, convencer a los obreros de

que es imposible construir el socialismo sobre las ruinas y la desolación. ¡Como si el proletariado pudiera escoger! Hay que construir sobre los cimientos que nos da la Historia. La Revolución rusa demostró que el poder obrero puede sacar a un país atrasado de la más negra miseria. Tanto mayores serán los milagros que realizará el proletariado de los países avanzados. La guerra destruye las estructuras básicas, los ferrocarriles, las fábricas, las minas; pero no puede destruir la tecnología, la ciencia, los conocimientos. Tras levantar su propio Estado, el proletariado, por medio de la organización correcta de sus propias filas, de la utilización de las fuerzas productivas legadas por el régimen burgués, y de la planificación de la producción de acuerdo con un plan de conjunto, no sólo renovará en unos pocos años todo cuanto haya destruido la guerra, sino que sentará las condiciones para un extraordinario florecimiento cultural basado en la solidaridad.

¿QUÉ HACER?

La Conferencia Extraordinaria de la IV Internacional lanza este manifiesto en un momento en que los ejércitos alemanes, tras de haber ocupado Holanda y Bélgica y haber aplastado la inicial resistencia aliada, se dirigen como una marea de fuego hacia París y al canal de La Mancha. En Berlín se aceleran los preparativos para la celebración de la victoria. En el campo de los aliados la alarma raya en el pánico. No es éste el momento de embarcarse en especulaciones estratégicas sobre las próximas fases de la guerra. La tremenda superioridad de Hitler está imponiendo su sello a la fisonomía política del mundo entero.

“¿No está la clase obrera obligada en las circunstancias actuales a defender a las democracias en su lucha contra el fascismo alemán?” Así es como plantean el problema amplios círculos pequeñoburgueses para los que el proletariado no es más que un instrumento a usar en favor de esta o aquella fracción burguesa. Rechazamos enérgicamente esa actitud. Naturalmente que existen diferencias entre los regímenes políticos de la sociedad burguesa. También hay diferencia en la comodidad que ofrecen los vagones de un tren. Pero cuando el

tren entero se despeña hacia el abismo, la distinción entre democracia decadente y fascismo asesino se difumina ante el colapso del sistema capitalista en su conjunto.

Con sus victorias y bestialidades, Hitler provoca el justo odio de los obreros de todo el mundo. Pero entre este odio legítimo y la ayuda a sus debilitados pero no menos reaccionarios enemigos hay un abismo infranqueable. La victoria de los imperialistas ingleses o franceses no sería menos inquietante para la suerte de la Humanidad que la de Hitler y Mussolini. La democracia burguesa no puede salvarse. Ayudando a su propia burguesía contra el fascismo extranjero, los trabajadores acelerarían la victoria del fascismo en su propio país. La tarea que la historia nos impone no es la de defender a una fracción del sistema imperialista contra otra, sino la de terminar con el sistema en su conjunto.

LOS OBREROS DEBEN APRENDER EL ARTE MILITAR

La militarización de las masas se intensifica de día en día. Rechazamos la grotesca idea de terminar con ella por medio de vacías consignas pacifistas. Todas las grandes cuestiones de la próxima época se van a decidir con las armas en la mano. Los trabajadores no deben tener miedo de las armas. Han de aprender a utilizarlas. Los revolucionarios no se separan del pueblo ni en la paz ni en la guerra. Un bolchevique trata de ser no sólo el mejor sindicalista, sino también el mejor soldado.

No estamos dispuestos a permitir que la burguesía lleve en el último minuto soldados sin instrucción o a medio instruir a los campos de batalla. Exigimos que el Estado dé la posibilidad a trabajadores y parados de aprender el manejo del fusil, la granada de mano, la ametralladora, el cañón, el avión, el submarino y todas las demás armas de guerra. Hay que poner en pie escuelas militares especiales en conexión con los sindicatos para que los obreros puedan convertirse en especialistas del arte militar, capaces de cubrir puestos de mando.

¡ESTA NO ES NUESTRA GUERRA!

Al tiempo, no olvidamos ni por un instante que ésta no es nuestra guerra. A diferencia de la II y de la III Internacional, la IV Internacional basa su política no en los éxitos militares de los Estados capitalistas, sino en la transformación de la guerra imperialista en una guerra de los obreros contra los patronos, en el derrocamiento de las clases dominantes de todos los países, en la revolución socialista mundial. Los cambios en los campos de batalla, la destrucción del capital nacional, la ocupación de territorios, la desaparición de algunos Estados no son, desde esta perspectiva, más que trágicos acontecimientos en la marcha hacia la reconstrucción de la sociedad moderna.

Con independencia del curso de la guerra, nosotros cumpliremos nuestras propias tareas; explicaremos a los obreros cómo son irreconciliables sus intereses y los del capitalismo sanguinario; movilizaremos a los trabajadores contra el imperialismo; haremos propaganda en favor de la unidad obrera en todos los países, beligerantes y neutrales; llamaremos a la confraternización entre los obreros y soldados de cada país con los obreros y soldados del campo opuesto; movilizaremos a mujeres y jóvenes en contra de la guerra; prepararemos la revolución con constancia, con persistencia, incansablemente, en fábricas y fundiciones, en los pueblos, en los cuarteles, en el frente, en la flota.

Este es nuestro programa. Proletarios del mundo: ¡no hay más solución que la unidad bajo la bandera de la IV Internacional!



Fundación Federico Engels

C/ Hermanos del Moral 33, bajo • 28019 Madrid
Telf: 914 283 870 • Fax: 914 283 871
fundación_federico@engels.org • www.engels.org

La Fundación de Estudios Socialistas Federico Engels fue creada en 1987 con el objetivo de defender y difundir las ideas del marxismo revolucionario. Su actividad se centra en la publicación de materiales políticos que contribuyan a arrojar luz sobre los acontecimientos contemporáneos desde la óptica del socialismo científico, en un momento en que la ofensiva ideológica desatada contra las ideas socialistas exige un esfuerzo teórico y material por parte de todos aquellos que aspiramos a un cambio radical de la sociedad.

Haciéndote socio de la Fundación contribuyes a su sostenimiento económico, y favorecerás el desarrollo de sus actividades y publicaciones. Además recibirás los folletos que publiquemos, nuestra revista de debate político **MARXISMO HOY**, un descuento del 10% en los libros de nuestro catálogo y tendrás toda la información sobre las actividades públicas de la Fundación.

No lo dudes. Colabora con la Fundación, apoya las ideas del marxismo.

HAZTE SOCIO DE LA FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS

Nombre y apellidos

Dirección

Localidad

Provincia DP

Teléfono E-mail

Se inscribe como socio de la Fundación Federico Engels con una cuota de:

- 30 euros/año 60 euros/año Otra cantidad _____ euros/año
(superior a 30 euros/año)

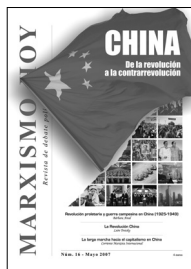
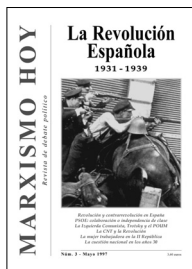
FORMA DE PAGO

- Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels, enviándolo a nuestra dirección.
- Transferencia bancaria a la c/c número 2038 - 1197 - 19 - 6000277153 de Caja Madrid.

MARXISMO HOY

Revista de debate político

- Número 1 A cien años de la muerte de Federico Engels
- Número 2 La Transición española, un análisis marxista
- Número 3 La Revolución española (1931-1939)
- Número 4 Una alternativa socialista a la Unión Europea
- Número 5 Lecciones de Chile. A 25 años del golpe militar
- Número 6 El nuevo orden mundial del imperialismo
- Número 7 Perspectivas para la economía mundial
- Número 8 León Trotsky. Su pensamiento más vigente que nunca
- Número 9 La Transición española, un análisis marxista
- Número 10 América Latina hacia la revolución
- Número 11 Antonio Gramsci y la revolución italiana
- Número 12 Portugal 1974. La Revolución de los Claveles
- Número 13 La Comuna Asturiana de 1934
- Número 14 El marxismo y la guerra
- Número 15 El materialismo dialéctico y la ciencia
- Número 16 China. De la revolución a la contrarrevolución
- Número 17 Venezuela. La lucha por el socialismo hoy



SUSCRÍBETE A MARXISMO HOY

Envíanos tus datos a nuestra dirección, indicando la forma de pago que prefieras.

FORMA DE PAGO

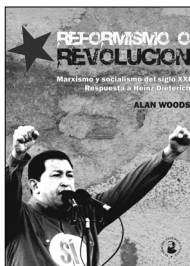
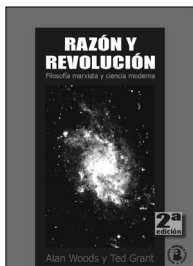
- Talón nominativo a nombre de la Fundación Federico Engels.
- Transferencia bancaria a la c/c número 6000277153 de Caja Madrid (Entidad 2038 / Sucursal 1197 / DC 19) a nombre de la Fundación.

ESTADO ESPAÑOL EUROPA RESTO MUNDO

Dos números 7,20 euros 10,25 euros 12 euros

Cuatro números 14,40 euros 18 euros 21,70 euros

COLECCIÓN CRÍTICA MARXISTA



- Razón y revolución. Filosofía marxista y ciencia moderna Alan Woods / Ted Grant
- Rusia, de la revolución a la contrarrevolución Ted Grant
- Lenin y Trotsky, qué defendieron realmente A. Woods / T. Grant
- Bolchevismo. El camino a la revolución Alan Woods
- La revolución bolivariana. Un análisis marxista Alan Woods
- Apuntes revolucionarios Celia Hart
- Euskal Herria y el socialismo. Marxismo y cuestión nacional Alan Woods / Eloy Val
- En defensa de la Revolución de Octubre (*selecc. escritos*) Varios autores
- Reformismo o revolución. Marxismo y socialismo del siglo XXI (Respuesta a Heinz Dieterich) Alan Woods



· Sindicato de Estudiantes.
20 años de historia,
20 años de lucha

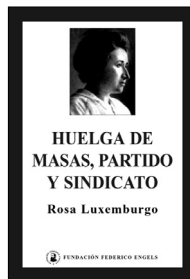
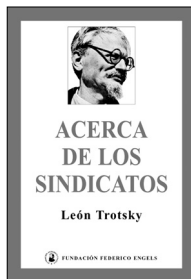
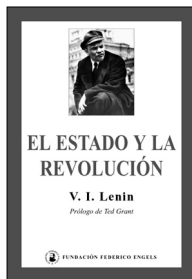
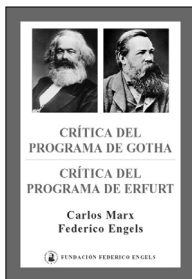


· Obras de Ted Grant
Volumen I

COLECCIÓN MEMORIA OBRERA

- Rebelión obrera en Tejas y Ladrillos José Martín
- 3 de marzo. Una lucha inacabada Arturo Val del Olmo
- Carrier. Lecciones de una lucha Felipe Palacios
- El movimiento obrero en Guadalajara Enrique Alejandre

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



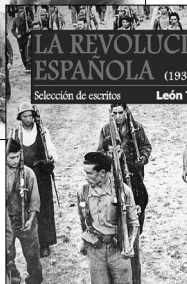
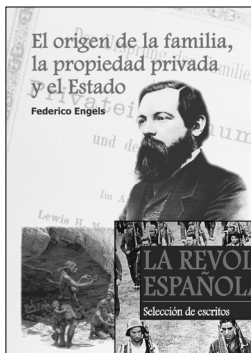
1. El manifiesto comunista
2. El Estado y la revolución
3. Las Tesis de Abril
4. La enfermedad infantil del *izquierdismo* en el comunismo
5. Acerca de los sindicatos
6. Reforma o revolución
7. Huelga de masas, partido y sindicato
8. Qué es el marxismo / Su moral y la nuestra
9. Salario, precio y ganancia / Trabajo asalariado y capital
10. El 18 Brumario de Luis Bonaparte
11. La guerra civil en Francia
12. Crítica del programa de Gotha / Erfurt
13. Problemas de la vida cotidiana
14. El manifiesto comunista (català)
15. Anarquismo y comunismo
16. La crisis de la socialdemocracia
17. Contribución al problema de la vivienda
18. L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana
19. Introducción a *Dialéctica de la Naturaleza* (y otros)
20. La revolución proletaria y el renegado Kautsky
21. Del socialismo utópico al socialismo científico
22. El imperialismo, fase superior del capitalismo
23. El papel del individuo en la historia / *Cant* contra Kant

O Manifiesto Comunista (galego)
 Manifestu Komunista (euskara)
 Estatua eta iraultza (euskara)
 Erreforma edo iraultza (euskara)

C. Marx / F. Engels
 V.I. Lenin
 V.I. Lenin
 V.I. Lenin
 León Trotsky
 R. Luxemburgo
 R. Luxemburgo
 L. Trotsky
 C. Marx
 C. Marx
 C. Marx
 C. Marx / F. Engels
 L. Trotsky
 C. Marx / F. Engels
 E. Preobrazhenski
 R. Luxemburgo
 F. Engels
 C. Marx / F. Engels
 F. Engels
 V. I. Lenin
 F. Engels
 V. I. Lenin
 J. Plejánov
 C. Marx / F. Engels
 C. Marx / F. Engels
 V. I. Lenin
 R. Luxemburgo

La Fundación Federico Engels publica regularmente su catálogo de libros y documentos. En él puedes encontrar más de cien títulos de obras de los clásicos del marxismo, muchas de ellas descatalogadas. Si estás interesado en recibirlo, escríbenos y te lo enviaremos gratuitamente; también puedes consultarlo en www.engels.org

COLECCIÓN CLÁSICOS DEL MARXISMO



León Trotsky

- La revolución permanente
- La revolución traicionada
- La lucha contra el fascismo
- 1905
- Terrorismo y comunismo
- La revolución española. 1930-39 (selecc. escritos)
- ¿Adónde va Francia?
- Historia de la Revolución Rusa (2 vols.)

Federico Engels

- El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado

CUADERNOS DE FORMACIÓN MARXISTA

1. Introducción al materialismo dialéctico.
2. La república soviética húngara de 1919.
La revolución olvidada.
3. De noviembre a enero. La revolución alemana de 1918.
4. El marxismo y la religión.
5. El marxismo y el arte.
6. Breve historia del desarrollo capitalista y del movimiento obrero en Turquía.
7. Stalin: 50 años después de la muerte del tirano.
8. Ascenso y caída de Napoleón Bonaparte.
9. El Islam y EEUU, ¿amigos o enemigos? / El resurgir del fundamentalismo
10. El origen de los judíos

PVP 1,50 euros

ESCRITOS DE TED GRANT

1. · Por qué llegó Hitler al poder.
· Ascenso y caída de la Internacional Comunista.
2. · ¿Habrà una recesión? / ¿Resolverà la reflación nuestros problemas?
3. · La Revolución China.
· La revolución colonial y la división chino-soviética.

PVP 1,50 euros



El Militante

CORRIENTE MARXISTA INTERNACIONAL

El MILITANTE es un periódico mensual elaborado por y para los trabajadores que colabora habitualmente con la Fundación Federico Engels en la defensa y difusión de las ideas del marxismo revolucionario. En torno a él se agrupa la corriente que defiende un programa marxista en el seno de las organizaciones de la clase obrera.

Conócelo en www.elmilitante.org

Puedes suscribirte enviando los siguientes datos

Nombre

Dirección

Localidad

Provincia CP

Teléfono E-mail

	ESTADO ESPAÑOL		RESTO DEL MUNDO	
	<u>Normal</u>	<u>Ayuda</u>	<u>Normal</u>	<u>Ayuda</u>
<input type="checkbox"/> 6 núm.	12 euros	23 euros	23 euros	35 euros
<input type="checkbox"/> 12 núm.	23 euros	35 euros	35 euros	47 euros

- Giro Postal al Apdo. de Correos 5.200 (28080 Madrid)
- Ingreso a nombre de la A.C. Debate Social, en la cuenta nº 0182 - 0975 - 51 - 0201540722 del BBVA

CONTACTA CON NOSOTROS

ANDALUCÍA

- Cádiz 651 812 328
- Córdoba 646 547 394
- Granada 633 109 549
- Huelva 629 234 423
- Málaga 952 276 563
- Sevilla 954 422 477

ARAGÓN

- Zaragoza 697 338 376

ASTURIAS

- 985 550 933

CASTILLA-LA MANCHA

- Guadalajara 949 201 025
- Puertollano 650 837 265
- Toledo 699 956 847

CASTILLA Y LEÓN

- Salamanca 653 699 755

CATALUNYA

- Barcelona 933 298 921
- Girona 657 212 367
- Tarragona 660 721 075

EUSKADI

- Álava 945 231 202
- Guipúzcoa 625 707 798
- Pamplona 635 919 738
- Vizcaya 944 790 381

GALICIA

- Coruña 600 810 516
- Ferrol 626 746 950
- Santiago 636 217 248
- Vigo 678 511 394

MADRID

- 914 280 248

MALLORCA

- 629 931 921

PAÍS VALENCIÀ

- 961 339 120

www.elmilitante.org — el-militante@elmilitante.org

